Beato Rafael Arnáiz Barón

ÍNDICE

DATOS BIOGRÁFICOS

El Beato Rafael Arnáiz Barón nació el 9 de abril de 1911 en Burgos (España), donde también fue bautizado y recibió la confirmación. Allí mismo inició los estudios en el colegio de los PP. Jesuitas, recibiendo por primera vez la Eucaristía en 1919.

Dotado de una precoz inteligencia, ya desde su primera infancia daba señales claras de su inclinación a las cosas de Dios. En estos años recibió la primera visita de la que había de ser su sino y compañera: la enfermedad que le obligó a interrumpir sus estudios.

Recuperado de ella, su padre, en agradecimiento a lo que consideró una intervención especial de la Santísima Virgen, a finales de verano de 1922 lo llevó a Zaragoza, donde le consagró a la Virgen del Pilar, hecho que no dejó de marcar el ánimo de Rafael.
Trasladada su familia a Oviedo, allí continuó sus estudios medios, matriculándose al terminarlos en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid.
Con una inteligencia brillante, Rafael estaba dotado de destacadas cualidades para la amistad. A la vez que crecía en edad y desarrollaba su personalidad, crecía también en su experiencia espiritual de vida cristiana.
En su corazón bien dispuesto, Dios quiso suscitar la invitación a una consagración especial en la vida monástica. Habiendo tomado contacto con el monasterio cisterciense de San Isidro de Dueñas -su Trapa- se sintió fuertemente atraído por lo que vio era el lugar que correspondía con sus deseos íntimos. Allí ingresó el 15 de enero de 1934.
Dios quiso probarle misteriosamente con una penosa enfermedad -la diabetes sacarina- que le obligó a abandonar tres veces el monasterio, adonde otras tantas volvió en aras de una respuesta generosa y fiel a lo que sentía ser la llamada de Dios.
Santificado en la gozosa fidelidad a la vida monástica y en la aceptación amorosa de los planes de Dios, consumó su vida en la madrugada del 26 de abril de 1938, recién estrenados los 27 años, siendo sepultado en el cementerio del monasterio.
Pronto voló imparable su fama de santidad allende los muros del monasterio. Con la fragancia de su vida, sus numerosos escritos continúan difundiéndose con gran aceptación y bien para cuantos entran en contacto con él.
El 20 de agosto de 1989, SS. Juan Pablo II, con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud, le propuso como modelo para los jóvenes en Santiago de Compostela, declarándolo Beato el 27 de septiembre de 1992 para gozo de la santa Iglesia y prenda de gracias para todo el pueblo de Dios.

(Del Boletín Informativo del Beato Rafael)

La Vicepostulación de la Causa del Beato Rafael edita un Boletín Informativo del que están sacados estos datos biográficos. Dicha publicación no dispone de patrimonio social y su financiación se realiza a cargo de los donativos voluntarios ofrecidos para la Causa que dicha publicación patrocina, siendo gratuita la distribución de los boletines.
Si alguien desea realizar envíos de testimonios, favores, donativos o conseguir reliquias, debe dirigirse a:
P. Vicepostulador de la Causa del Beato Rafael
Monasterio Cisterciense
San Isidoro de Dueñas
34208 VENTA DE BAÑOS (Palencia) - ESPAÑA

Cartas

Año 1930

11 de octubre de 1930 - (19 años)

A su tío Leopoldo Barón, Duque de Maqueda. (1)

Queridísimo tío Polín:

Te podía haber escrito antes, pero he pasado unos días de continuo movimiento, y ahora que ya estoy en mi casa y tranquilo y se empieza a normalizar mi vida estudiantil, y a sosegar mi espíritu, me atrevo a molestarte con estos renglones.

¿Qué quieres que te diga? Lo que yo vi y pasé en la Trapa, las impresiones que tuve en ese santo monasterio, no se pueden, o por lo menos, yo no sé explicarlas y solamente Dios lo sabe.

De todas maneras, te daré cuenta de lo que hice y de lo que vi.

Me dejasteis en el tren con el pariente de tía María a quien no hice ningún caso, pues cuando le dije que iba a la Trapa, se extrañó mucho y me dejó en paz.

Llegué a la estación con un calor sofocante; dejé las maletas al jefe de equipajes, y con mi abrigo, el maletín de viaje y con mucha ilusión, cogí, sin hablar con nadie, la carretera. Son tres kilómetros y creí que no llegaba nunca. ¡Vaya un sol! Unos metros antes de llegar a la puerta del convento, me detuve en un riachuelo que existe en un borde de la carretera, me refresqué, y una vez descansado llamé a la portería y salió un hermano muy cariñoso al que di la carta tuya para el Padre Armando. Me pasó a un cuartito que tenía en la portería, donde por lo visto el hermano Bartolomé -así se llama el portero- estaba cosiendo en una ventana, pues allí se veían agujas, carretes y todos los menesteres. Después me hizo subir a una salita que hay en la hospedería donde esperé al Padre Armando, el cual se portó conmigo como no merezco. Le dije lo que tú ya sabes; se ve que te quiere mucho, y al que manifesté mis deseos de permanecer unas horas en el monasterio.

Desde este momento es cuando yo comencé a ver y a sentir una íntima vergüenza de mí mismo, cuando al entrar al saludar al Señor en la iglesia, vi a los monjes cantar en el coro, y aquel altar con aquella Virgen, vi el respeto que tienen los monjes en la iglesia y, sobre todo, oí una salve que... querido tío Polín, sólo Dios sabe lo que sentí... Yo no sabia rezar.

A las once de la noche me levanté, me vestí y me bajé a la iglesia creyendo que eran las dos de la mañana. Después a las cuatro me dijo la misa el Padre Armando, a la cual ayudé.

Vi, claro está, todo el convento. Al Padre Abad, al hermano Carmelo que no estaba en la sastrería porque está enfermo. Le di un abrazo y por señas **(2)** me dijo que te lo devolviera. Lo vi todo. Tú ya lo conoces mejor que yo; así es que no te puedo decir nada nuevo. A las ocho pasaba un automóvil por la carretera para ir a la estación y Dios que es tan bueno quiso que lo perdiera y me tuve que quedar toda la mañana hasta las dos de la tarde.

Entonces me fui al campo; vi a los monjes con sus grandes sombreros, trabajando al sol. Si vieras qué pequeños parecen en esas llanuras tan grandes con tanto cielo; y, sin embargo, a los ojos de Dios, debe de ser otra cosa. Y no creas que yo al verlos y admirarlos sentía envidia, no, pues tú me has enseñado una cosa muy importante y que te la he oído decir muchas veces: que a Dios se va por muchos caminos y de muy distinto modo; unos volando, otros andando y otros, la mayor parte, a tropezones, y como así lo quiere Dios, pues así lo quiero yo.

Por fin tuve que dejar el monasterio y a pie cogí otra vez la carretera; no fui triste, pero sí con ánimo de volver, y de volver unos días.

Lo que yo gocé en la Trapa no te lo puedes figurar, pero si les conoces a ellos y me conoces a mi, puedes hacerte un poquito de cargo. De ese día me acordaré toda la vida y en los ratos que tengo de desfallecimiento, me acuerdo de mis hermanos, de su monasterio y de sus costumbres, y me animo mucho.

Cuando llegué a la estación, el trato de los hombres después de haber estado con unos ángeles, me produjo cierta repugnancia, te hablo con toda franqueza, y al ver llegar el tren con su imponente soberbia, tuve deseos de tirar las maletas y volverme a la Trapa.

Me dijo el Padre Armando que ahora no, pero que en cuanto acabase mi carrera me necesitan. En fin, sea lo que Dios quiera, y que a todos nos perdone cuando, como tú dices, pretendemos «enmendarle la plana», y creemos saber mejor que El lo que nos conviene, cuando lo que debemos hacer es dejarnos en sus manos y poner desde luego de nuestra parte todo lo posible, que de lo demás El ya se encargará.

El Padre Armando me dijo que en noviembre no estaría él en el convento, pues tiene que salir a dar ejercicios, así es que si quieres encontrarlo, tienes que ir ahora en octubre o en diciembre. Y cuando vayas, si te es posible, estando allí, acordarte de mi, le das mis saludos al Padre Armando y al hermano Bartolomé, y te digo, si te es posible, porque yo ese día no me acordé de nada ni de nadie.

Tenias razón cuando decías que esta visita te la tenía que agradecer; ya lo creo; nunca te lo agradeceré bastante, ni a tía María tampoco, lo que habéis hecho por mí, pues si es verdad que tenemos que aguantarnos unos a otros nuestras debilidades y flaquezas, vosotros no teníais ninguna obligación de aguantarme a mí cuatro meses y que reconozco que alguna vez me habré puesto pesado o impertinente, de todo espero que me sabréis perdonar.

Después en Burgos con tío Álvaro estuve muy contento y no me dejaba marchar; tanto es así, que hace cuatro días que estoy en Oviedo con mis padres y hermanos.

Recibí el cajón, y lo que se me olvidó fueron los libros tuyos que si no te molesta me los envías cuando quieras, pues mi padre quiere darlos a la biblioteca de la Acción Católica, y si los hubiese aquí, no te los pedía. Yo ahora me voy a dedicar a rumiarlos poco a poco.

Te envío unas estampas del Padre Aramburu que está muy viejecito y se acordaba mucho de mí, y me conoció, eso que casi no ve y no puede escribir.

También os envío recuerdos y abrazos de todos. Yo ya he empezado las clases en la universidad y el lunes empezaré las de dibujo.

Vamos a fundar los Luises en los Padres Jesuitas.

Y no tengo más que contarte como no sea que se ha pasado la mañana lloviendo y espero que estará así todo el día.

Mis padres y hermanos me estaban esperando con mucha impaciencia. Si me escribes alguna vez, dame noticias de todo, ya sabes que yo te lo agradeceré.

¿Cuando os vais a Madrid? ¿Qué hacen mis primos? ¿Se ha ido tía Maria de ejercicios? ... ¿Te llegó el tractor?... Y todo lo que se te ocurra. Si me lo cuentas, me proporcionarás una alegría muy grande que Dios te pagará.

Mañana día 12, la Virgen del Pilar, no sé si será el santo de Pilar, pero por si acaso, le das un abrazos de mi parte; lo mismo a sus hermanos. Y le dices a Polín que no se olvide que tiene mi dirección apuntada, que no se le olvide ponerme unos renglones.

No te rías de mi carta, pues aunque esté mal escrita y diga muchas tonterías, con buena voluntad y un poco de cariño, se pueden suplir todas sus faltas, pues como quisiera contaros muchas cosas y tengo pocas palabras, todo me sale muy deshilachado y a veces sin sentido. Y sobre todo, de mis impresiones en la Trapa, tengo yo para contar muchos días.

El Padre Armando me dijo que no fuera en invierno, pues lo iba a pasar mal por el frío, así es que iré el año que viene por la misma época, cuando no haya nadie, a pasarme ocho días por lo menos. Ahora no había más que dos sacerdotes y yo.

El Padre Armando me dio un librito que trata de la vida cisterciense y una vida del Padre María Efrén, religioso trapense; si no los tienes, no dejes de pedírselos al Padre Armando que te gustarán.

Lo que más me impresionó fue la Salve al oscurecer antes de irse a acostar. El año que viene, si no la cantamos así en Pedrosillo, no voy. Aquello fue algo sublime; cantando así como cantan, con ese fervor, no es posible que la Virgen no se complazca en ellos y les mande todo género de bendiciones... Así están ellos de contentos y alegres, pues no se ve una cara triste, sino al contrario, y se les pasa el tiempo volando. El hermano Bartolomé me dijo que llevaba veinte años en el convento y le parecía que había sido ayer cuando entró.

¿Te has fijado en la Virgen? ¿En la austeridad del altar mayor? Sin alfombras, sin flores, solamente seis velas y una cruz; es verdaderamente un altar cisterciense en el que domina todo y, sobre todo el Sagrario. Yo cuando oí la misa conventual a un Padre viejecito, oí las campanas allá en lo alto de la iglesia, graves, pausadas, la inmovilidad de los monjes, la luz de la iglesia tan suave, entonces cuando llegó la elevación, hubiese necesitado tener poca fe para.. No sé explicarme, pues cuando se tiene un sentimiento un poco delicado, o siente el alma algo sobrenatural, el quererlo expresar con palabras resulta algo grotesco, pues yo creo que para

hablar de Dios en ciertos sentidos, el lenguaje humano es muy pobre y todo lo afea o por lo menos, no se le puede dar el verdadero sentido.

Te aseguro que no sé lo que digo. Si digo alguna barbaridad, te advierto que es con la mejor intención.

Si has tenido la paciencia para llegar a leer hasta aquí, le das a don Justo muchos recuerdos si le ves algún día.

Besos y abrazos a los primos, y a tía Maria y a ti no creo que tenga necesidad de repetírtelo tantas veces, os mando todo mi cariño y mi agradecimiento

Rafael

---

(1) Rafael había pasado los meses de verano de 1930 en una finca (Pedrosillo) que tenían sus tíos Leopoldo (al que Rafael llama "Polín") y María, Duques de Maqueda. Ambos eran muy religiosos.

Durante ese verano hicieron, a pesar de la diferencia de edad, una sólida amistad basada, fundamentalmente, en Dios. A raíz de ese verano hubo una abundante correspondencia entre Rafael y sus tíos. (Volver)

(2) La Regla del Císter prohíbe hablar sin un permiso especial del Padre Abad: "No tendrán entre sí comunicación alguna, ni de palabra ni por escrito, y cuando tengan que comunicarse alguna cosa útil, lo harán por señas. Están prohibidos los ruidos de boca, aunque no sean articulados y las señas inútiles." (Volver)

Año 1933 (1)

19 de noviembre de 1933 - Domingo (22 años)

Al R.P. Dm. Félix Alonso García, Abad del monasterio de San Isidro de Dueñas (Palencia)

Reverendo Padre Abad de San Isidro de Dueñas.

Reverendo Padre: No sé si se acordará de mí, pues hace tiempo, cerca de tres años que no he podido ir a pasar días a la Trapa; sin embargo, durante este espacio de tiempo, Dios nuestro Señor, ha obrado en mí de tal manera, que me he formado el propósito decidido de entregarme a El con todo mi corazón y de cuerpo y alma, y para llevar a cabo mi propósito y resolución y, contando además con la ayuda de Dios, es mi deseo ingresar en la Orden del Cister. Este es, en

breves palabras, mi reverendo Padre, el asunto por el cual yo le suplico una entrevista lo antes posible, para que su Reverencia me ayude y me aconseje.

Creo contar con Dios, y en El solamente confío, pero en mis primeros pasos, también confío en la caridad de su Reverencia, a quien trato ya como a padre y a quien suplico, me admita como hijo.

Estoy en Ávila con mis tíos, esperando su contestación con la natural ansiedad de quien quiere entregarlo todo a Dios.

Por otra parte, solamente tengo que añadir, que no me mueve para hacer este cambio de vida, ni tristezas, ni sufrimientos, ni desilusiones y desengaños del mundo... Lo que éste me puede dar, lo tengo todo. Dios en su infinita bondad, me ha regalado en la vida mucho más de lo que merezco... Por tanto, mi Reverendo Padre, si me recibe en la Comunidad, con sus hijos, tenga la seguridad de que recibe solamente un corazón muy alegre y con mucho amor a Dios.

En espera de su carta, humildemente le pide su bendición, su hijo en Jesús y María.

Rafael Arnáiz

S/C San Juan de la Cruz, 4 - Ávila

Contestación del P. Marcelo León Fernández, Maestro de Novicios, el día 21, a la carta de Rafael

Muy estimado en Cristo: El Rvdo. P. Abad de este Monasterio me entrega, para que le conteste, una carta suya del 19 del actual, en la cual pide ser admitido en esta su casa. El asunto es de la mayor trascendencia para Vd., en particular tratándose de una Orden como Vd. sabe, tan austera como la nuestra.

Para todas las Ordenes se necesita una verdadera vocación, pero en particular es necesaria para la Orden Cisterciense, cuyas características son la oración, el trabajo manual y el silencio. Y si ahora agregamos los gustos y costumbres que Vd. necesariamente ha de tener, viviendo en el ambiente del siglo, siquiera sea en medio de una familia modelo de familias cristianas, la dificultad sube de punto.

No intento con esto disuadirle de su vocación, sino orientarlo bien, a fin de que su resolución sea bien madura, y venga a crucificar su carne con todos sus apetitos e inclinaciones. Si es voluntad de Dios, de El ha de esperar todos los auxilios necesarios, y Vd. deberá aportar su buena voluntad. Por nuestra parte, hemos de ayudarle cuanto nos sea posible, y pondremos en ello todo interés.

Me parece oportuno su conferencia con nosotros para tratar este asunto, y aquí estamos a su disposición; pero no quiero dejar de advertirle que en la hospedería no tenemos calefacción, y por tanto, que ha de pasar frío, si quiere venir enseguida. Pero Vd. manda, y Vd. ha de señalar el día de su venida y la hora, para estar sobre aviso...

Podría celebrarse su conferencia por escrito a fin de enterarle a fondo de nuestro método de vida, pero hay muchos detalles que es preferible entren por los ojos y con un detenido examen.

Con este motivo me es grato saludar a Vd. y ponerme incondicionalmente a sus órdenes, quedando affmo. en Cristo y s.s. y capellán que se encomienda a sus oraciones

Fray María Marcelo León.

A consecuencia de la invitación que se le hace, Rafael fue a la Trapa para hablar con el P. Marcelo el 24 de noviembre de 1933, es decir, uno o dos días después de recibir la carta. Pasó allí la noche y tras las oportunas entrevistas con los responsables del monasterio, quedó admitido como novicio.

En el libro que escribió el Duque de Maqueda (Tío Polín) tras la muerte de Rafael "Un secreto de la Trapa", cuenta lo siguiente:

Era el mes de noviembre de 1933.

Acostumbraba en aquella época Rafael, a visitarnos cada final de semana; cursaba su segundo año de arquitectura y por hallarse la Escuela de Arquitectura en Madrid, allí residía en una pensión de la Gran Vía. No hacía aún tres días nos había hecho su visita acostumbrada, cuando una tarde me sorprendió alegremente con su presencia; no esperaba yo verle tan pronto aquella vez.

Como se comprenderá era siempre para mí motivo de la mayor satisfacción recibirle en mi casa, pues su alegre carácter, su fácil adaptación a cada sitio y circunstancia, su trato sencillo sin exigencia alguna, aparte, claro es, de motivos más poderosos, le hacían huésped ideal en todas partes. Nada le pregunté sobre los motivos de su imprevista visita, creyendo obedecía a alguna de las muchas vacaciones, de las que por aquella época les daban o se tomaban los estudiantes en todas las capitales. Ello es, que una vez en casa y después de cenar alegremente nos dispusimos a escuchar un gran concierto por la radio.

Tenía especial afición por la música, pero por la buena música; el escucharla disponía su ánimo de un modo particular a toda clase de elevados y nobles sentimientos. En muchas ocasiones le sorprendí ensimismado y como abstraído de cuanto le rodeaba, hasta el punto de verdadera emoción. Es indudable que su pensamiento se remontaba entonces a regiones de infinito, en las

que su alma volaba libre de los lazos que la aprisionaban. De las sensaciones que el arte procura, quizá ninguna otra le cautivaba como la de la música. Toda clase de manifestaciones artísticas hallaban eco en su espíritu de refinada delicadeza. Pero de este aspecto particular de su temperamento, ya se habla en otro sitio. Por el momento basta a mi propósito dejar aquí señalada esta tendencia de su alma, que no impedía, sin embargo, el que cierta música ligera y alegre le distrajera. Cuántas veces en la intimidad, bailaba regocijadamente y como para divertir a los demás, imitando fina y graciosamente aires y ritmos populares y exóticos!...

Pero volviendo a mi historia, contrariamente a lo que yo pensaba, Rafael aquella noche no quería oír música; algo muy profundo y trascendental traía en su espíritu, que trataba él de ocultar, tras de un exterior risueño y alegre como de costumbre.

Luego de cenar, saboreando unas copas de licor se hizo un prolongado silencio. Rafael no hablaba y al muy poco rato quedamos solos frente a frente sin nada que distrajera ni turbara el solemne momento, me dijo sin más preámbulos:

-Te extrañará haya venido hoy, ¿verdad?

-Algo -le respondí- no te esperaba; ¿os han dado las vacaciones de Navidad? -le pregunté.

-No; aún no nos las han dado, pero yo me las he tomado, para no volver más a Madrid.

Rápidamente me hice cargo de su revelación, adiviné lo que iba a decirme y con la mayor emoción le pregunté:

-¿Qué quieres decir? ¿Qué te ha pasado?

-Pues sencillamente que me marcho a la Trapa de Venta de Baños; si me admiten en el Monasterio allí me quedo; tengo el propósito de irme desde aquí directamente; mi equipaje de Madrid ya habrá quien lo recoja...

Atajé sus palabras con una exclamación, que aún cuando no me servía de gran sorpresa, aquella revelación suya, medía en cierto modo su importancia y saboreaba hondamente la solemnidad y grandeza del momento.

Debo confesar que la pena de separarme de su compañía para siempre se unió al gozo que experimentaba, contemplando aquella espléndida floración de amor divino, que hacía tiempo sospechaba yo fundadamente, se hallaba contenida en su alma y como a presión; ser el primero, después de Dios, a quien participara él, su gran secreto, me enorgullecía no sé por qué.

La previsión humana alcanza muy cortos límites; podemos presumir ciertos acontecimientos, pero a lo que nunca llegaremos es a figurarnos el estado de ánimo a que pueden conducirnos; es punto menos que imposible vislumbrar, el alcance que a veces, sucesos al parecer triviales, llegan a tener para nosotros; del mismo modo pueden no impresionarnos en la medida que esperamos hechos trascendentales de nuestra vida. Así me ocurrió que, aunque rápidamente

me hice cargo del volumen o importancia de aquella confesión de Rafael, en aquel instante no vibró mi espíritu con la intensidad que era de esperar.

La gravísima situación de la política española en aquella época era un tema que a todos nos preocupaba hondamente. Los que teníamos hijos que vigilar y educar experimentábamos las más grandes de las inquietudes al observar el rumbo de los acontecimientos; como españoles presagiábamos todos una situación próxima violenta; esas generales preocupaciones unidas a otras de carácter particular, quizá fueran la causa de aquel estado de ánimo en aquella noche inolvidable. Lo cierto es que ante la súbita revelación de Rafael, no se me ocurrieron otras palabras, que decirle, que esas banales y comunes en tales casos. Que suponía que lo habría pensado mucho; a esto recuerdo me contestó que hacía dos años que venia madurando el proyecto. Le hice ver lo inestable de la situación política de España; la probabilidad de una disolución o expulsión de todas las Órdenes Religiosas; la diferencia tan enorme de su vida y naturaleza, de lo que en la Trapa iba a encontrar; el falso espejismo que podría resultar en una piedad fervorosa como la suya, que le hiciese ver como vocación o llamada especial de Dios, lo que no era sino atractivos que en el comienzo de una vida de virtud como la suya, suelen experimentarse... En fin, todas esas reflexiones que harto sabia yo, conociéndole, sobradamente se habría hecho él muchas veces.

Era débil físicamente, pero la fortaleza que a su cuerpo faltaba, tenía en su alma medida completa y rebosante. Mientras le hablaba, recuerdo bien, lo inútiles que me parecían mis propias palabras. Su voluntad era de acero; tenía yo firme convencimiento de que aquella determinación era de Dios; no era un capricho, no una impresión, ni un desengaño; era el fruto divino de una correspondencia a la gracia, que el Espíritu Santo se dignaba sostener, con uno de sus más preciados dones: el de la fortaleza.

Al llegar a este punto, debo hacer notar una de las características de Rafael: la sencillez. Siempre le conocí enemigo de las situaciones estudiadas, de las frases previstas, de los ademanes ad hoc; y como en la escena que os he referido era el espíritu de Dios quien guiaba sus palabras, acciones y pensamientos1 por fuerza y en consecuencia lógica, fue tan sencilla, ya que nada más sencillo y simple que Dios mismo, puesto que es Uno. Trataba él de encubrir la magnanimidad y grandeza de su resolución con la naturalidad y simplicidad del que proyecta una cosa trivial; pero harto profundizaba yo en su espíritu, para saber que en él se estaba librando el más duro combate que en el corazón humano pueda caber, como más adelante se verá.

Nos despedimos muy brevemente; hice que se retirase a su cuarto, entrada ya la madrugada; claro es que ni él ni yo dormimos aquella noche. Con la soledad y las tinieblas se me aumentaban las proporciones del acontecimiento. Pero ¿cómo será posible, pensaba yo, que este chico habituado a llevar una vida de tanto esmero y cuidado, pueda soportar la austerísima existencia en una Trapa? El habla, fuma, se divierte y vive como tantos otros muchachos de su edad y circunstancias... ¿Enfermará en un cambio tan radical, tan repentino y absoluto? Además se ven tantos casos de ilusiones que con las apariencias del fervor puedan parecer vocación... Estos y muchísimos otros pensamientos desfilaban en mi imaginación, sin tener en cuenta la más importante y fundamental de las reflexiones y de que nos habla San Pablo: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta".

El día siguiente se nos fue en proyectar, pensar y madurar un plan, que para realizar sus deseos fuera el más oportuno y más dentro de la consideración y cariño que a sus padres debía. Ardiendo en ansias de renunciación inmediata, quería no despedirse de ellos ni de nadie; al mismo tiempo temía su propio corazón; quería irse directamente desde Ávila al Monasterio y de allí, ya no moverse por ningún género de consideraciones.

Le aconsejaba yo, sin embargo, aunque compadeciéndolo con toda mi alma, por el calvario que pudiera significarle, que marchase primero a Oviedo, en donde se hallaban sus padres; que una vez allí les diera parte de su resolución y luego, seguro como ya estaba de cómo pensaban, marcharse en seguimiento de la llamada de Dios, con el beneplácito y bendición de ellos. Esto me pareció la mayor caridad y perfección; pero insistiendo él en su primera idea, le propuse que dirimiera la contienda el señor Nuncio de Su Santidad, a quien yo conocía mucho y que por aquel entonces se hallaba veraneando en Ávila.

Accedió al fin a mi proposición, y una tarde, ya anochecido, nos presentamos a Monseñor. Nos recibió éste con la paternal bondad que le caracterizaba y después de oírnos a uno y otro y de alabar a Dios que se dignaba acordarse de su siervo, intensamente emocionado le dijo:

- "Creo debe usted ir a despedirse de sus padres y recibir su bendición, que por mi parte, aquí me tendrá usted siempre, para todo cuanto pueda ocurrirle en el nuevo camino que emprende; en garantía de ello, voy a anticiparme a sus padres de la tierra y bendecirle con todo el afecto que merece su generosa decisión".

Nos arrodillamos; estábamos los tres solos y Dios, que debía contemplar satisfecho la profunda emoción de la escena.

Le dio la bendición el señor Nuncio, y ya de pie, le atrajo a sí, abrazándole con el cariño que pudiera hacerlo un padre según la sangre. Yo sé que después Monseñor, hablando en algunas ocasiones de tal visita, se conmovía y el recuerdo de Rafael permaneció muy grabado en su espíritu.

De grandísima consolación sirvió al futuro trapense el acto de aquella tarde; yo no cesaba de admirar esta obra de Dios, que de modo tan eficaz actuaba en su alma. Recuerdo el silencio preñado de emociones, que al bajar la escalera de casa de Monseñor, observábamos los dos. Pero aquella fortaleza invencible venía a ser estimulo para el combate; una arenga que enfervorizaba la natural flaqueza humana.

Iba a comenzar para Rafael la gran prueba. De ella le habló Monseñor Tedeschini en su visita; pero contaba con un aliado de formidable poder y a quien con la mayor frecuencia acudía: la Santísima Virgen. Había resuelto ya su marcha a Oviedo, para desde allí ir a la Trapa de Venta de Baños. Fijó la fecha del día siguiente por ser la más próxima y así abreviar la amargura de la separación de nosotros, que harto sabia él, le queríamos y mimábamos como un hijo más e hijo de predilección. Yo en el fondo me alegré de su determinación, pues también sufría mucho.

Desde la entrevista con Monseñor, había experimentado Rafael una sensible evolución; sólo habían pasado tres días durante los cuales, andaba como soñando. Ni que decir tiene que el

tema de nuestras conversaciones era invariablemente la Trapa. Yo le describía la perfección de aquella vida en el Monasterio; de la sublimidad de la renuncia a cuanto el mundo ofrecía de amable, y era tal la elevación de su alma, por aquellos días, que recuerdo en una ocasión, contemplábamos entusiasmados el admirable y austero panorama que ofrecían las montañas de la Sierra Paramera, vistas desde el paseo del Rastro de Ávila. Se hallaban totalmente cubiertas de nieve y como centelleantes por los reflejos de un sol poniente que las iluminaba. Rompí de pronto el silencio, embargado por el sortilegio de la hora y el ambiente, con estas palabras del Salmo:

- "Qué magníficas son tus obras, Señor". A lo cual Rafael, como saliendo de sí mismo, me respondió:

- Sí tío; pero no son Dios mismo.

Dejo a vuestra consideración apreciar el valor de aquella respuesta, reveladora del estado de su alma. Cuanto le rodeaba parecía no vivirlo; la abstracción de todo lo material le tenía como fuera de sí; indudablemente, le era necesaria esta preparación espiritual para afrontar la terrible tempestad que iba cerniéndose sobre él. De un modo manifiesto está comprobado que el Señor nos provee de las armas proporcionadas a la violencia de la lucha.

La última noche que pasó en casa Rafael, por entonces, fue de extremo sufrimiento. A la mañana siguiente debía marchar para Oviedo.

A hora ya muy avanzada, me encuentro yo absolutamente desvelado. Me levanté, y con el mayor sigilo, me acerqué a la puerta de su habitación, pues había visto luz. Le hallé de rodillas ante una capillita de la Virgen Santísima, que periódicamente nos traían en visita domiciliaria. En seguida se dio cuenta de mí presencia, se levantó, vino a mí echándose en mis brazos y lloró con el desconsuelo más amargo que puede pensarse. Poco duró aquella terrible y violenta crisis, que demostraba la agonía de su alma. Fue la primera y última vez que le vi llorar en aquel estado. Podéis imaginar qué esfuerzos haría yo para procurar serenarle y consolarle. A mi vez tampoco andaba muy sobrado de las energías que me hubieran sido menester. Volvimos a separarnos, yéndose cada cual a nuestras habitaciones.

Llegó por fin la mañana decisiva; yo no me encontraba bien de salud y me quedé en la cama. A despedirse de mí vino, en llegando el último momento. No medió ni una palabra entre los dos. Recuerdo que suavemente se inclinó sobre mí, me tomó las manos y me las besó...

Al instante desapareció de mi vista, y con él, una de las épocas de mi vida de más dulces recuerdos. Para Rafael comenzaba su Getsemaní...

(Un secreto de la Trapa; págs. 29-35).

---

(1) Durante los años 1931 y 1932, Rafael estuvo en Madrid estudiando Arquitectura. Mantuvo contacto frecuente con sus tíos, que vivían en Ávila, muy cerca de Madrid, por lo que los

visitaba con cierta regularidad. Desde la casa de sus tíos escribe la carta que se transcribe a continuación. (Volver)

3 de diciembre de 1933 Domingo

Al R. P. Marcelo León, Maestro de novicios, desde Ávila

Mi amado Maestro: Desde que salí de la abadía no he dejado por un momento de tener mi espíritu entre mis hermanos los monjes, aunque he tenido que estar ocupado en todos mis asuntos que en Madrid dejé pendientes, y que ya, gracias a Dios, están todos arreglados. Le contaré lo que hice desde que me despedí de ustedes.

Salí de Venta de Baños un sábado y pasé el domingo y el lunes en Ávila con mis queridos tíos, y el martes me fui a Madrid, que si bien antes me costaba gran trabajo y mortificación la vida en esa ciudad, ahora los días que he pasado allí, se me han hecho relativamente fáciles, debido a que van a ser, si Dios quiere, los últimos. Solamente en pensar que los novicios seguramente pedirían por mí, me ha dado fuerzas y me seguirán dando, para seguir el camino del Señor, que desde luego es Cruz, pero bendita Cruz, cuando por amor a Cristo se abraza.

Ya está todo arreglado. Me he despedido de mis profesores, de mis amigos y de mi familia. Nadie sabe desde luego que el viaje que tengo proyectado durará toda la vida, y a todos les he dejado la ilusión de mi vuelta en enero después de vacaciones. Por tanto, nadie sabe nada, excepto un amigo mío, compañero de carrera, y que se ha hecho cargo de todos mis libros, y de todas esas cosas, que a nosotros nos parecían necesarias para andar por el mundo, y que en realidad, mirándolo bien, no son más que caprichos, lujos y pequeñas vanidades.

Ya tengo medio camino recorrido; me falta, como usted sabe..., mis padres; cierto que he dejado atrás la gran ilusión de una carrera, y el cariño verdadero de muchas personas, y si le he de decir verdad, no me ha costado gran trabajo, por dos razones muy sencillas: primera, la consideración de que mi sacrificio es agradable a los ojos de Dios, que me ha de pagar en una moneda que los hombres, por lo general, no conocen, pero que yo en medio de mi miseria, adivino. Y segundo, por la razón de que ya hacía mucho tiempo que mi espíritu se estaba despegando de las cosas y acercándose a Dios, y como ese momento lo veo llegar, me inundo de alegría y estoy seguro de que Dios me seguirá dando esa alegría, para acabar de desatar ese nudo de cariños y afectos, con que estamos atados todas las criaturas en la tierra.

Como le digo, Padre, pasé en Madrid la semana y ayer día dos, me vine a Ávila, para ya desde aquí, marcharme a Oviedo para librar la batalla final que son mis padres. Me marcharé seguramente hacia el día ocho y estaré allí..., pues, Padre, no lo sé. Siguiendo sus consejos, prepararé el camino poco a poco, y cuando lo vea conveniente, pediré a Dios fortaleza para mí y para mis padres, y solicitaré el permiso, y sin más dilación, me tendrá el Padre Maestro de Novicios, desenterrando cepas en Venta de Baños...

Por ahora todo está en manos de Dios y de la Santísima Virgen, a quien especialmente tengo que dedicar mi cariño y mis amores, pues Ella ha de ser mi única Madre, en lo que me queda de vida.

Qué contento estoy, Padre, al saberme tan querido por la Señora, y qué bueno es Dios conmigo, que sin merecerlo, me trata así; a veces me da miedo el no saber corresponder, pues siempre ha sido mi conducta bastante mediana, y ni soy fervoroso, ni mortificado, ni nada en realidad que me haga diferenciarme entre los demás hombres y, sin embargo, ya ve, mi buen Dios me trata con favores que no merezco... Misterios de su voluntad y que nos hacen pensar y reflexionar, en muchas cosas..., pues efectivamente, nada merecía el hombre, y en cambio descendió Nuestro Señor para ser clavado en una cruz... El nos lo da todo, y nosotros cuando le damos un poquitín, lo llamamos sacrificio; a mi me parece que está mal empleada esa palabra en este caso... Cuando hago mi examen y me veo un poco por dentro, veo claramente que no hago más que seguir los dictados de mi corazón hacia Dios, ansia de llenarme de El, y nada más. El verdadero sacrificio seria seguir atado en el mundo, y no poderle cantar día y noche en el coro...

Perdóneme, Padre, que me haya excedido en mi carta. Lo que si le suplico, es que tenga la caridad de contestarme antes de que me vaya a Oviedo, y me diga qué le parece lo que pienso hacer, y su opinión y sobre lo que he hecho; su consejo será seguido por mí como si fueran órdenes, pues ya me considero novicio y si usted me alienta se lo agradeceré y si solamente se reduce a ponerme dos letras, diciendo que ha llegado mi carta, también se lo agradeceré, no quisiera molestarle más de lo debido.

Presente mis cariñosos respetos al Padre Abad, y a usted le pide su bendición y sus oraciones su novicio:

Rafael

Escríbame aquí, a casa de mis tíos en Ávila, San Juan de la Cruz, 4.

8 de diciembre de 1933 - Viernes

Al R.P. Marcelo León, Maestro de novicios, desde Ávila

Reverendo P. Fray Marcelo León.

Mi queridísimo Padre Maestro: Gran consuelo experimenté con su caritativa y cariñosa carta, que Dios le pague todo. Esta es para comunicarle que el domingo saldré de Ávila para Venta de Baños y llegaré allí como el otro día en el rápido.

Llegaron las vacaciones, y mi ida a mi casa se aproxima. El momento de decírselo a mis padres es temeroso, debido a circunstancias que yo mismo de palabra le quiero explicar a usted, pues me veo, debido a mi flaqueza, en un grave peligro, y en estos momentos, lo único que me

interesa es Dios y mi vocación. Por tanto, me voy ahora al monasterio para que usted me aconseje y entregarme en absoluto a la voluntad de mis superiores, que para mí, en este caso, representa la voluntad de Dios.

De la cuestión de mis libros, reglas y útiles de trabajo, efectivamente lo dejé todo, condicionalmente, pensando en que a la Comunidad le fuesen útiles el día de mañana, aunque desde luego, a la Trapa me voy completamente solo... Supongo que me entenderá perfectamente lo que quiero decir. Seré útil a la Comunidad, en lo que de mi dependa, pero mis aficiones se quedan a la puerta... Mi única afición es Dios.

Iré con un amigo íntimo que me ayudará cerca de mis padres, que en estos momentos es la única espina que tengo, pues están ajenos a todo esto.

Hoy, día de la Inmaculada, me he unido en espíritu a mis hermanos los novicios, para que Ella nos ilumine a todos, y que por su mediación, Dios Nuestro Señor, acepte gustoso lo que yo de todo corazón le voy a ofrecer.

Presente mis cariñosos respetos al P. Abad y de usted mi querido Padre, espera sus oraciones y su bendición, su novicio

Rafael

17 de diciembre de 1933 Domingo

Al R. P. Marcelo León, Maestro de novicios, desde Oviedo

Mi querido Padre Maestro: Ya hace días que debí haberle escrito. Perdóneme mi retraso, pero mi estado de ánimo es difícil expresarlo por carta; solamente Dios lo sabe y a El le ofrezco lo que estoy pasando estos días. Estoy viviendo en el hogar de mis padres, que en estos momentos son completamente felices al tenerme a mí a su lado... Aún no he dicho nada, pues cualquier cosa me desarma: un cariño..., una atención de mi madre, pero esta situación se me va haciendo insostenible y por otra parte, no puedo dar la noticia poco a poco, pues en mí no han notado diferencia, debido a que hace mucho tiempo que pienso lo mismo y actúo lo mismo; es decir, que si yo, en la conversación, hablo de la Trapa, no les pilla de sorpresa..., pues ya están acostumbrados. Si insinúo cualquier conversación sobre mi tema, les pasa lo mismo y piensan: cosas de Rafael... De manera que no tengo más remedio que dar la noticia de golpe, diciéndoles que ustedes me esperan, y que yo me voy..., y créame, Padre, me faltan fuerzas para hacer la herida, y no es por mi, que yo la tengo sangrando...

Pida por mí, querido Padre, que Dios me sostenga en estos momentos tan difíciles, en que las circunstancias ordenadas por Dios me han puesto; en la que mis renuncias a todo, las voy haciendo poco a poco, y cada día, cada hora que pasa, y cada detalle en la vida del hogar, me lo recuerda, y es como si me fuese a hacer una operación y yo mismo con toda calma, e incluso deleitándome, fuese preparando el instrumental y todos los detalles... Y mi naturaleza y mi

egoísmo, me gritan: ¡Basta ya!…, basta!, pronto, pues; no sé cuánto resistiré, pues cuando hay que operar, operar pronto, y si hay que abrir y herir, cuanto más de prisa se haga, mejor...

Y no es que peligre mi vocación, al contrario, cada vez estoy más contento del camino emprendido, y más resuelto a todo; para mi lo primero es Dios, y con su ayuda lograré vencer a las criaturas, y si luego lo único que le puedo ofrecer, es un corazón ensangrentado, es porque así El lo ha querido, y El se cuidará de sanármelo, pues será suyo completamente.

Qué ganas tengo, Padre, de verme entre mis hermanos los novicios y dejar de una vez todo esto... Le escribo desde una habitación caliente, alfombras, buena luz, mi cama blanda y limpia; en una palabra, todo el "confort" y la comodidad que puede dar la vida moderna... Pero pienso en la camarilla de la Trapa, y lo cambio todo por ella, y cien veces más que tuviera.

Hoy he ido a un sermón y Bendición en los Padres Dominicos y mi madre, porque hacía un poco de frío, se empeñó en ponerme el coche, y si viera cuánta reflexión y consideraciones he sacado de ese detalle... En fin, Padre, para qué le voy a marear contándole todos los detalles de mi vida. Lo que me pasa es que lo que antes no le concedía importancia, ahora me impresiona mucho, y si pudiera con el pensamiento trasladarme a mi querido monasterio, así lo haría... Pero Dios me pide el sacrificio de mis padres, además del mío..., pues sea; no cuento con mis fuerzas, pero con la ayuda de Dios y de la Santísima Virgen, todo se hará... Lo contrario seria una cobardía.

Dígales a los novicios que no se impacienten por mi llegada, y que pidan al Señor que se cumpla en mí su voluntad.

Espero su carta con impaciencia, pero le suplico me la mande a Ávila, San Juan de la Cruz, 4, en casa de mis tíos, que ellos se encargarán de enviármela a mí sin que mis padres se enteren, pues hasta ahora jamás he tenido secretos con ellos, e incluso las cartas que recibo, no he tenido el inconveniente en que las leyesen, pero ahora, hasta que yo no se lo diga, no quisiera... Bueno, Padre, usted me entiende.

De los documentos necesarios aún no he hecho nada, hasta saber en qué Parroquia de Burgos estoy confirmado y bautizado.

Sin más que contarle, presente mis cariñosos respetos al P. Abad y de usted espera sus oraciones y bendición su novicio

Rafael

Argüelles, 39 - OVIEDO.

17 de diciembre de 1933 - Domingo

A su tío Leopoldo, Duque de Maqueda, desde Oviedo

Queridísimo tío Polín: Dos letras nada más para pedirte un favor, y es que seguramente recibirás una carta para mí de mi casa de Venta de Baños; te suplico me la envíes con dos letras tuyas para que mis padres no se enteren, pues aún no saben absolutamente nada, y en estos momentos son completamente felices al tenerme a mía su lado.

En estos días me han salido muy bien hilvanadas las mentiras; mejor dicho, las ocultaciones de la verdad. No sé hasta cuándo me dará Dios fuerzas, pues te aseguro que estoy en un estado de ánimo que cualquier cosa me desarma; un cariño, una atención de mi madre, la ilusión de mi padre y estoy sosteniendo un esfuerzo violento, pues mi cuerpo está en mi hogar, con mi familia, y mi espíritu está cada vez más lejos.

¡¡¡Cuánto me pide Dios!!!, pues no solamente me pide que lo deje todo, sino que antes de dejarlo para siempre, me pide que lo paladee bien, y duro es tener que hacerse una operación, pero más duro es tener que prepararse uno mismo todos los utensilios e incluso deleitarse con los preparativos.

No creo que a ti tenga que explicarte nada; tú de sobra entiendes, y sabes que Dios me perdonará todas estas flaquezas tan humanas.

Mi madre toca el piano..., me tengo que ir... Si callo, sufro mucho, si mi alegría alegra a mis padres, sufro más... Qué bueno es Dios, tío Polín, que me hace sufrir por El, pues si no fuese por El, yo no tenía por qué desgarrarme el corazón poco a poco y lentamente como lo estoy haciendo.

Pero bueno..., dejémosle hacer a Él y que se cumpla en mí su voluntad.

¿Estás mejor?

Cuando el otro día llegué a la Trapa y puse a los pies del Sagrario lo que acababa de hacer en Ávila **(1)** me quedé contentísimo, puedes creerme, y cuando salí le pedí a la Virgen que fuera conmigo y me acompañara y guiara mis pasos..., mis últimos pasos entre los hombres, que cuando flaqueo me acuerdo de Ella, y como sé que me está esperando allá en el monasterio, solamente el pensarlo me da fuerzas para seguir..., y sigo.

Mira, los novicios estaban muy contentos el otro día porque creían que ya me iba a quedar, y cuando estaba oyendo la misa mayor, el que toca la campana me acercó una banqueta, y cuando volvía del trabajo, me crucé con ellos en la vía, pues yo entonces me marchaba, y me sonrió como diciéndome: a ver si vuelves pronto..., y ánimo, que la Virgen te acompaña... Y te aseguro que solamente la cariñosa sonrisa de ese novicio que toca la campana, hacia un desconocido del que solamente sabe que está luchando en el mundo por desatarse de él..., solamente por esa atención, merece mi viaje al monasterio... Esto solamente te lo digo a ti porque tú únicamente me podrás comprender.

Pero bueno, no quiero prolongarme; si me pusiera a hablar estaría esta noche hasta las tres de la mañana, pero como no tengo con quién, le contaré mis cosas en silencio a Dios que hasta eso

me ha quitado, el consuelo de los hombres, para que le busque a El solo y a El solo se lo comunique.

No te pido tus oraciones y las de tía María, porque ya sé que sois generosos en ofrecerlas.

Mis queridísimos tíos..., qué mal hice en daros tanto si después os lo había de quitar. Cuántas cosas se me ocurren que no os dije y que mis estúpidas lágrimas me impidieron expresar, pero es tanto lo que os quisiera decir, que no puedo ahora; allá en el cielo las sabréis; dejadme ahora solo, pues así, al yerme solo, seré más para Dios y Dios estará más contento conmigo.

Perdonadme porque no sé lo que digo, pero de buena gana me tomaba una copa de "cointreau" para quitarme un nudo que no me deja tragar. Además, lo voy a dejar ya que es la una de la mañana y llevo ya, con ésta, dos cartas: una a vosotros y otra al P. Maestro y son las únicas horas de que dispongo, cuando todo el mundo está acostado y en silencio, y esta noche parece que me he "soltado el pelo" a escribir.

Adiós, queridísimos tíos, y preparémonos que por encima de todas estas pequeñas cosas de las criaturas, dentro de seis días vendrá el Salvador del mundo a nacer en un pesebre y lleno de pobreza en el mayor desamparo.

Os deseo unas Navidades llenas de felicidad con vuestros hijos... Como es la fiesta del hogar cristiano procuraré no enturbiárselas a mis padres y mis hermanos, y si yo no las paso como otros años, es decir, humanamente feliz, espiritualmente lo soy más, pues es el único año después de veintidós, en que le puedo ofrecer al Niño Dios algo que merezca la pena.

Os da un abrazo desde lo más profundo vuestro hijo

Rafael

El día que me vaya definitivamente os escribiré conforme os prometí. La carta del P. Maestro, sacadla del sobre, primero para que la leáis porque tenéis derecho, y segundo, para que abulte menos.

El Padre Maestro le contesta por mediación de sus tíos, con la siguiente carta:

24 de diciembre de 1933: Mi querido futuro novicio: ¡Cuánto tiempo ha tenido que estar esperando mi cartel Pero si ella le habría proporcionado algún consuelo y lenitivo, o si le parece mejor habría de obrar como anestésico de sus dolores, aunque sólo fuese parcial, Dios ha querido que hasta hoy no me haya sido posible acudir a su necesidad, y lo hago hurtando un poco de tiempo a los pequeños intervalos que hoy nos quedan, porque mañana sería completamente imposible.

Me doy cuenta de su situación y no es una sorpresa para milo que le ocurre, porque las cosas desde lejos impresionan menos, y en cambio de cerca, parece que aumentan de tamaño, y lo que

antes nos parecía cosa de poca monta, más tarde se nos antoja imposible para nuestras fuerzas. Cuando recibí su carta del 17, hubiera querido contestarle en el momento, pero la hora de salir para Burgos, donde he pasado dos días completos confesando a nuestras Hermanas las Huelgas y a otra Comunidad de Bernardas hacía imposible realizar mis deseos y, no era cosa de encargar la contestación a uno de los Padres que trabajan conmigo en esta Secretaria y opté por esperar mi regreso, pero sin olvidarme un momento de la situación que usted está atravesando y, pidiendo a Dios continuamente le sostuviese en la lucha y le diese las fuerzas necesarias para realizar la operación.

Por una parte, el cariño a sus padre, a quienes no quiere en manera alguna disgustar, y por otra, la vida muelle y regalona que en su casa tiene por fuerza que llevar, tiran de usted para ver si consiguen derribar todos sus propósitos y le hacen desistir de su proyecto. Pero confío en que usted sabrá sobreponerse a todas estas dificultades y saldrá adelante con su resolución. Dios, al parecer, le llama a esta vida tan austera y penitente, y cuyas dificultades principales le expuse para que no se dejase engañar de las astucias del enemigo, que desde más o menos lejos le ha de combatir. Pues si Dios le llama y, precisamente le llama a la gloriosa Orden de San Bernardo, ¿qué ha de hacer? ¿Retrocederá siquiera un milímetro de su camino, desoyendo la voz del Señor absoluto de todo nuestro ser, que le pide el sacrificio de cuanto más caro tenga en el mundo, como son sus padres?

Además ¿no es el Dueño y Señor de todos, no sólo de usted, sino también de sus padres, a quienes también pide ese sacrificio? ¿Que le cuesta? No es cosa nueva para los que hemos tenido que hacer sacrificios semejantes y Dios que lo pide y exige, nos dio fuerzas bastantes para hacer por nosotros mismos la necesaria amputación, y aquí estamos agradeciéndole siempre este beneficio inmenso de la vocación. ¿No hubo de renunciar también nuestra Madre al cariño del mejor y más querido de los hijos, sabiendo además, porque nada de ello ignoraba, que le entregaba a lobos carniceros que habían de cebarse en El y terminarían poniéndole en una afrentosa cruz? Y Ella, al fin y al cabo mejor, y al fin y al cabo madre, tuvo valor para hacer la entrega de aquel pedazo de sus entrañas, porque sabía ser esa la voluntad de Dios, que para nosotros es la regla suprema del obrar.

Pase, pues, estos días de Pascua con toda tranquilidad y una vez que pasen, oiga la voz de Dios que le pide ese sacrifico y dígale: Señor soy todo vuestro porque vuestro es todo cuanto tengo; ¿quid me vis facere? ¿Qué queréis que haga?, y El le dirá lo que debe hacer y hágalo sin titubear, con firmeza, con suavidad, con cariño, procurando antes anestesiar un poco la sensibilidad para que la operación no sea tan dolorosa.

Cuente desde luego con nuestras oraciones y especialmente con las de sus futuros condiscípulos y, muy particularmente, con el auxilio poderosísimo de nuestra buena Madre, que no le abandonará un instante.

El Reverendo Padre Abad le bendice y otro tanto hace su futuro Maestro

Fray María Marcelo León

1 de enero de 1934 - Lunes

Al R. P. Marcelo León, Maestro de novicios, desde Oviedo

Reverendo Padre Fray Marcelo León.

Mi querido Padre Maestro: Recibí su cariñosa carta el día 26 que le agradecí muchísimo, pues para mi fue de un gran consuelo, pues estoy acostumbrado a no recibir un aliento de nadie, y a verme tan solo que, a pesar de ser mi único confidente Dios, mi flaqueza me pide muchas veces el consuelo de los hombres; claro que ustedes son para mi mis verdaderos hermanos, y la voz de mis superiores la considero la voz del mismo Dios, y está visto, cuando un alma es llamada por Dios, la quiere tan desprendida de todo, que hasta del consuelo material de las criaturas la despoja, y cuando el alma se ve sola, desamparada y al parecer privada de todo..., entonces es, cuando a mi entender, Dios está más cerca de ella y, entonces, se oye con más claridad la voz de su divina voluntad.

Querido Padre, las cosas siguen igual, pero el momento se acerca y mentiría si dijera que no le temo, pero al mismo tiempo, tengo tan grande confianza en la protección divina, que me hace seguir adelante y arrostrándolo todo.

Efectivamente, el enemigo de Dios me combate en todos sentidos; me ha vencido varias veces, pero a pesar de todo, no he retrocedido ni un "milímetro", como usted dice. Sus victorias son sobre mis sentidos, y aunque yo no quiero disculparme, sino todo lo contrario, usted que ha estado en el mundo conocerá una palabra que se llama confort" y que hoy día es como un dios, a quien adoran los gentiles, y como eso es lo que me rodea, comodidad y más comodidad, el enemigo se vale de eso para querer perderme... Pero mi espíritu está con Dios, y no solamente no he retrocedido un milímetro en mi resolución, sino que he avanzado algunos "metros" y cuantas más tentaciones tenga, más firme estaré en mi camino, no por mis méritos que no los tengo, ni porque me crea invencible, sino porque detrás de mí está la Señora que cuando salí del monasterio la última vez, me encomendé a su cuidado y me creo firmemente protegido por Ella.

He dejado pasar estos días, que no me parecían a propósito para decir nada, pero un día de éstos, comenzaré por mi madre, por quien le suplico a usted sus oraciones.

Mañana voy a ir al Sr. Párroco para que me extienda el documento que necesito y así, **poco a poco**, llegaré a donde mis impulsos hacia Dios y mi vehemencia, quería hacer llegar todo de un golpe... Cuántas enseñanzas podemos sacar de todo, incluso de nuestras propias flaquezas.

Si viera, Padre, cuánto "lastre" tengo que dejar antes de presentarme a Dios. Qué poco nos conocen los hombres! Aún en medio de una vida piadosa, cuánto lodo se queda adherido!... Pero por lo general, los hombres se contentan con poco; basta que vaya usted a menudo a recibir la Santa Comunión y, alguna vez al rosario, y enseguida le llaman santo y le colocan en los altares si se descuida... Pero Dios, que lo ve todo y lo sabe todo, no juzga así..., afortunadamente.

El monasterio va ser para mi dos cosas: primero, un rincón del mundo donde sin trabas pueda alabar a Dios noche y día; y segundo, un purgatorio en la tierra donde pueda purificarme,

perfeccionarme y llegar a ser santo... Parece que dicho así, con esa tranquilidad..., llegar a ser santo, parece una pretensión un poco..., no sé cómo decir... Pero es la verdad; quiero ser santo, delante de Dios, y no de los hombres; una santidad que se desarrolle en el coro, en el trabajo, y sobre todo, una santidad que se desarrolle en el silencio, y que solamente Dios la sepa y ni aún yo mismo me dé cuenta, pues entonces ya no sería verdadera santidad...

He leído hace poco unos versos que decían: "Virtud que se paladea, no es virtud". Bueno, perdóneme estas disgresiones de mi estúpida fantasía; me contentaré con lo que Dios quiera, y lo que me permita ser; yo le entrego mi voluntad y mis buenos deseos. Que El haga lo demás.

Si me escribe, hágalo, si me hace la caridad, como el otro día por intercesión de mi querido tío en Ávila.

Ya se me hacen largos los días que tardo en estar con mis queridos hermanos los trapenses.

Le deseo un feliz año al Reverendo Padre Abad y a la Comunidad, y usted reciba el cariño de su novicio que se encomienda en sus oraciones

Rafael Arnáiz

Contestación del Padre Marcelo a esta carta de Rafael:

Mi querido futuro novicio: por conducto de su tío he recibido su atenta carta del 1 del actual, con la que ha querido inaugurar este año su correspondencia con nosotros. Doy gracias en todo al Señor, que quiso servirse de mí para darle algún consuelo en la lucha que necesariamente ha de sostener consigo mismo, porque no es cosa fácil que la concupiscencia se deje arrebatar la presa que le sujeta a este mundo por medio del "confort" de la vida moderna, tan en oposición con la austeridad de nuestra santa Orden. Ha de valerse de todos los medios imaginables para ver de no dejarse arrebatar cosa que le es tan apetitosa, y por eso no ha de encontrar cosa extraña el que esta concupiscencia se sirva, como de poderosos auxiliares, de afectos tan legítimos como son los de la familia, y mucho más si ésta es tan afectuosa y cariñosa como la suya.

Se encuentra, sí, en situación penosa y que necesita gran esfuerzo para no dejarse arrollar por las circunstancias, sino seguir sin dudas ni vacilaciones, lo que entendemos ser la voluntad de Dios.

Ya sé yo la defensa que han de pretender esgrimir sus padres en pro de su negativa, y se repetirá ahora lo que tantas veces estamos acostumbrados a ver. "Podríase en último término -le dirán- ingresar en otra Orden donde tengamos facilidad de verte cuando queramos, y aun abrigar la esperanza de que pases algunos días a nuestro lado, pero si ingresas en la Trapa, haremos cuenta de que te has muerto y no volveremos a pensar en ti; tenemos todas nuestras ilusiones puestas en ti, y ¿te hallarás con ánimos para truncar esas legítimas ilusiones?"

Estos y otros parecidos argumentos han de jugar en contra de la realización de sus deseos, pero hágales ver que no se encuentra la felicidad en las condiciones y en el más exquisito "confort" ni siquiera al lado de la familia, cuyo amor, por otra parte, no quiere destruir la religión, sino purificarlo y encaminarlo todo entero a Dios, de quien venimos y a quien hemos de volver.

Jesús amaba entrañablemente a su Santísima Madre, pero cuando llegó la hora señalada por el Padre, no dudó en separarse de Ella, dejándola sola, pobre, viuda y desconsolada.

No sé si a estas horas habrá dado usted algún paso en este asunto, pido y pediremos todos a Dios le ilumine para que en todo El le acompañe y le fortalezca, a fin de que, cuando sea la hora señalada por la Providencia pueda contarse entre nosotros.

Nuestra buena Madre y Protectora, que acoge con singular complacencia todo lo que a nuestra Orden se refiere, ya que no en vano a Ella están consagradas todas nuestras iglesias, ha de prestarle toda la ayuda que necesite, y tenga ánimo, que le sacará adelante en todo este importantísimo negocio.

Los novicios me acosan diariamente a preguntas sobre usted y gozaron mucho con la lectura de su anterior. Ya piden siempre por usted.

El Reverendo Padre Abad le bendice, y se encomienda a sus oraciones y no le olvida en las suyas propias su affmo. en Cristo

Fray Maria Marcelo León

La forma en que Rafael comunicó a sus padres su decisión de ingresar en la Trapa, según cuenta su madre en VIDA Y ESCRITOS, fue la siguiente:

Siguiendo el consejo de sus tíos dejó Rafael que transcurriese el mes de diciembre, y llegaron las Pascuas de Navidad alegres, felices, los cuatro hijos en el hogar cristiano, sanos y fuertes y bendiciendo todos a Dios por lo mucho que les daba.

Sólo el corazón de Rafael estaba torturado, estrujado, por la próxima separación, por la enorme pena que iba a causar, y que sabía había de ser honda, inmensa. Nunca pensó que sus padres le pusieran el menor obstáculo para cumplir su vocación. Los conocía bien! Educado por ellos en el temor de Dios, sabía que habían de aceptar la voluntad del Señor sin réplica ni resistencia, y los dulces ojos de Rafael lloraban a solas para brillar después entre risas ingenuas al calor de los suyos...

Siempre consecuente con su modo de pensar y sentir, Rafael no hacía ostentación de las grandes virtudes que ya empezaba a atesorar su alma. Su gran piedad no era molesta a nadie, siendo, por el contrario, su conducta fervorosa sin exageraciones en el templo del Señor, un motivo más de atracción hacia su persona, y ejemplo para los indiferentes.

Más de una vez animó a su madre y hermanos a ver películas en las que se unía la buena música al arte depurado de actores y cantantes.

El día 5 de enero, víspera de aquel otro día en que había de dar cuenta a sus padres de su firme decisión, se fue con su madre al teatro, comentando jovialmente con ella el espectáculo que presenciaban...

Nada en su aspecto y conducta exterior hacia sospechar el gran cambio que iba a operarse en su vida..., y sin embargo, su alma se había desprendido ya de todas las vanidades y atracciones del mundo..., pero aún le faltaba desprenderse de lo que más amaba...

El día de Reyes, 6 de enero, se celebró una larga sesión musical en casa de sus padres.

Sorprendióle a la madre que Rafael, amante apasionado de la música, no asistiese a ella desde su principio, llegando de la calle al terminar el concierto.

Aquella noche, después de rezar en familia el santo rosario, Rafael se fue a la cama sin el rato de charla o discusión como era su costumbre, sin apenas hablar.

Habían pasado las Pascuas, y el momento se aproximaba.

Al día siguiente, hallándose sola su madre sentada al piano, entró Rafael donde ella estaba y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo con voz natural y tranquila:

- Deja de tocar un momento: tengo que decirte una cosa.

Estremecióse la madre..., el corazón le anunció algo insólito.

- Qué te ocurre?, dímelo. - Acudió afanosa.

- Madre - contestó él con lágrimas en la voz y la mirada ausente -, Dios me llama..., quiero irme a la Trapa.

Bajó la cabeza la madre y sólo pudo pronunciar una palabra:

- ¡Hijo!...

Débil en su flaqueza, no pudo evitar que las lágrimas acudiesen a borbotones, silenciosas y quemantes, anegándole los ojos, el corazón, el alma toda... ¡También María lloró a los pies de su Hijo muerto...!

Sin embargo, la reacción vino inmediata..., su hijo era de Dios, hermoso préstamo que El le había hecho..., se llevaba lo que era suyo..., ella bendecía la mano divina que le causaba tanto dolor.

- ¿Y tu padre...? - dijo en seguida, angustiada y temerosa del otro dolor -. ¿Lo sabe tu padre?.

- No - contestó Rafael - he querido que fueras tú la primera. Tú se lo dirás.

- Gracias, hijo, - balbucearon débiles los labios.

El padre llegó al poco rato.

- ¿Qué pasa?, - preguntó anhelante al ver al hijo y a la madre.

- Tu hijo -dijo la madre sin aliento en la voz- quiere irse a la Trapa.

Nada dijo el padre en el primer momento. Recibió el golpe con entereza, valerosamente. Apenas un imperceptible temblor en los labios... Fue sólo un instante.

- Bendito sea Dios - exclamó haciendo un esfuerzo porque la voz fuese entera, sin lágrimas - por el favor tan grande que nos hace.

Sólo un abrazo fuerte al hijo de su alma que se le iba, al pedazo de su carne que se desprendía con arranque violento...

- ¿Cuándo quieres marcharte?, - preguntó, haciendo la entrega total.

- Cuando tú quieras, no tengo prisa.

¡No tenía prisa, y todo él era una pura ansia de partir, de terminar aquel sufrimiento insoportable que le destrozaba las entrañas, aquella agonía sin muerte...! ¡Partir!... ¡Dejar pronto aquella felicidad de su vida, para ir hacia el silencio del monasterio, hacia el amor inmenso de Dios, en busca de otra felicidad mayor, de otra vida de renuncia constante y que había de hacerle dichoso por toda una eternidad!.

-Cuanto antes, mejor -dijo su padre-. Hoy es día 7, el 15 puedes irte.

Y como un remate de aquella entrega voluntaria, añadió decidido:

- Te llevaré yo.

No hubo más. Todo fue natural y sencillo, sin dramas ni tragedias. Dios pedía lo que era suyo, y con gusto y voluntariamente se le daba.

Un hijo obediente que acudía a la llamada de su primer Padre... ¡Dios! Y unos padres humanos que cumplían con su deber.

9 de enero de 1934 - martes

Al reverendo Padre Abad, Dm. Félix Alonso desde Oviedo

Reverendo Padre Abad del monasterio de San Isidro de Dueñas.

Reverendo Padre: Ante todo, alabado sea Dios y démosle gracias infinitas por tantos beneficios, que recibimos de El, sin nosotros merecerlo.

Hoy llegará a su poder una carta de mi padre, a cuyas generosas y cristianas líneas yo no tengo nada que añadir.

Mi propósito hubiera sido el salir de casa, nada más obtener el permiso de mis padres, pero mi padre ha dicho que tenía que cumplir con su deber, y que él mismo me llevaría al monasterio; ante eso, yo creo que cumplo también con mi deber obedeciendo y, además, creo que una vez hecho el sacrificio, a Dios le ha de satisfacer que se haga plenamente y hasta el final, y aunque ni confío en mis fuerzas ni en las de mis padres, tengo una absoluta seguridad en Dios, que hasta ahora no me ha faltado, y espero no me faltará nunca.

No acierto con palabras a expresar el estado de mi alma, pero vuestra reverenda me comprenderá perfectamente. He pasado ratos muy amargos, sobre todo al ver a mis padres sufrir, pero al mismo tiempo he experimentado consuelo, al ver que su sufrimiento es cristiano, y su sacrificio agradable a los ojos de Dios.

Tengo unos padres que no me merezco. No quisiera prolongar mucho estos días; por tanto, le ruego con todas mis fuerzas, que su reverenda escriba cuanto antes a mi padre, diciéndole que ya podemos ir al monasterio.

Yo lo estoy deseando con todo mi corazón y mezclado con mis lágrimas y con mi corazón hecho trizas, tengo una alegría y un contento y una tranquilidad de espíritu, difícil de comprender; en realidad, humanamente es muy raro lo que me pasa.

Pida mucho por mis padres, que Dios les ayude en estos difíciles momentos.

Salude en mi nombre al Padre Maestro y a la comunidad, y le pide su bendición en Cristo

Rafael Arnáiz

12 de enero de 1934 - viernes

A sus tíos los Duques de Maqueda, desde Oviedo

Queridísimos tíos: Dos letras nada más para que salga esta carta hoy.

Nada os tengo que decir, pues mis palabras son pocas para expresarlo todo, y lo único que puedo deciros es que yo no he hecho nada, pues Dios nuestro Señor lo ha hecho todo, absolutamente todo. ¡Si vosotros supierais cómo me quiere y de qué manera me ha sostenido y me está sosteniendo!, ni nada le pediríais, ni nada le ofreceríais. Todo se reduciría a alabarle

sin cesar, a bendecirle y ensalzarle y a entonar continuamente un glorioso canto de acción de gracias y de agradecimiento.

¡Señor, Señor, **nada** os pido, porque ya lo tengo todo que sois Vos!; solamente permitidme unirme al coro de los ángeles, arcángeles y querubines y a toda la milicia celestial, y que mi corazón aquí en la tierra se remonte al cielo y cante el "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

Si vierais qué contento estoy al ver que Dios acepta lo que le he ofrecido; no lo que le he ofrecido yo, que eso poco vale, sino lo que le han ofrecido tan generosamente mis padres... ¡Qué almas más grandes!

¡Qué gran responsabilidad he contraído! ¡Pero la Santísima Virgen me ayuda de una manera, que casi materialmente la experimento. Quisiera volcarme, pero es tan grande todo lo que tengo dentro, que no puedo, pues si grande es mi alegría, grande, muy grande es mi dolor..., pero mucho más grande es mi amor a Dios ..., si no, no seria posible.

No te puedo decir cuándo me marcharé, pues estoy esperando carta de mi buen Padre Abad.

Las cosas han ido por el camino que me indicó el Sr. Nuncio; mi padre, no solamente me da el permiso, sino que él mismo va a **ofrecerme**; yo no salgo huido de mi casa, sino que me despediré de mi madre... Cuento, no con mis fuerzas, ni con las de mis padres...; cuento con el auxilio de la Virgen, y con las fuerzas que da un Dios, como el nuestro.

Me acuerdo de las palabras del Sr. Nuncio: "Hay que hacer las vocaciones, no solamente agradables a los ojos de Dios, sino suaves y dulces a los ojos de los hombres, es decir, sin violencias, ni convulsiones, sino todo lo contrario, agradables". Cuando esto es posible como en mi caso, hay que hacerlo así. Quizás se sufra más, no digo que no, pero a los ojos de Dios es más meritorio, ¿no te parece?

Bueno, ya te escribiré cuando esté en mi monasterio.

Te mando para la abuela el papelito adjunto, y te lo mando a ti porque no sé si la abuela está en Madrid. No vayas a creer que las he robado ¡eh!, cuidadito; es que me dio la tía unas pesetas, por si tenía que reparar alguna necesidad, y entre otras personas lo primero que pensé fue en la abuela y en vosotros... Espero de tu caridad que no te parezca mal.

Si todavía está con vosotros, la dais un abrazo muy fuerte de mi parte, y para vosotros, queridísimos tíos, nada, pues nada os puedo mandar como no sea mucho cariño de vuestro sobrino

Rafael

---

(1) En Ávila había escrito la carta solicitando formalmente la admisión como novicio. (Volver)

16 de enero de 1934 - martes

A su madre desde la hospedería de San Isidro

Queridísima madre: Dos letras nada más para decirte que ahora, a las dos de la tarde, entraré ya en comunidad e iré al coro a Vísperas; excuso decirte si estaré contento, espero que tú lo estés también.

Ayer me dejó aquí mi padre que estuvo un gran rato con el reverendo Padre Abad; después fui a la Salve, después cené y a la cama. Hoy me he levantado tarde, he estado bastante tiempo con el Padre Maestro y me ha dicho que ahora, a las dos me vendrá a buscar.

Supongo que ya estaréis todos juntos en Oviedo, dando gracias a Dios en todo momento por el inmenso beneficio que nos ha hecho; yo por lo menos no ceso de darle gracias por todo.

Muchas cosas quisiera decirte pero no acierto con ninguna. Os tengo a todos en el corazón, especialmente a ti, querida madre. ¿Te gustaron las estampas que te escribí?

No dejes de alabar a Dios por todo, y de pedir a la Santísima Virgen mi perseverancia, pues si algo recibimos de Dios, es siempre por su intercesión.

Ahora están repartiendo la comida a los pobres; me dijo el Padre que ayer fueron más de ciento.

Hoy hace un día espléndido de sol, no como el de ayer que fue tristón.

En estos momentos ya estoy impaciente esperando al Padre Maestro y no veo ya la hora de tener mi sitio en el coro; qué feliz voy a ser, querida madre. Mira, las primeras oraciones son un himno de agradecimiento que sale de mi pecho para Dios y, después, ¿por quién voy a pedir como no sea por mis padres? Es lo único que yo creo que puede consolaros.

Ya os escribiré más despacio cuando me dé permiso el Padre Maestro. Hoy contentaros con saber que vuestro hijo está contento, que pide mucho por vosotros, y que está en manos de la Virgen, que es la abogada de la Orden.

Sin más, recibid todo el cariño de vuestro hijo que os pide vuestra bendición

Rafael

Tengo muchas ganas de fumar, pero no sé lo que me pasa que no me acuerdo que las tengo.

23 de enero de 1934 - martes

A sus padres desde San Isidro de Dueñas

Son las seis de la mañana... Y tengo un sueño que me caigo. Fray Damián me lo ha notado y me ha hecho señas de que escribiendo no me dormiré, y procuraré con más facilidad, tener los ojos abiertos... Y sin más preámbulo que un Avemaría, he cogido papel y pluma y me dispongo a escribir.

Llevo con hoy en el monasterio ocho días justos, en los cuales he tratado de sujetarme en lo posible a la Regla, y por ahora lo que sí puedo decir es que tengo mucho sueño... A las siete de la tarde me acuesto, y con la gracia de Dios me duermo enseguida. A la una me despierta un dolor de riñones, pues no es colchón de plumas precisamente sobre lo que duermo; cambio de postura a la una, como digo, y cuando ya parece que estoy otra vez dormido... ¡zás!, la campana que me dice que son las dos y que tengo que bajar a Maitines... No lo dudo ni un minuto, ni un segundo; me pongo las zapatillas y el abrigo, pues duermo vestido, me lavo un poco la cara, y con el pensamiento puesto en Dios, y el corazón alegre, bajo las escaleras del noviciado a toda velocidad y entro en la iglesia donde mi Dios está en el Tabernáculo, esperando a sus monjes para que empiecen a cantar sus alabanzas... Y una vez allí, en el coro de una abadía cisterciense, medio centenar de hombres comienzan cantando las palabras del ángel a María: «Ave María, gratia plena, Dominus tecum».

Yo creo que en ese momento la Reina del cielo ha de mirar a sus hijos con ternura, y el mismo Dios se recreará en María... Bien vale, pues, la pena de levantarse a las dos y pasar un poco de sueño.

Pues tenía razón Fray Damián, se me ha quitado el sueño. ¡Dichosa naturaleza!, qué guerra das, pero espero que con la ayuda de Dios te he de sujetar, y te he de domar; para eso no necesito más que una cosa que es constancia y oración..., y seguramente, sin que yo me de cuenta, al cabo de cierto tiempo ya no tendré tanto sueño como ahora, pero qué le vamos a hacer..., también los apóstoles se durmieron en el Huerto, y dejaron a Jesús solo..., y eso que eran apóstoles, conque qué no haré yo, que soy un pobre pecador.

24 de enero de 1934 - miércoles

A sus padres desde San Isidro de Dueñas

¡Qué hermoso es el silencio!, sobre todo aquí en la Trapa, donde todos nos entendemos con sólo mirarnos y,

sobre todo, Dios nos entiende; yo creo que con eso basta... Admirable es la Regla de san Benito, pero lo que la da más carácter de santa es el silencio... Ese silencio alegre del claustro, del jardín y de la huerta, donde todo calla, excepto los pájaros que cantan a Dios.

Vivo en unión de tres novicios y, desde que estoy aquí, no me han hablado más que por señas; yo ya sé hacer unas cuantas, pero de qué buena gana hablaría un parrafito con mis queridos hermanos... Estoy convencido, el silencio ayuda mucho para no perder la presencia de Dios..., pero es una gran penitencia, sobre todo en cierto momentos y a ciertas horas; por ejemplo: hace un día espléndido, vas a salir a trabajar al campo, el trabajo en el campo es alegre; pues bien, esa alegría que quisieras manifestar dando saltos y cantando, te la tienes que callar, y se la ofreces a Dios en silencio... Esto es muy hermoso, pero hace falta acostumbrarse. Le dije al Padre Maestro que algunas veces me dan ganas de dar voces, y me contestó que guardara mis energías para cantar en el coro, y así lo hago.

Como se ve, la vida de la Trapa se reduce a cantar en el coro y a cantar fuera del coro; unas veces dando gritos y otras veces en silencio, pero el canto es el mismo; y aunque el mío es muy pobre, y lo hago a veces con bastante sueño, yo creo que Dios me lo ha de aceptar, y a la Santísima Virgen así se lo pido.

Hoy, día 24, amanece nevado, por tanto, después de la Misa mayor, iremos a la chocolatería a empaquetar chocolate; yo lo hago muy despacio, pero como no me pagan a destajo, menos mal. Tenemos dos horas de trabajo, o sea, dos horas de silencio absoluto, y puedo asegurar que no me canso ni me aburro, pues lo que hago es pensar. Dicho así, parece una tontería, pues todo el mundo piensa, pero no es así; pensar es una cosa difícil. Claro que yo me refiero a pensar bien, pensar ordenadamente, sacar provecho, pensar con calma, sujetar la imaginación, llevarla por donde quieres. A todo eso me dedico mientras empaqueto chocolate, y si de vez en cuando rezo un Avemaría, saco más provecho del trabajo, y el chocolate sale mejor empaquetado. Aquí en la Trapa se hace de todo menos perder el tiempo.

29 de enero de 1934 - Lunes

A su madre desde San Isidro de Dueñas

Queridísima madre: Espero que no estés quejosa de tu hijo porque no te haya escrito antes, pero has de saber que aquí en la Trapa nada depende de nosotros, sino de nuestros superiores, y en este caso, es el Padre Maestro quien tiene la palabra. Tenía permiso para haberte escrito ayer domingo, pero estuve con mi padre y no pude; ya te contará él como me encontró y cómo estoy... En resumidas cuentas: muy bien.

Tu carta me agradó mucho, y al Padre Maestro también y me dijo que estaba muy literariamente escrita y sentida muy en cristiano, y que te iba a pedir permiso para copiarla... Excuso decirte qué estoy orgulloso de mis padres y alabando a Dios en ellos.

Hoy hace quince días que estoy en el monasterio, y parece que fue ayer cuando llegué. Me he acostumbrado muy bien a la Regla, que a primera vista y desde fuera, parece muy dura, pero aquí lo único duro es la cama... Lo demás es austero, pero no es inhumano ni mucho menos.

Si vieras qué paz se respira tan grande; esa silenciosa alegría que flota en la abadía y que no se puede explicar porque esa alegría y esa paz, es Dios que reina en la casa, y Él es el único punto de mira de la vida monástica.

Alrededor del Sagrario gira toda la actividad del monje cisterciense; los Oficios divinos en el coro no cansan nunca; las horas que se pasan en la iglesia parecen minutos... La fe nos dice que estamos alabando a Dios, y Dios está allí, muy cerca, a unos pasos en el Sagrario... ¡Qué sabe el mundo lo que es una Trapa! Yo cada vez le doy más gracias a Dios de mi vocación y le pido que me lleve de Venta de Baños al cielo, para allí, ya cara a cara con El, como decía santa Teresita, poder seguir cantando.

Muchísimas cosas te podría contar, pero mi pluma es muy sosa, y no acertaría a expresar lo que siento... Estoy contento, muy contento, pues Dios me quiere mucho, y la Santísima Virgen me ayuda de una manera..., como Ella sabe hacerlo.

Ahora te voy a decir lo que más me agrada y lo que mas me cuesta..., ya te lo podrás suponer; lo que más me gustar es estar en el coro, y lo que más me cuesta es levantarme a las dos, pues aquí no es eso de primero un ojo y después otro ojo, y después pensarlo, y acabar por dormirse otra vez..., sino que al toque de campana, sin esperar que haya dejado de sonar, ya debemos estar en pie, calzados y vestidos, pues a las dos tocan la campana y a las dos y diez se empiezan los Maitines.

Tu propósito de rezar el Oficio parvo de la Santísima Virgen, a las mismas horas, me parece algo exagerado, pues verás:

Maitines y Laudes	a las 2,10 de la mañana
Prima	a las 5,30 de la mañana
Tercia y Sexta	a las 7,45 de la mañana
Nona	a las 11,7 de la mañana
Vísperas	a las 4,30 de la mañana
Completas	a las 6,30 de la tarde

Estas son las horas de invierno, pues en verano varían. **(1)**

Ahora vamos a la Misa conventual, o sea, a las ocho menos cuarto. Primero rezamos Tercia, después la Misa y después Sexta. Después de la Misa vamos al trabajo, bien sea al campo, a descepar, o a la chocolatería a envolver pastillas de chocolate; depende del tiempo que haga, pues si ha helado la tierra está muy dura y hace frío.

Bueno... lo voy a dejar por hoy.

Te mando otros dos pliegos de papel que emborroné el otro día.

No te choquen las diferencias de papel, pero es que aquí se aprovecha todo y todo sirve.

Si ves a algún amigo mío le das recuerdos; no te nombro los que son, porque como son tan pocos, no hace falta, pero se los das especialmente a don Fernando Vallaure.

En cuanto a vosotros y a mis hermanos, ¿qué os puedo decir'? sino que me acuerdo cuando debo y donde debo.

Ahora vamos a ir a "Nona" y después al "refectorio", a comer el pan del trabajo, pues hemos estado en la chocolatería.

No sé cuándo te volveré a escribir..., cuando me lo ordenen. En este momento vuelvo del refectorio y hemos comido: alubias negras, leche, pan, vino y nueces. ¿Qué te parece el menú?... Dentro de un rato tendremos clase de "Constituciones de la Orden", y después iremos al trabajo... Te digo que no se puede perder un minuto.

Muchas veces pienso en vosotros, en los momentos más felices, pues quisiera que participarais de las alegrías de un noviciado en la Trapa.

Da muchos abrazos a la tía de mi parte, y a mis hermanos lo mismo; a mi padre, nada, porque ya le vi ayer, y para ti todo el cariño de tu novicio Rafael que conforme te prometió todos los días se acuerda de ti a las siete menos cuarto después de rezar la Salve a la Santísima Virgen (no vayas a creer que me acuerdo de la familia a horas fijas...). Bueno, nunca aprenderé a escribir en serio...

Sin más, te da un abrazo muy fuerte tu hijo

Rafael

30 de enero de 1934 - martes

A su madre desde San Isidro de Dueñas

Queridísima madre: Mi carta no puede salir hoy, por tanto, tengo tiempo para llenarte otro pliego.

Estoy deseando que llegue el día de la toma de hábito, que supongo será dentro de quince días, pues debo estar un mes por lo menos de postulante. No sé qué nombre me pondrán, pero es posible, me dijo el Padre Maestro, que me quede con el mío, pues no hay ningún Rafael en el monasterio.

Ayer tuvimos por trabajo la traslación de sacos de patatas desde el almacén o depósito al monasterio. Te aseguro que me sale muy bien la carga y descarga de sacos y, después de la jornada, voy a que me apunten lo que he hecho, es decir, voy a la capilla y se lo digo al Amo y siempre que voy a verle, tengo algo para que me apunte, y luego me pague los jornales todos a la vez. Un día es unas cuantas cepas arrancadas u hoyos tapados; otro día son pastillas de

chocolate; otro día el barrido del dormitorio..., etc. Al fin y al cabo, no voy más que a mi negocio y te aseguro que con un Amo tan generoso como el mío, he hecho un negocio redondo.

El otro día estaba en la capilla yo solo; había vuelto de la chocolatería **(2)** donde había estado empaquetando pastillas. Y allí en la capilla, Dios y yo que había ido a rendirle cuentas. De rodillas delante del Sagrario mi alma le ofrecía a Dios mi último trabajo, las dos horas de silencio empaquetando pastillas; y de esas cosas que pasan a veces, me pasó a mi... Verás...

En un arranque de fervor le dirigía a mi Dios la siguiente oración: "Señor, Vos estáis muy arriba y yo estoy aquí abajo, donde de una manera más o menos generosa quiere hacer llegar hasta Vos el humilde obsequio de un pobre trapense, que lo único que ahora os puede dar es el trabajo de envolver unas docenas de pastillas de chocolate..., y creedme, si yo pudiera subir al cielo y entregaros mi ofrenda, y luego volver a bajar a la chocolatería de la Trapa, así lo haría..., podéis creerme".

Y como a mi, incluso en la oración, se me ocurren tonterías, pensé, cuando ya me levantaba: "Qué bien me venía a mi un aeroplano". Y nada más decir esto, cuando rompe el silencio de los cielos de Castilla, un potente motor de un aeroplano, que en aquellos momentos daba la casualidad que volaba por encima del monasterio.

Podéis creerme, me iba a levantar y seguí de rodillas, pero ahora no le decía nada a Dios..., pensaba en el aeroplano que se me imaginaba había pasado por la Trapa, había cogido los chocolates de un novicio que no podía volar y, luego, dirigiendo los mandos y el timón hacia el cielo se lo había dio a entregar a Dios... Y el Amo seguía en el Tabernáculo y su siervo de rodillas y en silencio, escuchando cómo se apagaba el ruido de un potente motor que se alejaba a toda velocidad sobre el cielo de Castilla.

Bueno, no vayáis a creer que he venido aquí a la Trapa para hacer literatura..., pero es que sin querer me sale.

Hoy ha caído una helada magnífica y esta mañana a las cinco había una luna que se podía leer con su claridad... Hacía unos momentos que en el coro acababan mis labios de pronunciar las palabras del Benedicite, "hielos y fríos bendecid al Señor; luna, cielo y estrellas, bendecid al Señor", que cuando salí de la iglesia no me molestaba estar a bajo cero, pues precisamente el frío que yo tenía estaba bendiciendo al Señor, pero sin embargo, somos tan flacos, que mi alma estaba cerca de Dios, pero mi cuerpo se aproximaba al radiador del noviciado.

Esta carta no sé cuándo va a salir, pues hoy es día 31 y en este momento son las cinco de la mañana (para dar más detalles).

Hoy hemos cantado el Oficio de difuntos solemne, pues es hoy un aniversario de la Orden. Es algo maravilloso, y a mi me ha enfervorizado mucho. Los salmos del Oficio de difuntos, si se quisieran hacer de nuevo, no se podría... Tengo la cabeza y el corazón lleno de cosas..., no sé explicar lo que yo he sentido esta mañana en el coro, pero a pesar de no entender latín, mi alma se llenaba de las palabras de David, de tal manera, que me acercaba a Dios, para pedirle misericordia y pedirle que detuviese su ira en el día grande y sublime de la resurrección.

Yo esta mañana, cuando cantaba en el coro, no sabia lo que pedía, pero si sabía que pedía algo muy grande, algo que el entendimiento de los hombres no podemos concebir.

Siguen los días fríos y las fuertes heladas, y ayer hacía un viento muy fuerte, que silbaba al rozar la aguja de la torre y que ondulaba los cipreses del cementerio. A la hora de Vísperas no se percibían en el monasterio más que dos cosas: el viento al correr por la llanura y el canto de la salmodia; la naturaleza y los hombres tributaban a Dios sus alabanzas; el viento acariciaba al monasterio, resbalando sobre las campanas, y los monjes en el coro acariciaban con los salmos a Jesús en el Sagrario.

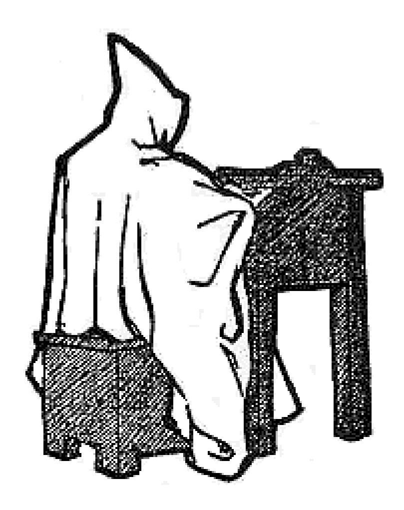
En fin, muchas cosas podría escribir, pues para mi esta vida que parece monótona tiene tantos atractivos, que no me cansa ni un momento; cada hora es diferente, pues aunque exteriormente sean iguales, interiormente no lo son, como no son iguales todas las Misas, y cada vez que vas al coro, el Oficio te parece diferente, por lo menos a mi me pasa. Claro, que esto no quiere decir que las lentejas un día sepan a perdices y otro día a tortilla de patatas, no..., las lentejas serán siempre lentejas mientras dure mi vida en el monasterio; pero, a pesar de todo, las como con mucho gusto, porque las sazono con dos cosas: con hambre y con amor de Dios, y así no hay alimento que se me resista.

Ya ha amanecido; ahora dentro de un momento iremos a la Misa conventual y después al trabajo, y así, poco a poco, poco a poco, un día y otro día, esperando tranquilamente a que Dios nos llame para seguir bendiciéndole PC toda una eternidad y sin empaquetar chocolate ni comer len tejas.

Verdaderamente cada vez que pienso que los trabajo son sólo un día y el descanso es una eternidad, se hace todo con gusto y con alegría..., todo llega y todo pasa.

Bueno, me parece que ya es bastante papel ¿no te parece?...

Lo que te suplico, querida madre, es que te acuerdes de mí en tus oraciones; me parece que no es necesario que lo tenga que decir.



18 de febrero de 1934 Domingo

A su madre desde San Isidro de Dueñas

Queridísima madre: Hace solamente una hora que tu hijo ya no es Rafael a secas, se llama Fray María Rafael... ¿te alegras? Yo sé que sí, pues me sigo llamando como antes, pero añadiendo el nombre de la Santísima Virgen Maria y en vez de don..., Fray, que quiere decir hermano... Queridísima madre, estoy muy contento, hoy me han dado el hábito; me he emocionado mucho y no hago más que bendecir a Dios que tanto me quiere.

Te escribo hoy como un favor especial, y solamente para darte la noticia. Tu carta, con la que he gozado mucho, me la dio el Padre Maestro esta mañana después de la ceremonia, pues llegó precisamente el día que yo comenzaba a hacer ejercicios espirituales..., y no me la ha dado hasta hoy... Desde luego que te escribiré largo y tendido cuando pueda; ahora en la santa Cuaresma nos dedicamos a mucho más silencio, recogimiento y oración, y no se escriben ni se reciben cartas... Tendréis, pues, que esperar unos días.

Me ha dicho el Padre Maestro que no vengáis tan pronto, porque ahora hace mucho frío para pasarlo en la hospedería. En cambio, en junio, o así, está esto muy hermoso y agradable, de flores..., el campo espléndido, y por lo menos, no estaréis en la hospedería dando diente con diente.

Ya estoy todo de blanco, por lo menos por fuera; ahora voy a esforzarme en estarlo por dentro que es lo principal. Hoy he renovado todos mis buenos propósitos y resoluciones... Le he ofrecido a Jesús en la comunión mi sacrificio y el de mis padres, pues no creáis que os olvido; y después de yerme vestido de novicio y tan querido por mis hermanos, mi alma está tan contenta que no hace más que alabar a Dios en todo... Nadie sabe lo que es el corazón de un novicio lleno de amor de Dios... Queridísima madre es una cosa muy grande..., muy grande, que yo con palabras no puedo expresar.

Bien quisiera que mi carta fuera más larga, pero ya os he dicho las razones, pero no midáis mi cariño por la cantidad de pliegos..., básteos saber a vuestro hijo contento, alegre, como dices que quiere santa Teresa, que efectivamente decía que un santo triste es un triste santo..., pero no te preocupes que aquí en la Trapa es donde yo he visto mas alegría reunida... Y, además, Dios nos trata tan bien que no podemos estar tristes..., eso seria un pecado contra Él.

Ya estoy todo pelado como una bola de billar; bueno, como una bola de billar, no..., con un poco más de pelo.

En fin, tengo muchas cosas que contaros cuando vengáis... Lo que siento es, que cuando me veáis, no estaré tan limpio como hoy, que parezco un novicio recién desempaquetado.

Sabrás que he estado malo, te lo digo para que veas que no te oculta nada..., pero fue para hacer lo que todos mis hermanos, que estuvieron griposos, y todos nos hemos pasado dos o tres días en la enfermería. Por fortuna ya pasó la epidemia... No puedo expresarte con qué caridad tratan aquí a los enfermos. Yo esos días no hice el horario de la comunidad y, después, cuando se sale de la enfermería, te dan lo que se llaman alivios, esto es, huevos u otro extraordinario durante ocho días en la comida.

Te puedo asegurar que la vida es dura, pero está todo tan bien dispuesto que se hace no sólo llevadera, sino incluso agradable... Lo que da mucho calor es la capucha..., excuso decirte cuando llegue el verano..., me voy a ir derritiendo poco a poco, y un día van a buscar a Fray M. Rafael y no encuentran más que el hábito.

La capa, el escapulario, la túnica, la camisa, las medias y los escarpines, todo es de la misma tela, y del mismo género: de ana blanca; lo único diferente son los calzones que son más ásperos y de color pardo. Te aseguro que estoy muy cómodo.

Cada vez me convenzo más de que la Trapa la ha hecho Dios para mí y a mí para la Trapa; está visto que la única ciencia posible en el mundo es colocarnos donde Dios nos tenía destinados..., y una vez que hemos acertado a saber su voluntad, entregarnos a Él con todo el corazón.

La última oración que dije de seglar fueron Avemarías a la Virgen, y la primera que dije ya de novicio, no lo sé... porque cuando estaba yo en mitad del capítulo arrodillado, y todos mis hermanos los monjes, cantando solemnemente el Benedictus..., mi alma estaba delante de Dios, y le ofrecía mi sacrificio con el corazón rebosando alegría, pero con unas lágrimas como puños... Yo creo que los ángeles en aquel momento al yerme llorar también cantaban el Benedictus... Pero ahora ya me puedo morir contento..., ya soy trapense. Pídele a Dios mi perseverancia, que yo también pido por vosotros... A mi me ha de exigir mucho pues mucho me ha dado.

Si vierais cómo nos queremos aquí en la Trapa; hoy, como es natural, todos, si me pillan en algún pasillo, me dan un abrazo... Y en silencio nos alegramos mutuamente...

Bueno, muchas cosas os contaré en mi próxima carta, pero ahora me voy a dedicar a hacer una Cuaresma fervorosa, por todos los hombres que hay en el mundo que no se acuerdan de Dios.

Os da un abrazo y, algo más, a todos, vuestro hijo el novicio cisterciense

Fray María Rafael

Ya te mandaré la Salve, pero primero tienes que oírla.

19 de febrero de 1934 - lunes

A su padre desde San Isidro de Dueñas

Queridísimo padre: Ayer, cuando le di la carta que había escrito, al Padre Maestro, me entregó la tuya y me dijo que contestase, y que te hiciese una pregunta, que es la siguiente, de parte del reverendo Padre Abad. Me encarga te diga que aquí se plantaron hace unos ocho o diez años unas encinas..., serán unas veinte o treinta y resulta que salen todas torcidas y cada cual por su lado; se trata, pues, de poner remedio..., y unos dicen que convendría cortarlas y que volviesen a retoñar, y otros dicen que podarlas y guiarlas con estacas... A ti, ¿qué te parece?... Procura con todo interés, decir detalladamente lo que hay que hacer... y estoy seguro que si

aciertas te nombra el reverendo Padre asesor técnico diplomado de la Trapa de San Isidro. **(3)**

Me parece muy bien eso, de que hagáis vuestra vida como siempre..., es lo natural y lo que Dios pide... Cada cual debe desempeñar el papel que en esta gran comedia, Dios nos ha destinado..., como dice Calderón en el "Gran Teatro del Mundo". Unos en el mundo y otros en el claustro, con la diferencia de que los que están en el claustro no deben acordarse del mundo y los que están en el mundo, lo que deben hacer es acordarse de Dios... La cosa es bien sencilla, ni yo tendré más gloria por estar en un convento, ni tú menos por no estarlo..., pues a la hora en que Dios nos llame a juicio, a mí me exigirá el haber sido un buen trapense y a ti el haber sido un buen ingeniero de montes, y un padre de familia cristiano..., como, con la ayuda de Dios lo eres.

Me dices que pida por tus necesidades..., ¿y quién no las tiene?... Pero no te apures que tu hijo se acuerda de ti más de lo que tú te figuras... Pediré por lo espiritual y también por lo material... No creas, así lo he de hacer, a ver si Dios quiere que salga Fernando adelante con el Banco de España... Tú, búscale recomendaciones de los hombres, que hacen falta, que yo se las buscaré de Dios... a lo mejor Dios me hace caso..., no por mis méritos, sino por la tremenda "coba" que le estoy dando y que Él me perdone, si lo que le digo es falta.

En la carta de ayer os decía que me había echado a llorar en el capitulo, pero donde me vino la gran llorera fue a la colación en el refectorio, pues nos dieron alubias blancas con zanahorias y después ensalada, que nosotros mismos nos preparamos, y que consistía en remolacha, unas hojas verdes que no sé lo que eran, y ¡oh cosa terrible!, una cebolla de esas largas del grueso de un puro y de veinte centímetros de larga. Me acordé mucho de mi madre que tanto le gustan, y yo no sé si fue el recuerdo materno o la excitación de la cebolla, la cuestión es que se me enrojecieron los ojos y lágrimas abundantes corrieron por mis mejillas... Ahora en confianza..., yo creo que fue la cebolla la que me hizo llorar.

Soy un fraile muy disipado..., por desgracia... Tengo, como siempre he tenido, muy buen humor, pero como no puedo hablar, ni gritar, ni correr, pues me lo tengo que comer... Así que me dan a lo mejor unas ganas terribles de silbar, al ver a mis hermanos, y yo entre ellos, tan encapuchados comiendo cebolla... Se me ocurren mil diabluras, pues aunque siempre veo el lado sublime de la Trapa, también le veo el lado divertido... Bueno, esto parece un contrasentido, decir que una Trapa es un lugar divertido..., pero la cuestión es que yo no me aburro, ni sé lo que quiere decir esa palabra.

Bueno voy a ver si acabo esta carta, pues te aseguro que no tengo tiempo para nada... Los días se me pasan volando..., apenas me he levantado cuando ya es la hora de acostarme... Aquí se vive al minuto y todos se aprovechan, y está todo tan reglamentado, que las sucesivas cosas que haces, alternando con el Oficio divino, es decir, lo que se llaman intervalos, y que se dedican o al estudio o a la lectura o a la oración, se te hacen cortos; después las horas que te pasas en la iglesia, lo mismo..., pues cuando estás en el coro y con el salterio delante, ya pueden pasar horas y horas que no te das cuenta. Además, que todos los días del año hay algo diferente, bien sea en los Oficios de la iglesia o en el horario, en el trabajo, en la comida..., etc.

En una palabra, estoy muy contento y quiero que vosotros lo estéis también. Si hay algo que pueda interesarme en el mundo son mis padres..., y desde que estoy aquí os quiero más... Dios no me obliga a dejar de quereros, al contrario...; solamente me dice: "Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas". Por tanto, lo que me pide es amarle a Él primero y después a mis padres... Supongo que no tendréis celos de tan gran Señor.

Hace unos días espléndidos y desde que estoy aquí no ha llovido... Todos los días veo amanecer... Yo aquí no tendré a toda la naturaleza completa para recrearme en ella..., pero tengo un cielo tan azul... que da gloria a Dios y, sobre todo, lo que reina en esta santa casa es una paz espléndida, la mayor que pueden dar los hombres... Una paz en Dios muy grande.

Bueno, queridísimo padre, no se te olvide el asunto de las encinas, enseguida danos los detalles que te pido.

Me alegro mucho de que Jaime vaya por casa. Es uno de los pocos verdaderos amigos que he tenido; dale un abrazo de mi parte; algún día le escribiré.

Sin más que contarte, dale muchos besos a la tía, y tú recibe todo el cariño imaginable que con el auxilio de la Santísima Virgen os mando para que lo repartas en la familia, y tú recibe un abrazo muy fuerte de tu hijo, el último novicio de la Trapa.

Fray María Rafael

1 de abril de 1934 - Domingo

A sus padres desde San Isidro de Dueñas

Queridísimos padres: Os imagino esperando impacientes mi carta prometida a principios de la Cuaresma. Todo llega y todo pasa.

Hoy, domingo de Resurrección, me ha llamado el Padre Maestro, me ha dado papel y me ha mandado escribiros; excuso deciros con qué alegría cumplo en este caso la santa obediencia, y sin más preámbulos que un Avemaría, para que Dios ilumine mis palabras, comienzo a contaros lo que he hecho durante estos cuarenta días.

Se dice bien pronto, pues tratando de imitar a Jesús en el desierto, lo que he hecho en estos cuarenta días ha sido ayunar, hacer oración y penitencia, y nada más, pues con eso ya tengo bastante; y no creáis que en esta época del año litúrgico abundan las caras largas y tristes a causa del ayuno..., nada de eso... Se pasa hambre, pero se pasa con alegría, pues se pasa por Dios..., y puedo aseguraros que nunca me he levantado de la mesa más contento que algunos viernes, después de no comer más que pan y agua.

Desde luego, la Cuaresma en la Trapa es muy dura, pero es llevadera, y si no, véase la prueba, aquí estoy yo que todavía vivo para alabar a Dios más y más cada día.

Pero las tinieblas se disiparon, el luto se ha cambiado en alborozo y alegría, el Rey del cielo es alabado por todos los ángeles y un atronador "aleluya" resuena en todos los rincones del mundo, lanzado por la Iglesia Católica... Yo me enorgullezco de ser hijo de la Iglesia y poder lanzar también mis alabanzas a Dios desde aquí, en el coro de una Trapa.

Todo tiene recompensa, en el cielo y a veces también en la tierra..., el reverendo Padre Abad nos ha premiado a la comunidad por lo bien que ha salido el canto en estos días, con un "alivio" en la comida de hoy, de dos huevos fritos y una taza de café. Como veis también en la Trapa se hacen algunas veces extraordinarios... Los dos huevos fritos me han sabido a gloria.

Ahora ya comienza el horario de verano; tenemos siesta de una hora, pues en lugar de dormir siete, dormimos seis. Salimos a trabajar al campo a las seis de la mañana; a esas horas está esto bastante "fresquito" todavía, pues estamos en abril, pero allá cuando llegue junio y julio, entonces dará gusto. Yo cada día estoy más contento de ser un monje trapense; eso no se paga con nada. Cuántas cosas os contaría si tuviera tiempo, pero lo tengo justo, y os vuelvo a repetir que aquí no puedo hacer lo que a mi me place, sino lo que me mandan.

En estos días he tenido que cantar en el púlpito unas "lecciones de Maitines" y puedo aseguraros que nunca he pasado tantos apuros. Me salía la voz temblona, cogía el tono o muy alto o muy bajo, tropezaba en la capa al subir las escaleras, en fin, un verdadero desastre, pero no se puede remediar, el verme a las tres de la mañana subido en un púlpito y dominando todas las calvas y peladas cabezas de los monjes, las letras del "leccionario" me bailaban, de repente se me olvidaba la pronunciación del latín, y no daba "pie con bola".

También he estado de "servidor de iglesia", o sea, "apaga velas", ese es un oficio que me gusta mucho.

Además, no creáis, que tiene su importancia, pues aquí en la Trapa cualquier ceremonia adquiere una gran importancia, y para encender o apagar una lámpara hay que hacer todas las rúbricas que mandan las Reglas de la Orden... Están contados, incluso los pasos, los minutos y las inclinaciones.

En la iglesia siempre estamos de ceremonia, no se habla nunca para nada, no se hacen señas, se anda despacio, sin ruido, se hacen inclinaciones profundas al Señor que está en el Tabernáculo... En una palabra, lo que debe ser y exige el culto divino; eso a mí me entusiasma, pues bien sabéis que nunca me han gustado las familiaridades en nada, y menos en la iglesia. Se puede decir que los trapenses se educan exclusivamente para Dios. Educan primero su alma, pero después su cuerpo y sus modales..., y no es que yo quiera alabar a mi Orden por encima de nadie, pero se puede decir que en cuanto a la forma de celebrar el culto, el trapense es el más elegante... Cuánto me hubiera gustado que hubierais visto todas las ceremonias de la Semana Santa.

Los más insignificantes detalles están ordenados de una manera matemática, y así es la única manera de no armarse un barullo.

En fin, esta vida es tan distinta a la que hasta ahora he llevado que no os podéis imaginar por mucho que os contase... Todos los detalles de mi vida están en el libro de los "Usos" que tenéis en casa. Eso en cuanto a la parte externa..., en cuanto a mi alma, ¿qué os puedo yo decir?... ¡Dios me quiere tanto!... Tengo tanta paz en el alma que no lo podría explicar... Cada día que pasa bendigo más a Dios, que me ha escogido entre tantos sin yo merecerlo.

Qué idea tan distinta tiene la gente de lo que es una Trapa... Cuántos habrá que me compadezcan e, incluso, se asusten de mi vida, sin sospechar siquiera que aquí en el propio renunciamiento a si mismo y en la entrega total a Dios, se encuentra lo único que merece la pena de vivir..., que es la paz en Dios.

Mi única ocupación es amar a Dios, eso lo llena todo y todos los momentos del día.

Los ratos libres estudio el "canto" y el solfeo, me practico en el Oficio divino, leo a santa Teresa y así, en silencio, se me pasan los días y los meses sin darme apenas cuenta ... Estoy verdaderamente admirado de que, a pesar de levantarme a las dos y acostarme a las ocho, no tenga tiempo para nada.

Además, no podéis imaginaros lo agradable que se me hace el no saber nada del mundo... En los dos meses y medio que llevo aquí, me he enterado solamente de dos noticias: la primera nos la dijo el reverendo Padre Abad en el capítulo, pues nos dijo un viernes de Cuaresma que la procesión que hacemos ese día por el claustro, cantando los salmos penitenciales lo aplicásemos para que triunfaran los buenos, pues había crisis en el Gobierno... Y nada más, todavía no sé si se ha resuelto.

La otra fue el Padre Submaestro que me dijo a propósito de no sé qué, que se había muerto el rey de Bélgica. Eso es todo lo que a mi ha llegado en este tiempo..., y no tengo ganas de saber más.

Lo que me da más alegría es pensar que esta paz será eterna, pues el día que me muera, lo único que haré será aumentarla en tan alto grado, que no puedo sospechar.

El amor a las criaturas, con la muerte se acaba... El deseo de gloria humana, con la muerte se termina, y los negocios del mundo, con la muerte se desvanecen en nada; solamente el amor a Dios, se aumenta con la muerte... Es decir, que lo que yo tengo. lo tengo para siempre, me lo dice la fe; en cambio, lo que he dejado en el mundo, es solamente prestado para unos cuantos años..., después, nada.

Por eso, queridísimos padres, cuando yo soy tan feliz aquí en mi monasterio, poseyendo solamente una túnica y una capa blanca por todo caudal, y veo que no hace falta más para ser feliz en la tierra, pienso en vosotros y tengo unos ardientísimos deseos de poder comunicaros lo que siento en aquellos momentos, y deciros a vosotros y a mis hermanos: No os preocupéis del mundo y sus negocios, no os inquiete el porvenir, dejadlo en manos de Dios; no os aficionéis a las cosas de la tierra, pues es perder el tiempo. Acudid a Dios y en Él hallaréis paz, primero aquí en la tierra y después en el cielo...

Quisiera en ciertos momentos comunicaros mi alma, mi amor a Dios, para que vierais que vuestro hijo ha encontrado el verdadero camino..., y como dice el evangelio, un tesoro, y sin pérdida de tiempo se dedica a desenterrarlo... Pero al mismo tiempo, como no soy egoísta, quisiera llamar a todos mis hermanos y decirles: Acompañadme y ved que es verdad lo que os digo... Buscad a Dios y le encontraréis, y una vez hallado, tened la seguridad que nada ni nadie os hará dejarle.

Bueno, ya me salió el sermón, la verdad es que no se cómo me las arreglo. El día que vengáis a yerme os haré una platiquita y todo.

Ahora vamos a Vísperas, pues van a dar las cuatro.

Ya parece que me voy acostumbrando a la capucha..., mejor dicho, ya me voy acostumbrando a todo. El cuerpo es un animal de costumbres, y lo único que hay que hacer es saber domarle.

Haced caso de lo que os dijo el Padre Maestro, y no vengáis todavía, pues aún hace frío en la hospedería y en la primavera esto está muy agradable.

En este momento me da el Padre Maestro una carta de mi madre y me dice que la conteste; a eso voy.

En primer lugar, no soy un fraile, que conste..., soy un monje, que no es lo mismo; en segundo lugar, que no tengo la cabeza tras la capucha, sino la capucha tras la cabeza..., que no es lo mismo.

Lo que no debes hacer es preocuparte de si mis manos manejan el pincel o el azadón..., a los ojos de Dios es lo mismo, con tal que se manejen para mayor gloria suya..., y con todo se le puede alabar... En el campo con el azadón, en casa con la pluma, en la iglesia con el incensario; la cuestión es no tenerlas paradas..., y así algún día poder presentarse delante de Dios y, enseñándole las manos llenas de callos y sabañones, decirle: «Señor, las obras ejecutadas por mí son pobres y despreciables, mis manos han trabajado mal..., pero yo, Señor, todo lo hacía en tu nombre, y cada vez que el cuerpo se inclinaba en tierra, para ganarme el pan, mi corazón se elevaba a Ti para poder algún día ganar el cielo". Es un gran consuelo tener callos por amor a Dios.

Me alegro infinito que veas en la voluntad de mis superiores, la de Dios, pues así es... Cuida mucho a la tía, pues los enfermos y los viejos son un manantial donde se puede ejercitar la caridad... Hacerlo todo con paciencia, con cariño, soportando a veces insolencias y malas caras..., y sí nuestros sacrificios no los pagan y comprenden los hombres, mejor, así son más agradables a Dios, a quien tampoco pagaron su sacrificio en la Cruz... y Él mismo nos dijo que si diéramos un vaso de agua en su nombre, gozaríamos de Él en el cielo.

La caridad iqué hermosa virtud!, pues en ella va comprendida la paciencia, la abnegación, la mansedumbre, la dulzura..., bueno, en una palabra, la santidad. Por tanto. aprovéchate de las ocasiones que Dios pone a tu alcance. y no las desperdicies, que dentro de poco tenderemos que dar todos mucha cuenta a Dios de nuestras acciones.

Ahora me voy a meter con Fernando, pues lo que tiene que hacer es no hacer el "ridi" y seguir su régimen al pie de la letra, y si quiere ponerse bueno, que venga a la Trapa, y yo le aseguro que aquí no tendría ni el menor asomo de ataques de hígado... ¿Que es difícil? Ya lo sé, pero si no lo hace por su salud, que lo haga por amor a Dios, y estoy seguro que se cura.

Yo atestiguo en mí mismo que se puede vivir solamente a base de alubias, patatas, remolacha cocida, vino y pan... Si es bueno, y se porta bien, se le pueden dar un par de huevos y un poco de café cada dos o tres meses.

Claro que al principio tarda uno en acostumbrarse..., y a veces, lágrimas cuesta.

Me acuerdo que al tercer día de estar en el monasterio, no me habían dado más que alubias blancas un día, negras otro y con pintas otro, y como soy un regalado y estúpido comilón, al subir del refectorio al noviciado pensando que ésa había de ser mi comida durante toda la vida, pues cogí una perra de esas de terranova, y ahora cuando me acuerdo me echo a reír, y el día que no ponen alubias las hecho de menos... Bien es verdad que el hermano cocinero, con un puñado de las dichas legumbres y un poco de agua y sal, hace maravillas, por lo menos a mi me lo parecen, y no cambiaría yo mí escudilla, comida en silencio y con el corazón alegre, por el mejor "menú" que me puedan dar en Lardy... De manera, Fernandillo, que ánimo y dale coba a las verduras.

De Juan no sé una palabra. Me alegro que vaya por casa, es muy buen chico y yo le quiero mucho.

Me alegro también de que a ti te alegren mis cartas, aunque mis letras son tan cortas que no pueden expresar con toda fidelidad lo que siento, pero espero que, a pesar de todo, me comprenderéis perfectamente. Me pides detalles de mi vida, pero ya los sabes todos. En fin, allá van.

Ya he aprendido a afeitarme con navaja sin cortarme. Las mangas de la camisa me están en las narices. Hoy hemos comido alubias blancas, leche y nueces... Durante toda la Cuaresma nos quitaron la leche y el postre, quedando sólo las alubias... Por la noche nos daban un plato de patatas o lentejas y seis onzas de pan..., y a las seis de la mañana, media onza de chocolate y una de pan. Esto es lo que más me costaba de la Cuaresma, pues los días que nos levantamos a la una, y se prolongaban un poco mas los Oficios, nos estábamos en ayunas seis o siete horas, y si después te dan un pedazo de pan del tamaño de dos duros..., pues eso..., pasas hambre... Ahora tomamos todo el pan que queremos. A pesar de todo, estoy estupendamente de salud, y dándole infinitas gracias a Dios que me da fuerzas para todo.

Más detalles: Ya sé pelar patatas, con toda mi elegancia característica. Cuando leas en las vidas de los santos, que, como una cosa notable, se dedicaban a humildes menesteres, no le des importancia..., pues en realidad, no pasa nada, por saber manejar una escoba, pues todo es relativo. Si en la escalera de casa me pongo un mandil y ayudo a la portera a fregar la escalera, hubiese llamado la atención..., como aquí la llamaría un señor que en el refectorio se pusiese a dar palmaditas como en un café para llamar al camarero... Aquí todos barremos y nos ayudamos unos a otros en todo... La semana pasada estuvo de servidor de mesa mi venerable Padre

Maestro... Esta mañana me ayudaba a mí a empaquetar chocolate, un digno sacerdote de pelo blanco, y luego yo le ayudaba a la Misa conventual...

Por tanto, la vida de la Trapa no se comprende bien, pues se relaciona con el mundo, siendo así que la vida del mundo es completamente distinta.

Para el trabajo, para comer y para dormir, y en el cementerio, todos somos iguales..., siendo así que hay una escala desde el reverendo Padre Abad al último novicio, y cada cual tiene su puesto, su cargo y su dignidad. Es decir, que en el Cister están compenetrados la jerarquía con la igualdad: es una sociedad perfecta, dentro de lo que cabe, siendo cosas de los hombres.

Cuando cantes el Avemaría de Gounod, no te acuerdes de mi para nada, es mejor que te acuerdes de la Virgen; sacarás más provecho y saldrá mejor.

No debe entristeceros ningún recuerdo mío, al contrario... No desperdiciemos las lágrimas.

Siempre que te entristezca mi recuerdo, acuérdate de la Virgen María, que Ella también tuvo mucho que ofrecer. Me alegro que mi padre no se haya detenido, pues si no le hubieran dejado yerme, habría pasado un mal rato y yo también, y no conviene violentar las cosas. Ya supondréis, como es natural, que mi noviciado es la época de más recogimiento de mi vida religiosa.

En fin, yo también tendría muchas cosas que contaros, y quisiera volcar mi corazón en el papel, pero tenéis que contentaros con los buenos deseos. Quiero ya terminar esta carta que se está prolongando más de lo debido; por tanto, lo dejo hasta la próxima.

Repartid en mi nombre todo lo que queráis, y vosotros recibid todo el cariño de vuestro hijo

F M. Rafael

8 de abril de 1934 - domingo

A su padre desde San Isidro de Dueñas

Queridísimo padre: Tú no me molestas nunca, sea el que sea el asunto que tengas que tratar. En contestación a tu pregunta te diré que la carta de pago por valor de 750 pesetas la entregué en la oficina de Mayoría del cuartel de la Montaña, Regimiento de Zapadores Minadores; me parece recordar me dieron un recibo que, silo conservo, lo encontraréis en unos sobres blancos, donde tenía yo todas las cuentas de Madrid... Los sobres no sé dónde están..., pero de todas maneras, si no encontráis el recibo entre mis papeles, no creo difícil os extiendan un duplicado..., pues la carta de pago allí está... Si necesitas dirigirte a algún militar,, trata el asunto con el suboficial don Luis Díaz Iglesias, muy buena persona, y que a mi me quería mucho. Nada más puedo decirte sobre el asunto en cuestión.

Supongo en vuestro poder una larga carta que os escribí el otro día, dándoos detalles de mi vida; nada tengo que añadir a ella. Sigo pidiendo por vosotros, pues es de la única manera que puedo pagar algo de lo que os debo.

Antes de venir al monasterio, tenía ilusión en terminar mi carrera para, con mis primeras ganancias, ayudar a mi padre..., y pensaba en lo que había de hacer con las mil pesetas que ganase de mi primer proyecto... Desde luego, no habían de ser para mi..., mis padres estaban antes... Pero las cosas han cambiado... El arquitecto futuro se ha trocado en monje; los proyectos de glorias humanas, se han cambiado en deseos de gloria de Dios... Yo he cambiado, por tanto, de estudiante, en novicio. Mis aspiraciones para ganar dinero, se van a convertir en voto de pobreza..., pero no paséis cuidado, lo que no cambia ni cambiará es mi condición de hijo, y si no os puedo ayudar con el dinero, que no gano, tened la seguridad que las primeras oraciones que salieron de mi, al tomar el nuevo estado, fueron para mi padre y para mi madre... Mis ganancias no son para la tierra; no tenéis, pues, la dicha de decir: Tenemos un hijo que con su valer está asombrando al mundo, su fama corre entre los hombres por quien es considerado; amontona riquezas y es el sostén de sus padres...

En lugar de todo ese magnífico programa, al cual yo no podría llegar nunca, pues mis méritos son bastante escasos, podéis exclamar: Tenemos un hijo a quien nadie conoce, es más pobre que las ratas..., es un trapense que vive en paz y gracia de Dios en su monasterio; no nos ayuda materialmente, porque no puede, pues no gana más que para su sustento; pero, en cambio, está amontonando para sus padres una riqueza que los hombres no aprecian porque no conocen, y que algún día, allá delante de Dios, podrá ofrecer a sus padres y hermanos, y decirles: Mis sacrificios han sido aceptados por Dios, y yo los he ofrecido en vuestro nombre, y mientras vosotros creíais que vuestro hijo no servia para nada, estaba a los pies de Jesús pidiendo por sus padres. Por tanto, ya veis que de alguna manera cumplo el mandamiento de honrar padre y madre.

Siento mucho lo de tía Petra y ya me imagino el cuadro... No quiero ponerme pesado como el otro día y deciros que tengáis paciencia... Os supongo con la necesaria... Procurad atender en lo posible a su asunto espiritual, no vaya a daros un susto cualquier día, y, aunque a mí, a su edad me parece irresponsable, eso no es cuenta nuestra, sino de Dios; a nosotros no nos queda más que poner los medios.

El Padre Eufrasio, el superior de los padres carmelitas, me dijo que iría alguna vez por casa, ¿ha ido? Tened confianza con él, pues es muy bueno.

¿Qué tal los ejercicios espirituales de Fernando? He pedido a Dios le sirvan para ser muy bueno.

Yo nada tengo que contaros de nuevo... Que hoy domingo está lloviendo y el cielo encapotado; me recuerda los grises días de Asturias.

Bueno, nada más por hoy; no quiero prolongarme como el otro día, porque yo, con una pluma en la mano, no descanso y lo triste es que no digo nada en sustancia.

Como único detalle del día, te diré que se ha estropeado el órgano, y como el último novicio tiene que moverlo a brazo, me he pasado el día haciendo subir a Dios mis oraciones a fuerza de puños, y tengo "agujetas" en los brazos.

También te diré, por si te interesa, que sigue lloviendo... Y... nada más de particular, sino es volver a repetirte que, como dices en tu carta, no me molestas con asuntos de intereses... Tienes que tener en cuenta que todavía no me he muerto.

Desde luego, que yo sin hablar de pesetas soy feliz, y me parece mentira que mis cartas no sean para pediros dinero como otras veces. Aquellas combinaciones chinas de quitar y poner, sumar y restar, para luego, en resumidas cuentas..., el sablazo a mi padre, pasó a la historia todo eso.

Bueno, os dejo que tengo aún mucho que hacer, como es hacer el vía-crucis y rezar el rosario a la Santa Madre... Mira, que no lo dejéis de rezar que, aunque yo no estoy, muchas veces me acuerdo de las rapideces de mi madre; ahora yo lo rezo solo, pero siempre lo hago como si estuviera con vosotros, y yo creo que la Virgen recibe las oraciones vuestras y [las] mías al mismo tiempo, aunque sean en distintas horas...

Verdaderamente es un gran consuelo para los cristianos el sabernos tan unidos... Cuando hay fe, no existen distancias ni edades, ni padres ni hijos; no existe más que una cosa que es Dios, a donde vamos todos a parar tarde o temprano.

Recibe un millón de abrazos de tu hijo

Fr M. Rafael

---

(1) Las horas que se indican son hora solar. Actualmente en España la hora oficial va con don horas de retraso sobre la solar; es decir, las 2,10 de la mañana serían las 4,10. (Volver)

(2) Durante más de cincuenta años los monjes de San Isidro de Dueñas tuvieron fábrica de chocolate ("Chocolates La Trapa") con la que sostener su economía, hasta que la fábrica fue vendida. Todo el trabajo de elaboración y empaquetado lo realizaban los propios monjes. (Volver)

(3) El padre del Beato Rafael era ingeniero de montes, de ahí que le consulten. (Volver)

3 de junio de 1934 - Domingo

A su tío Leopoldo, Duque de Maqueda, desde Oviedo (1)

Queridísimo tío Polín: Esperaba tu carta, pues sabía serías el primero en escribirme... Que Dios te pague el consuelo que recibí con ella. Ahora me dispongo, a mi vez a darte las noticias que me pides... No lo he hecho antes por imposibilidad material, pues veo muy mal y me canso mucho. Tengo que usar para todo las gafas de papá que son de vista cansada... Dice el médico que se me pasará en cuanto esté más fuerte. **(2)**

Lo que me pasa es muy sencillo, y es, en resumidas cuentas, que Dios me quiere mucho... Yo en la Trapa era feliz, me consideraba el más dichoso de los mortales, había conseguido desprenderme de las criaturas y no ambicionaba más que a Dios... Pero me quedaba una cosa: el amor a la Trapa, y Jesús, que es muy egoísta del cariño de sus hijos, también ha querido que me desprendiese de mi amado monasterio, aunque no fuese más que temporalmente.

Dura, muy dura, es la prueba que estoy pasando, pero ni tiemblo, ni me asusto, ni desconfío de Dios. Cada vez veo su mano en todo lo que me ocurre y me acontece, y te aseguro que es muy dulce abandonarse en manos de tan buen Padre. Cuántas cosas te diría si estuviera contigo. Hablas de mis penas, y yo te digo, feliz el que sufre por Cristo y desgraciado el que en la tierra ve cumplidos sus deseos.

La enhorabuena que tú me das me la dio con lágrimas en los ojos mi confesor allá en la Trapa **(3)**. Si tú supieras lo que es aquello, tío Polín... He dejado algunos cariños tan profundos... Si vieses cómo nos queremos los trapenses en silencio... Nadie sabe lo que es llorar por un hermano que se va, a quien en cuatro meses, como a mí, no se le ha dirigido la palabra.

Bueno, cuando nos veamos hablaremos largo y tendido, no sabría expresarte por carta mis sentimientos; lo único que haré será explicarte detalladamente mi enfermedad.

En los cuatro meses de noviciado, ni un mal dolor de cabeza; una salud estupenda y encantado de la vida... Comienzan los trabajos de la «escarda». Los primeros días en el campo muy bien, alabando a Dios en medio de los trigos; un día me siento muy cansado; al día siguiente más; a otro ya no resisto y, mientras mis hermanos trabajan, yo me siento..., estoy agotado; hace dos o tres días que tengo una eliminación de orina tremenda, habiendo noches de levantarme seis veces... El Padre Maestro no me deja ir al campo; me quedo en casa lavando lechugas; al día siguiente después de Maitines de la Virgen, a las tres de la mañana no puedo estar más tiempo en el coro y subo a acostarme. Al día siguiente sube el reverendo Padre al noviciado y me manda unos días a la enfermería.

El Padre enfermero me analiza la orina y se queda asustado. Llega el médico y dice que tengo que ponerme en tratamiento inmediatamente y es imposible en el monasterio. Al día siguiente llega papá con el coche. A Oviedo llegué a la cuatro de la tarde, y a las seis me ponían la primera inyección de "insulina", única cosa que dicen que lo cura.

Tengo mucha azúcar y tuve acetona; estoy a un plan de alimentación en que se me pesa todo lo que como por gramos; tengo un hambre terrible y una debilidad tal, que el leer me marea, el andar me cansa, apenas veo... Toda ha sido cuestión de seis o siete días, pero ha habido días que he adelgazado dos kilos.

Me hacen dos análisis diarios, y me ponen tres inyecciones también diarias... Una verdadera «juerga médica"; no tengo ningún dolor ni ninguna molestia; me estoy todo el día sentado sin hacer nada.

Me he traído el hábito, pero no me lo pongo.

Esta enfermedad es muy larga y no sé cuándo podré volver a mi monasterio, y no sé cuándo será, pero Dios me dice que yo moriré trapense; ahora lo único que tengo que hacer es ponerme en sus manos y te aseguro que lo estoy; más no puedo hacer, pues además sé que la Santísima Virgen no me abandona.

No te puedes figurar lo que siento lo de Pilar, pero no hay que preocuparse, Dios da la salud y Dios la quita... y Él sabe lo que hace. Yo he estado a punto de subirme al cielo (perdóname la presunción), pues el peligro ha sido cuestión de horas, y, sin embargo, Dios me ha dicho:

Espera..., y yo espero todo el tiempo que Dios quiera.

Espero verte cuando vengas a Covadonga, y entonces allí, a los pies de la Virgen, hablaremos de Dios... Ni tus penas ni las mías merecen comentarios, ¿qué más da salud que enfermedad, y qué más da riqueza que pobreza, cuando se tiene a Dios?

¡Ah, tío Polín, qué grande es el Señor! y qué pequeños somos los hombres.

He cambiado mucho en estos cuatro meses, Dios me ha mimado mucho y me ha hecho ver algunas cosas que antes no veía.

Bueno, te dejo por hoy. Otro día te escribiré más detalles, y no te preocupes por mi salud, que no merece la pena.

Da un abrazo muy fuerte a tía María y a los primos, y tú recíbelo todo de tu sobrino y hermano en Jesús y María

Rafael

Si tienes algún rato, ponme dos líneas.

11 de junio de 1934 - lunes

Al Padre Marcelo León, Maestro de novicios, desde Oviedo

Reverendo Padre Marcelo León.

Respetable y querido Padre Maestro: Le ruego disculpe mi tardanza en escribirle dándole noticias de mi salud, pero a un enfermo se le puede perdonar esa pequeña falta.

Sigo mejorando, aunque muy lentamente, y ya voy recobrando las perdidas fuerzas... Estos últimos días, he podido ir a recibir al Señor, claro está, que no puedo ir a pie, a pesar de la corta distancia de la iglesia a mi casa, y esta tarde saldré por primera vez, a dar un paseo en coche.

Sigo un plan de alimentación muy severo, pesándome las cantidades escrupulosamente, para saber el número de "hidratos de carbono" que tolera mi organismo y relacionarlos con la cantidad de "insulina" que me tienen que poner... Me hacen dos análisis diarios de la orina y me dan tres inyecciones también diarias de "insulina". Le aseguro, Padre, que estoy pasando más hambre que en Cuaresma.

El médico dice que tendré que estar así todo el verano, pero que me curaré... Eso es lo que yo deseo para volver a mi monasterio, aunque ha de pasar tiempo hasta que yo pueda seguir normalmente el plan de alimentación de la Trapa... Mientras tanto, todo está en manos de Dios. El es quien puede resolver, y estoy en sus manos.

Mi estado de ánimo varía... Ha sido todo esto tan repentino, y tan rápido, que he estado unos días como atontado y sin saber lo que pasaba dentro de mi, y estaba como aturdido. El cambio de vida es tan radical, que no podía ser por menos... Creí que Dios me llevaba al cielo, pero parece ser que no es todavía la hora de mi liberación y que me quiere aquí en la tierra todavía un poco más de tiempo... Cúmplase su voluntad y no la mía.

Cuando me fui a la Trapa, a Él le entregué todo lo que yo tenía y todo lo que yo poseía: mi alma y mi cuerpo... Mi entrega fue absoluta y total, muy justo es, pues, que Dios ahora haga de milo que le parezca y lo que le plazca, sin que haya por mi parte ni una queja ni un movimiento de rebeldía.

Dios es mi dueño absoluto y yo soy su siervo, que obedece y calla... A veces me pregunto ¿qué querrá Dios de mí pero como dice David: "¿Quién es el hombre para conocer los designios de Dios?". Por tanto, lo mejor es cerrar los ojos, y dejarse llevar por Él, que Él sabe lo que nos conviene.

Yo era demasiado feliz en la Trapa; la prueba que me ha exigido es dura, pero con su auxilio saldré adelante y aquí, allí o donde sea, seguiré adelante sin retroceder. "He puesto la mano en el arado y no puedo mirar atrás".

Dios no solamente aceptó mi sacrificio, cuando dejé el mundo, sino que me ha pedido mayor sacrificio todavía, que ha sido volver a él... ¿Hasta cuándo?... Dios tiene la palabra. Él da la salud, y Él la quita... Los hombres nada podemos hacer más que confiar en su divina providencia sabiendo que lo que El hace, bien hecho está, aunque a primera vista a nosotros nos contraríe nuestros deseos, pero yo creo que la verdadera perfección es no tener más deseos que, "que se cumpla su voluntad en nosotros".

Dios en su infinita sabiduría, no pregunta al hombre lo que desea para otorgárselo inmediatamente, pues generalmente éste no sabe lo que le conviene para su salvación, sino que, obrando por encima de la razón y los designios de la criatura, la lleva, la trae y la prueba de mil maneras... y el hombre dice: "Señor, ¿por qué hacéis esto" , y Dios parece que dice: "Confía en mi, vosotros sois como niños, y para llegar el reino de mi Padre, no podéis ir solos, ni señalar el camino; yo os conduciré... Seguidme, aunque contraríe vuestros deseos... El reino de Dios sufre violencia.., y para llegar al término, no ha de ser por donde el hombre dispone, pues como niño que es a los ojos de Dios, apenas sabe andar... Confía en mi, dice Jesús, y yo te llevaré".

Querido Padre Maestro: Yo me dejo llevar por Jesús... Cuando era más feliz... Cuando veía claro mi porvenir de monje cisterciense, cuando ya no deseaba nada del mundo y mi **único deseo** era estar hasta morir con mis hermanos en religión..., dice Jesús: "Ahora una enfermedad y afuera"... Pues bien, "fiat", ¿qué más puedo hacer?

Por tanto, ya ve Padre, que estoy tranquilo, que las circunstancias por que atravieso no dependen de mi y que, por tanto, como ha sido Dios el que me ha sacado, del noviciado, si El quiere, Él me volverá a llevar.

Cuántas cosas le diría para los Padres, y los novicios, y oblatos... Mi silencio creo yo que será más elocuente que todo lo que yo por carta pueda decir... He dejado en la Trapa tanto cariño sincero que eso no se olvida nunca. No le doy recuerdos en particular para nadie, porque tendría que ir nombrando a toda la comunidad; aunque corporalmente estoy aquí, espiritualmente estoy muy a menudo en el coro.

Me levanto tarde, me acuesto tarde, estoy todo el día en casa sin hacer nada, pues el leer me cansa bastante la vista y no puedo, y no tengo fuerzas para nada... Recorro todas las butacas de la casa para no estar siempre en la misma y para no ocultarle nada, le diré que he vuelto a fumar.

El hábito no me lo pongo para no llamar la atención, y lo tengo cuidadosamente guardado; para mi fue un consuelo el traérmelo.

No recibo a nadie; los primeros días, porque la gente me mareaba realmente, y ahora porque lo que me digan no me interesa lo más mínimo, como usted fácilmente comprenderá, y aunque hay gente que verdaderamente me aprecia también hay mucha curiosidad, pues un trapense no se ve todos los días.

El otro día estuvo en casa el Padre Felipe que yo no conocía; vino a ver a su familia y de paso se detuvo a conocerme. Es muy simpático y debe ser muy bueno.

Nada más tengo que contarle... Perdóneme lo mal pergueñadas que van estas líneas, pero ya sabe usted cómo escribo, mucho, deprisa y mal, pero ese soy yo; las cartas de cumplido las guardo para otra persona que no sea mi Padre Maestro.

Confío en las oraciones que le dirigirán por mi a [la] Santísima Virgen los novicios y los oblatos; desde luego, fío más en ellas que en los médicos a quien Dios perdone el hambre que me están

haciendo pasar..., le aseguro, Padre, que es tremenda, pues además es una característica de la enfermedad.

Sin más que decir presente mis respetos al reverendo Padre Abad, mi sincero afecto a los novicios y de usted espera recibir su bendición y sus oraciones, su novicio

Fray María Rafael

17 de junio de 1934 - Domingo

A su tío Leopoldo, Duque de Maqueda, desde Oviedo

Oviedo, IV domingo después de Pentecostés.

Queridísimo tío Polín: En contestación a tu carta te diré que sigo mucho mejor, gracias a Dios, y que según el médico esto va muy deprisa; bien es verdad que las medicinas que yo uso no son corrientes, pues las oraciones de mis hermanos los novicios, valen más que todos los médicos y todas las medicinas juntas... De todas maneras, el verano entero no me lo quita nadie, y después comenzaré un régimen de alimentación análogo al de la Trapa, para ver si mi organismo responde y así poder seguir mi vida de "pobre trapense", como tú dices.

Confío mucho en Dios; Él seguramente me volverá a llevar al monasterio; no pienso en otra cosa en todo el día... El coro, el campo, el silencio, la paz del cementerio tan alegre..., mis hermanos, mi hábito, mí celda, mi Sagrario de la Trapa..., todo eso que conquisté con sacrificios y lágrimas, se derrumba con una cosa tan insignificante, como es un poco de azúcar en la sangre... Qué grande es Dios, tío Polín, que se vale de lo más pequeño e insignificante para hacer ver al hombre su pequeñez y miseria, y para hacernos comprender que sin Él no somos nada.

Yo era demasiado feliz en la Trapa; te aseguro que la vida es dura, muy dura, pero se tiene a Dios tan cerca, que la austeridad de la Regla no se nota. Yo respiraba alegría por todos los poros... Mi única ilusión era Dios, y le sentía tan cerca, que lo olvidaba todo.

También es verdad que, al principio, me costó algunas lágrimas, pues al fin y al cabo soy una criatura humana con corazón y con sentimientos, y hay cosas que no se pueden remediar.

Recuerdo los primeros días de postulante cuando salíamos al campo en una fila... Cada novicio con su azadón y yo el último... Nos encaminábamos en silencio a las viñas..., un frío terrible; la tierra dura de la helada y, además, con un sueño que apenas me podía tener... Nos distribuía el jefe de trabajo, nos persignábamos, rezábamos un Avemaría y a trabajar.

Pues bien, más de una vez en aquellos días regaba los terrones que arrancaba con mi azadón, con unos lagrimones del tamaño de naranjas. Pronto reaccionaba; me acordaba de la pregunta que se hacia nuestro Padre san Bernardo: «Bernardo ¿a qué has venido?"…, redoblaba entonces

mis fuerzas en el trabajo y si alguien hubiese estado muy cerca de mí, me habría oído cantar una cosa que empieza así: «Virgen del santo Recuerdo, que nunca te podré olvidar".

Eso era para mi el gran remedio..., el cantarle a la Virgen... ¡Si vieras cómo me ha tratado la Señora! Nunca sabremos bastante, tío Polín, lo que nos quiere María.

Otro día también cogí una perra, ¿sabes por qué? Cada vez que me acuerdo me río... Pues sencillamente que una mañana a las cinco, se me juntaron el hambre (estábamos en Cuaresma), el sueño y el frío, y entre los tres le dieron tal paliza a este miserable cuerpo, tan acostumbrado al regalo, que le hicieron saltar las lágrimas... Te aseguro que cuesta dominar la carne, pero con la ayuda de Dios tan grande que tienen los trapenses, se hace de ella lo que quieres... Yo estoy convencido, sin una gracia muy especial, el trapense no podría vivir.

Bueno, ya para que lo sepas todo, cuando he llorado **con más gusto**... es con las cartas de mi madre.

Todo esto te lo cuento para que conozcas las miserias de tu sobrino que a pesar de su gran amor a Dios, se entregaba a Él con no toda la generosidad que debiera... Pero pasó el postulantado y vino el noviciado, y aunque seguía dando guerra el cuerpo, ya no le hacia caso... Yo estaba a lo que estaba y nada más; quería acercarme a Dios y en realidad, yo no hacia nada, Dios se acercaba a mi, me ofrecí a El, Él me aceptó... y en prueba me ha mandado otra vez a los hombres con una enfermedad... ¡Bendito sea! Ahora lo que le pido es que me cure para volver al monasterio con mis hermanos. Le pido la salud para entregársela a Él nuevamente, para otra cosa no me sirve, pues entre los hombres se está muy mal como tú dices... Claro que los trapenses también son hombres, pero..?... tú me comprendes.

Una cosa te he de decir, que te gustará, tú y yo, antes de mi **huída** del mundo, no conocíamos lo que era una Trapa. Suponíamos y con razón, que era lo más cercano al cielo de entre los hombres... Pues bien, yo ahora te digo que nos hemos quedado cortos y que tú no tienes ni idea de lo que se encierra en un monasterio del Cister... Puedes creerme, y así comprenderás, que una vez conocida y probada la vida monacal, no se quiera otra. Allí he encontrado una cosa muy rara y muy extraña en el mundo... se llama "**amor** al prójimo", y "caridad".

Bueno..., si yo supiese escribir, qué de cosas te contaría, que sé te habían de hacer llorar de contento..., pero eso lo dejo para cuando nos veamos cara a cara y frente a frente, que espero será pronto. Lo bonito seria que yo te dijese que ya te lo contaría cuando nos viésemos en el cielo, pero estoy por asegurarte que allí no íbamos a tener tiempo de ocuparnos de estas menudencias ¿no te parece?... Pero mientras estamos en la tierra, por muy **alto** que estés, sé te han de interesar las menudencias, de tu algo más que sobrino, el hermano Fray María Rafael..., por otra parte, sentiría darte el latazo.

Me preguntas si conozco a don Pedro Sánchez del Río y me parece que alguna vez te hablé de él... Es íntimo amigo mío y solamente a él le he contado muchas cosas... Es un varón de Dios por no decir un santo, que como ya convinimos, el calificativo santo se prodiga mucho; es un hombre muy entregado a Dios y de una virtud **de veras**..., te lo puedo asegurar que le conozco a fondo... Sé te ha de gustar. Si quieres que le diga algo, puedes hacerlo con toda confianza.

Le agradecí mucho a tía María su carta, conociendo su pereza para escribir. Ya sé que no me olvidáis en el Sagrario y a los pies de María sobre todo; yo por mi parte..., bueno, ¡qué bobo soy!, ¿qué te puedo decir?

Cuánto siento lo de Pili..., tan buena y tan cariñosa como es con su primo Rafael. Dila de mi parte que pronto tendrá una sorpresa que yo la voy a mandar y que si está enfermita, que yo también lo estoy y que le pida a Dios nos pongamos buenos pronto, yo así lo hago.

Me dice tía María, que no te cuidas y que yo te anime a que te dejes cuidar. Por Dios, tío Polín, que ya eres mayorcito. Pero solamente te voy a hacer una reflexión, que es la que me hago yo. "Dios me ha mandado una enfermedad ¿para qué? para humillarme... Pues bien, humíllate". Ya sé que es muy duro estar a merced de los calditos, la inyección, la hora y los médicos... El hombre pone los medios y Dios todo lo demás... Otra cosa no podemos hacer.

Cuando salí del monasterio, me dijo el reverendo Padre Abad...: "tú tienes que volver, por tanto, te mando que obedezcas al médico como si fuese el Padre Maestro"... Por tanto, en mi curación, interviene la obediencia. Haz tú lo mismo.., obedece y no seas malo.

Nada más tengo que contarte de particular; aquí todos bien, gracias a Dios y sin novedad.

Un día de éstos escribiré a la abuela y a tía María Barón, pero cuando ya estén fuera de Madrid pues ahora que va mamá con Merceditas a examinarse, la darán noticias de su nieto.

Me alegro mucho que Anita se haya acordado de mi. Cuando la escribáis la podéis decir que este trapense, siempre que se acordaba de las misiones, no olvidaba a esa **pobre mujer** que allá en la India tenía un pensamiento igual que el mío..., servir a Dios. Para más detalles, te diré cuándo pedía.

Como en la Trapa no se pierde ni un minuto, ni en los intervalos ni, incluso, al ir de una parte a otra, yo al salir de la iglesia, después del examen de conciencia hasta llegar al refectorio, lo tenía dedicado a las misiones... Salíamos de la iglesia en una fila por en medio del claustro y, muy despacio, y ya con la capucha echada nos vamos al refectorio.

Como vamos en silencio, cada cual reza lo que quiere... Yo, como te digo, lo dedicaba a las misiones. Pensaba en lo bueno que es Dios que a mi me concedía el alimento necesario para el cuerpo... Le agradecía la paz de mi convento y, al mismo tiempo, le pedía que no olvidase a los misioneros que a veces ni tienen qué comer, ni tienen convento. La obligación del trapense es pedir en silencio por los que están en el mundo conquistando almas para Cristo; yo me creía en esa obligación.., y todos los días, absolutamente todos, y durante los seis o siete minutos que tardábamos del coro al refectorio, yo pedía por Anita.

Este hecho te demostrará que en la Trapa se está en comunicación con Dios desde que te levantas hasta que te acuestas... Cada monje tiene sus devociones particulares, y como el silencio ayuda tanto... Recuerdo un sacerdote en Ávila que una vez, me parece que ya te lo conté, estuvo discutiendo conmigo en casa de don Justo y que me decía que el silencio en los monjes que era absurdo y que era una bobada el no hablar, y que si esto y que si lo otro...

Cuántas veces me he acordado de aquel sacerdote... Si él supiera que en la Trapa lo más hermoso que hay es el silencio... Pero ¿qué sabe el mundo lo que es eso?

Bueno, voy a terminar esta carta que me parece que por hoy ya es bastante. Si te da la gana escribes. El otro día escribió Casio a papá muy cariñoso; salúdalos de mi parte y para ti y tía María, lo de siempre, todo el cariño de vuestro sobrino y hº

Rafael

22 de julio de 1934 - Domingo

Al Padre Maestro, Marcelo León, desde Oviedo

Reverendo Padre Marcelo León.

Mi querido Padre Maestro: Esta carta, como es natural, está dirigida a usted, pero es la contestación a las cariñosas cartas del Padre Francisco y de mis connovicios, a las cuales si no he contestado antes como debiera haberlo hecho, ha sido por esperar un consentimiento del médico, que ya lo tengo, para anunciarles mi visita para el día primero de agosto, santo de nuestro querido Padre Abad.

Yo estoy, gracias a Dios, casi bueno del todo; no tengo apenas «azúcar», pero sigo el tratamiento de la insulina y el régimen... El médico me ha dicho que puedo perfectamente ir a pasar a mi monasterio tres días, de manera que yo saldré de aquí el día 31 en el rápido y estaré en la Trapa los días 1, 2 y 3. Él me dará una nota de lo que puedo comer que es casi de todo, y me llevaré la inyección para que me la ponga el Padre Vicente. Después será cuestión de dos o tres meses más que a mí se me hacen siglos, en los cuales estaré a prueba del régimen que tomo en el monasterio, para poder seguir luego mi vida interrumpida al lado del Sagrario de la Trapa y de mis buenos hermanos.

Según el médico aún tendré que estar una temporada en observación, pero eso creo que la caridad de ustedes para conmigo podrá arreglarlo.

¡Si viera, Padre, qué descentrado estoy en el mundo!... Que aunque estuviera de jardinero y comiendo las sobras que dan a los pobres, yo me volvería a la Trapa... Pero no me hacen falta esos extremos.

Cuando salí de la enfermería para venir a casa, pensé que Dios o me llevaba al cielo, o me ponía bueno para seguir siendo trapense... Parece que Dios ha optado por lo segundo. Él sabrá mejor que nosotros, lo que conviene, y aun en la adversidad seguir dándole gracias por todo, y conmigo especialmente me trata el buen Dios de tal manera, que no tengo más remedio que hundir la cabeza en tierra, ponerme a sus plantas, y exclamar: "Señor, ¿quién soy yo para que te ocupes de mi?", el último de los trapenses, la criatura que nunca ha correspondido a los beneficios de Dios, y sin embargo, con tu bondad infinita, le vas conduciendo de la mano por el mundo, y si

eres Tú, Señor, el que me pone obstáculos, también eres Tú el que los quitas para que tus hijos no tropiecen.

Pero ya sé que no son mis méritos, que cuando escudriño mi conciencia sé que no los hay, sino todo lo contrario... Todo lo que recibimos de Dios es por los méritos del Cristo que murió en una Cruz, y los recibimos por la mediación de María.

¿Y qué más puede dar Dios que la vocación? ¡Ah! mis queridos connovicios, no sabéis lo que tenéis, ni nunca podréis dar gracias a Dios suficientes por tan gran beneficio; yo tampoco lo sabía, hasta que tuve que volver al mundo, y si antes de irme a la Trapa me parecía que el mundo estaba loco o trastornado, ahora me da la sensación de que Dios lo ha abandonado, de que ha dejado a los hombres solos, pues éstos en su orgullo suicida, dicen a gritos: No necesitamos a Dios... Y la sociedad está desquiciada, y se ocupa de todo menos de lo único importante, y os aseguro francamente, al ver a los hombres tan ciegos, da tristeza y dan ganas de gritarles..., ¡dónde vais!, insensatos o locos... Estáis crucificando a Jesús, a ese Nazareno que nos mandó amarnos los unos a los otros... ¿No veis que vais por mal camino..., que la vida es muy corta y tenemos que aprovecharla, pues el juicio de Dios está cerca?... Pero es inútil; en el mundo no se oye hablar de Dios y de sus juicios... Todo son envidias, ambiciones terrenas y pasiones desatadas; y al ver este triste espectáculo, ¿cómo no dar gracias a Dios por mi vocación?... ¿Cómo no voy a añorar mi rincón en la Trapa?...

No, hermano Isidro, como me dice en su carta, no es raro ni sorprendente que yo tire hacia arriba como usted dice y desprecie lo mucho que me ofrece el mundo, y suspire por las alubias de la Trapa... Yo lo veo muy natural y lógico, pues el mundo me paga en una moneda que a los ojos de Dios no sirve para nada... Con el dinero se compra el mundo, pero no el cielo, y así como se desecha un duro falso, pues con él no se hace nada, así se debe desechar todo eso que no sirve más que para pasar agradablemente la vida..., pero nada más, y la verdad sea dicha, la vida es muy poca cosa..., total nada, pues para nosotros los cristianos, nuestra vida no está aquí en la tierra; dejemos pues a los que se contentan con tan poco y dediquémonos a hacer un buen capital en el cielo con la única moneda que sirve para algo... Esa moneda es el sacrificio, la mortificación, la oración, en una palabra, la vida del trapense.

No es, por tanto, que yo tire hacia arriba o hacia abajo, es sencillamente..., lógica pura, pues, como me dice el hermano Bernardo, es mejor el pelar patatas por amor de Dios, que todos los lujos que me pueda dar el mundo.

De buena gana le pondría algunos textos en latín al Padre Francisco, para corresponder a su carta, pero da la casualidad que aún no lo sé. Lo que sí le digo es, Padre Francisco, que he hecho la novena a santa Teresita unido a usted y que ella espero que me ponga bueno.

No se puede figurar cuánto agradecí sus cartas y qué consuelo tan grande tuve con ellas. Las leí muchas veces, dando gracias a Dios por el verdadero cariño fundado en el amor a Dios y en la caridad que se desprende de ellas; en realidad yo no merezco nada de eso, pero también es verdad, que si nosotros, los monjes trapenses, no ponemos en práctica el precepto de los evangelios de "amaros los unos a los otros", ¿quién lo va a poner? Buscamos en el mundo la perfección, y la única perfección es ésa.

¿Cuándo profesa el hermano Damián?.

En fin..., tantas cosas les diría y preguntaría que, en una carta, no puedo expresarlo todo, y estoy contando los días para poder ir a pasar tres días en el monasterio.

Sigan pidiendo por mí a la Santísima Virgen nuestra Señora, que yo así lo hago para que podamos reanudar mi noviciado y que en lugar de pasearme en coche y darme buena vida, siga tratando de encender y apagar las velas sin equivocarme y dándole al fuelle del órgano cuando no funcione la corriente..., al fin y al cabo, ése es mi sitio.

Me acuerdo en todo momento de mi vida monástica, y todavía no sé si estoy soñando. ¿Quién me diría que aquellos trenes que pasaban a tanta velocidad, mientras estábamos en las cepas, había yo de volverlos a utilizar?... Pero ¿qué sabemos los hombres de lo que nos puede ocurrir?, y cuando uno se entrega a Dios sin reservas, tiene que estar dispuesto a todo.

Díganles a los oblatos y a Padre Amadeo que el "novicio alto" le verán dentro de unos días si Dios quiere.

Padre Maestro, presente mis respetos al reverendo Padre Abad, y se encomienda a sus oraciones y se despide de todos hasta muy pronto su hermano en Jesús y en María

Fray María Rafael
O.C.R.

23 de julio de 1934 - lunes

A su tía María, Duquesa de Maqueda, desde Oviedo

Queridísima tía María: Apoyándome en la promesa de que me contestarías, te escribo, aunque en realidad nada tengo que decirte que ya no sepas.

Ya sabrás por tío Polín cómo me encuentro, y te puedo asegurar que cada vez mejor.

El día 31 salgo en el rápido para Venta de Baños, donde estaré **únicamente** tres días, el 1, el 2 y el 3 de agosto...

No tengo permiso del médico para más, si lo tuviera, hubiera ido a haceros una visita..., pero no quiero abusar.

Estos días en la Trapa con mis queridos hermanos los necesito como el comer..., y parece que la bondad de Dios me los concede para darme un ligero descanso y no es que lo merezca, pero Jesús sabe muy bien hasta dónde llegan sus criaturas, y siempre en los momentos oportunos tiende una mano y si, momentáneamente, parece que nos deja solos..., no es así, pues cuanto más nos parezca a nosotros que estamos solos, más cerca está Dios vigilante, y si nos pone obstáculos, El mismo los quita... No hay más que dejarle hacer.

El día primero de agosto es el santo de nuestro buen Padre Abad, y si él tendrá una satisfacción con yerme, en ese día, excuso decirte yo.

El médico me ha dicho el otro día, que dentro de unos meses, ya podré reanudar mi noviciado... No me atrevo a decirte que lo deseo ardientemente, pues por exceso de **deseos propios** estoy en casa. Supongo que me comprendes; pero provechosa me ha sido la lección.

Ahora comprendo muy bien ese camino tan estrechito que señala san Juan de la Cruz, y que está entre otros dos, en los cuales dice: Oración, contemplación, consuelos espirituales, dones

de la tierra, dones del cielo, etc. Pues bien, entre esos dos caminos, está el que yo digo y que solamente dice, nada... nada... nada...
Qué difícil, tía María, es llegar a eso. Y para los que andamos en los principios, qué fácil es equivocarse, y cuántas veces queremos encontrar a Dios donde no está. Y cuando creemos haberle encontrado, nos encontramos con nosotros mismos..., pero no hay que desanimarse, todo lo permite Dios para bien del alma, y sin conocer el fracaso, no se saborea el éxito, y antes de acercarse a Dios no hay más remedio que despojarse de **todo** y quedarse en **nada**, como dice san Juan de la Cruz.
Pero bueno, nada nuevo te digo, y que Dios me perdone el querer tratar cosas tan altas cuando aún sin saber gatear, ya quiero volar... Ese ha sido mi pecado y lo sigue siendo...
Pero, si vieras, Jesús es tan bueno conmigo que todo me lo perdona y me comprende, pues es el defecto de todos los niños, que sin llegar aún a las rodillas del padre, ya se creen con fuerzas para manejar el sable y calzarse las espuelas de su padre que cariñoso los mira, y le hacen gracia las bravatas de sus hijos, sabiendo que si él no está detrás ¿qué seria de las criaturas?... Lo mismo le debe pasar a Dios conmigo, y cuando me vio empuñar las armas con tanto brío, le debí hacer gracia y me dijo: Para ser general, antes hay que ser soldado, y antes de soldado, tengo que tomarte la talla para ver si sirves..., y eso es lo que está haciendo conmigo; y te aseguro, tía María, que poniéndome de puntillas y levantando mucho la cabeza, la doy «ras con ras».
Perdóname el símil, pero no me sé explicar de otra manera, y si te digo todo esto es porque tengo muchas cosas dentro y no tengo a quien decírselas. Y puesto que tienes tanta caridad que me escuchas, me desahogo y en paz.
Antes, al yerme tan solo, me entristecía mucho, ahora ya me voy acostumbrando, pues en la Trapa las penas y las alegrías son sólo para Dios, y en Él es en quien debemos buscar nuestro único confidente.
Pero sin saber por qué, vosotros sois la excepción, y si Dios me ofrece ese consuelo, no voy a rechazarlo... Yo no lo busco. El me lo ofrece en vosotros, y el cariño, cuando es muy por encima de la tierra, es agradable a los ojos de Dios, y el único placer que podemos experimentar sus verdaderos hijos es hablar de Él, y el encontrar almas en las cuales Dios tiene sus complacencias, es la gran alegría, pues qué difícil es ver aquí en la tierra criaturas suyas que, olvidándolo todo: negocios, asuntos, risas y lágrimas, elevan el corazón y no piensan más que en Dios, a El le cantan, a El le miran, le adoran y su vida terrena es un ¡¡hosanna!! continuado.
Qué más da que estemos arriba o abajo, cerca o lejos de Dios; dirijamos a Él nuestras miradas y unámonos para alabarle, unos en la vida monástica, otros en las misiones, otros en el mundo, unos de una manera y otros de otra..., ¿qué más da9 El lo llena todo y si nos miramos unos a otros, perdemos el tiempo... Muy hermosa es a veces la criatura, pero su vista nos distrae del Criador.
Debemos seguir con la vista fija en Él, lo mismo estando entre santos que entre pecadores... Nosotros no somos nada; nada valemos, ni nada servimos cuando estamos distraídos y no hacemos caso del Señor. No perdamos, pues, el tiempo, y si con un pequeño sacrificio, con una oración o con un acto de amor, agradamos al Señor, entonces podemos decir, que por lo menos hemos servido para algo, que es para darle a Él mayor gloria. Esa debe ser nuestra única ocupación y nuestro único deseo.
No os pregunto por vuestros asuntos porque ya sé que van mal... ¡¡¡Cuánto os quiere Jesús!!! Esto la mayor parte de la gente no lo ve, pero a mi no me pasa desapercibido, y sois los de más suerte de la familia; parece una paradoja, ¿verdad? Pero vosotros también lo sabéis que es así,

y si algo habéis tenido alguna vez, que merezca la pena, no ha sido ni vuestro títulos, ni el dinero, ni nada de todo eso que tanto ambiciona el mundo... Lo mejor de todo, y de lo que, hasta cierto punto, podéis estar orgullosos, es de vuestra pobreza... Cuánto os quiere Dios, tía María, eso no lo hace Jesús más que con sus escogidos, ya podéis estar contentos.
Bueno, nada más tengo que contarte; mi vida es muy sencilla. Por la mañana voy a comulgar; después desayuno y me voy a una playa solitaria cerca del Cabo de Peñas; allí tomo el sol, saco apuntes y alabo a Dios viendo el mar. Después de comer duermo un poco; voy a dar un paseo, hago la visita al Santísimo, ceno, el rosario y a dormir... Eso es todo.
Hoy he estado en el Musel, que es el puerto de Gijón. Suelo ir algunas tardes a ver pescar, y he visto un espectáculo que siempre resulta grandioso, pero que a mi me ha dejado un poco triste; es la salida a alta mar de un trasatlántico alemán... Estaba la tarde preciosa y el mar en calma; serían alrededor de las ocho de la noche; empezaban a encenderse los faros de los puertos vecinos...
Yo estaba en el final del muelle oyendo ese ruido característico de los puertos con sus grúas, las sirenas de los barcos, el batir de los remos. De pronto, alrededor del buque, circulan las canoas de los "prácticos", pidiendo paso para el coloso; se oye el chirriar de las cadenas levando las anclas y por encima de todo ese ruido, la sirena potente y grave del buque que lentamente avanza hacia la salida del puerto...
En el momento de cruzar la barra, se encienden las luces del barco y la orquesta sobre la toldilla, tocaba un «fox». Los viajeros miraban displicentes a los humildes pescadores que en sus "lanchones" viejos y sucios, arreglaban sus redes o volvían de alta mar después de una jornada de trece o catorce horas. Estos, a su vez, miraban avanzar el gigantesco buque lleno de fuerza, de luces y de música..., ese hotel flotante donde los hermanos en Dios se separan en clases de primera, de segunda y de tercera...
Te aseguro, tía María, que me ha dado qué pensar, pues el mundo no es más que eso..., un gran buque que se lanza a alta mar confiado en su poder y en su fuerza, cuando al menor soplo del viento, todo ese poderío se hundiría para siempre.
En el buque, como en el mundo, los hombres para aturdirse hacen sonar el "facband", y la vida para ellos parece que se desliza agradable..., pero detrás de todo eso, cuántas amarguras, cuánta falsedad en todo, cuánta ambición contenida y cuánta pasión desatada...
Yo no sé si es que a esa hora estaban mis hermanos los trapenses rezando la Salve a la Virgen..., pero la cuestión es que aquella música que venía del barco..., me daba mucha tristeza, y luego, cuando entré en la iglesia y vi el Sagrario tan solo, cuatro beatas y yo..., créeme, mi oración fue encomendar a Dios y pedir por todos los hombres, por todos..., por los del barco, por aquellas criaturas hermanas mías, que tan tranquilas y tan confiadas estaban bailando en la toldilla, sin pensar que si Dios quería, le bastaba un deseo para que todo ese poderío desapareciera bajo las olas... Qué pena, Dios mío, qué pena..., y el Sagrario tan solo.
Allá, en la Trapa, cuántas veces, cuando a las dos de la mañana me levantaba, y entraba en el coro, y me ponía a los pies de Jesús, he ofrecido el sueño y el frío por todos los hombres..., y pensaba: "Señor, lo que os ofrezco es bien poca cosa, pero en estos momentos hay tantas almas, criaturas tuyas que como no os conocen, quizás os estén ofendiendo... Perdónalos, Señor..., si yo pudiera reparar algo tanto desvío de los hombres hacia Vos..., me quedaría muy contento"... Y yo creo que Dios me escuchaba, pues el frío y el sueño hasta me parecían agradables.

Quisiera ver el mundo entero postrarse ante el Sagrario, ante la Cruz, y en lugar de eso, ¿qué veo? ¿Para qué te voy a explicar nada?... Ya lo sabes tú bien. Gran responsabilidad tenemos los cristianos si no hacemos algo por la conversión del mundo, y todos podemos contribuir con algo. No te extrañe todo esto que te digo, pero es que mi salida de la Trapa me ha hecho ver a la humanidad, bajo un aspecto que antes no conocía..., es decir, viendo a los hombres como hermanos míos, que no conocen a su Padre... Pienso más en "trapense", y el trapense juzga con caridad... Eso es todo.

En fin, cuántas tonterías y desatinos se me ocurren, pero que no vienen a cuento. Te escribo todo lo que se me ocurre, y hay cosas que no se me debían ocurrir, pero tú, que me conoces, sabrás hacerte cargo... No me hagas caso, pues si los hechos correspondiesen a mis palabras, »otro gallo me cantara», como se dice vulgarmente, pero por desgracia no es así.

Le dices a tío Polín que su portada se la haré cuando vuelva de la Trapa. Por cierto que allí me encontraré con Fernandito, mi hermano, que al saber que yo voy a estar allí tres días, quiere reunirse conmigo... ¿Será verdad eso de que un loco hace ciento?

Le dices también a tío Polín que su amigo don Pedro se ha decidido a rezar el Oficio parvo de la Virgen. Me alegro mucho por don Pedro, pero me alegro más por la Señora, que así tiene un devoto más. Si vieras qué devoción se la tiene en la Trapa, es algo maravilloso. No hay ni un trapense que no sea hijo cariñoso de la Madre... Un detalle, cuando llevaron la imagen que hizo Granda, el reverendo Padre prohibió terminantemente besarla porque se iba a quedar sin pintura.

Las primeras palabras que me dijo el hermano portero cuando entré en la hospedería fueron: "Y ahora a no apurarse, y cualquier cosa que le ocurra, dígaselo a la Virgen María, pues a mí en veintitantos años que llevo de trapense, nunca me negó nada". Y aquel hombre lo decía con una unción y con una fe tan grande cuando hablaba de la Señora, que desde el primer día, efectivamente, a mí no me negó nada.

Me acuerdo que los primeros días tenía que vencerme algo en el refectorio, pues el plato de hierro y la cuchara de asta de buey no eran de mi gusto... Pues bien, antes de entrar le rezaba una Salve a mi Madre para que me ayudase..., y tan tranquilo. Cuando salía a trabajar al campo, con una mano el azadón y en la otra el rosario, y ya podían caer heladas, que no [me] importaba... Y si vieras con qué cariño hacíamos en el noviciado el mes de las Flores..., lo tuve que interrumpir con mi enfermedad.

Qué suave y qué dulce es consagrarse a María. En la Trapa es el único consuelo, el saberse protegidos de María; y por último, la Salve al atardecer, antes de irnos al dormitorio; son las últimas palabras del trapense al final del día..., y con eso duerme tranquilo sabiendo que si se muere en la noche, la Virgen lo recoge y lo presenta a su Hijo... Si vieras qué bien se duerme así, aunque la cama sea dura... Con el cuerpo cansado y a veces dolorido, pero con el corazón confiando en la Señora no hay ningún trapense que no concilie el sueño con el rostro tranquilo, y luego, al empezar la vigilia en el coro, también las primeras palabras del trapense son Ave Maria.

Si vieras qué vergüenza me daba el haber estado tanto tiempo sin una verdadera devoción a la Virgen. No basta el Oficio parvo, ni el rosario, ni medio millón de novenas... Hay que quererla mucho..., mucho. Hay que contárselo todo, confiárselo todo, ser es una verdadera Madre... Y a mi me parece, y esto tomadlo como cosa mía, y por tanto, no lo tengáis en cuenta, que cuanto más amor se le tiene a la Virgen, sin que nosotros nos demos cuenta, más amor tenemos a Dios; es decir, que nuestro amor a Dios, aumenta a medida que aumentamos el cariño a la Santísima Virgen..., y es natural, ¿cómo vamos a querer a la Madre y no querer al Hijo? Imposible. ¿Y qué

no conseguiremos de Dios si se lo pedimos por intercesión de María?... nada... El primer milagro de Jesús fue a instancias de la Virgen, y yo me imagino la cara de María, mirando a Jesús y diciéndole: "No tienen vino". A mí es uno de los milagros que más me hace sentir porque interviene María.
Bueno, me prolongo demasiado y estoy predicando a convencidos, pero si no os hablo de Dios y de la Virgen, ¿de qué queréis que os hable? No sé otra cosa, ni me interesa otra cosa, y no vamos a tomar lo secundario por dejar lo principal, ¿no te parece?
Voy a terminar esta carta, pues me parece que por lo larga no te quejarás. Aunque quisiera contarte mucha cosas, pero como nada es de interés, no quiero distraerte mas... Cuando esté otra vez en el noviciado, te escribiré contándote cosas de la Trapa, que supongo te interesarán; por ahora bástete saber que tu sobrino, el hermano Rafael, no se olvida de ti en sus oraciones, y que no le pido a Dios que se te arregle nada, pues Él ya sabrá hacerlo como mejor convenga. Y como casi siempre los intereses de los hombres están en contraposición con los intereses de Dios, cuando parece que todo es un »caos», y que no hay arreglo posible, entonces es cuando todo está mejor... ¿Y qué más puedes pedir que vivir de limosna?... De alguna manera tenemos que pagar la sangre derramada por Cristo, y si no es en este mundo, será en el otro. Y cuando el Señor ofrece una prueba en la tierra, hay que darle infinitas gracias, y las verdaderas y las que valen son las que Él nos envía, y no las que nosotros buscamos...
A propósito de esto, te voy a contar una cosa insignificante y que a mi me dejó asombrado un día en la Trapa.
Como es muy natural que me ocurriese, en los primeros días de mi noviciado, sentía verdaderas ansias de humillaciones y mortificaciones... Yo quería hacer penitencias y se las pedía al Padre Maestro..., y llegué hasta el Padre Abad. Como es natural, se reían de mi candor..., y después comprendí lo que te dije antes, creía buscar a Dios y lo que hacia era buscarme a mí mismo..., en esto todos caemos...
Pues verás, en el refectorio, cuando está toda la comunidad comiendo en silencio, oyendo la lectura del Martirologio, siempre que algún monje mete un ruido, se le cae un cubierto o derrama el agua, o cosa análoga, es decir, siempre que turbe el silencio o llame la atención, tiene que salir al centro del refectorio y allí, delante de todos sus hermanos, postrarse a todo lo largo en tierra y pedir perdón al Padre Abad hasta que le mande volver a su sitio.
Esto siempre azara mucho, y he visto viejecitos con el pelo blanco, ponerse de mil colores si les ocurría un percance semejante...
Pues bien, yo deseaba también postrarme delante de toda la comunidad en el refectorio, pero daba la casualidad que yo no metía ningún ruido, ni se me caía nada, y estuve algunos días con una fuerte tentación, y era tirar algo como al descuido, meter ruido y salir al centro del refectorio... Como ves, eso estaba muy mal hecho; se veía que el espíritu del mal que quería obrar en mí; el fin era una mortificación y el medio una mentira y, analizando bien la cosa, hasta esa mortificación era mentira, pues halagaba un deseo mío y había incluso vanidad...
Estuve unos cuantos días así..., fíjate qué tontería. Pues bien, no estaba en paz... Se lo dije al Padre Maestro lo que me pasaba y me dijo que cuidadito con hacer nada que turbara el silencio en el refectorio..., que eso estaba muy mal... Y yo entonces acudí a la Virgen y se lo dije un día antes de entrar a comer, y cuando estábamos en el coro, le expuse mi apuro y que puesto que las mortificaciones que yo buscaba no eran perfectas, pues eran según mi deseo, que Ella me las mandase y en paz..., eso me pareció lo mejor.

Pues créeme, después de pedirle esto a la Virgen..., llegamos al refectorio, y en una pausa del lector y cuando había más silencio, me enredo no sé cómo con la capa; tiro el agua; hago un estropicio; por poco pongo pingando al hermano que estaba al lado, y para final se me cae la tacilla de cristal que tenemos para beber, en medio de las losas, en el suelo... Con todas las de la ley, ruido, desperfectos, y lo único que pude recoger en mi azaramiento fue un asa que había quedado entre un montón de cristales en el suelo...
¿No querías salir a postrarte? Pues anda, ahora que no lo esperabas, a ver qué haces... Yo quería que me hubiese tragado la tierra. Me bailó la vista, me puse colorado, hice lo que debía..., lo hice mal y atropelladamente, y desde aquel día pongo un exquisito cuidado en la mesa. Cuando estoy comiendo me recojo con mucho cuidado la capa y no he vuelto a pedir más mortificaciones a la Virgen. Eso no está bien; no pidas nada, que sin tú pedirlo, cuando menos lo esperes, te mandan un plato fuerte, que te atontas para una temporada. En eso estoy experimentado y a la vista está.
Hay una cosa mejor que los cilicios y las disciplinas, que es conformarse en **todo** con la voluntad de Dios y no pedirle nada, ni desear nada, y muchas veces, al pensar en el «pedid y recibiréis» y en lo miserables que somos, incluso en el pedirle a Dios, me decía: "Señor, **nada** os pido..., pero en ese nada tan seco, va encerrado todo lo que tanto lo que me dais, que mi imaginación no llega al límite... Que mi voluntad sea la vuestra; mis deseos los vuestros; mis intereses, los de Jesús; mis amores, los de Jesús. Nada quiero que Vos no queráis, y si no os agrado, destruidme y aniquiladme. Como veis, Señor, nada os pido. y sin embargo… os lo pido todo".
Y, sin embargo, tía María, después de todo esto, voy, me acerco a la Virgen y como un niño mimado, la pido a mi Madre un "bombón", sin que se entere "papá".
Pero bueno, no necesito que te explique todo esto. Esta carta con tantos desatinos, tú la comprendes perfectamente ¿no es verdad?. Y si algo te parece mal, me lo dices; me he equivocado tantas veces que una más no tendría importancia... Y ¿qué más da que nos equivoquemos en nuestros juicios y opiniones...? Al fin y al cabo, somos hombres. Pero lo único de que debemos asegurarnos bien es de nuestro amor a Dios ... Teniendo verdadero amor a Dios, se tiene todo... y si no te parece una irreverencia, incluso alimenta.
Bueno, contéstame si tienes tiempo. ¿Sigues yendo a moribundos? ¿Qué tal Pili? ¿Vais por fin a Pedrosillo con tu padre y con la perra?... A ver si conquistas a tu padre; yo te ayudaré desde aquí, pero no le hagáis rezar mucho... no se vaya a ir a la Trapa. Salúdale de mi parte. A todos abrazos y para ti lo que quieras de tu sobrino y hermano en Jesús y María

Rafael

---

(1) Plácidamente transcurrieron para Rafael los primeros meses de su vida religiosa, concentrada su alma, en la más fiel observancia de la santa Regla, sólo vivía para asimilarse con la mayor perfección del espíritu del Císter, del que era ferviente admirador. Junto con esa admiración, profesaba a cuanto a su monasterio se refería, un acendrado cariño, pero con un afecto apegado a personas y a cosas, hasta el punto que él mismo confiesa en muchas de sus cartas, que se consideraba el más feliz de los mortales.
Su despedida del mundo tuvo para él carácter de definitivo y jamás pudo ocurrírsele que Dios, que tan fuertemente le atraía a la vida del claustro, tuviese otros designios que los que permaneciera allí hasta el final de su vida. Pero por suerte inmensa para los hombres, Dios vigila sus pasos, atiende solícito a todas sus necesidades, corrige faltas con sapientísimas lecciones y trata, por último, de perfeccionar y acabar en ellos, obras maestras, que sólo un Artista Infinito, puede concluir por medio de la gracia.

Y ... este fue el hecho: Por medio de una causa natural, una enfermedad de diabetes, principiaba nuestro Señor su obra maestra (UN SECRETO DE LA TRAPA, PP. 67-69). (Volver)

(2) En mayo se inician los primeros síntomas de la diabetes con sus enormes cansancios y falta de fuerzas. A mediados de mayo ya no podía seguir a sus hermanos en los trabajos del campo, que constituyen uno de los principales en la vida cisterciense... base quedando atrás del grupo que formaban los novicios..., pero nada decía, a pesar de sufrir horriblemente... Al verle tan falto de fuerzas, y con el rostro intensamente pálido, mandábanle sentarse y abandonar la faena..., pero eso era para él la mayor humillación y mayor trabajo que el trabajo mismo. ¡Cuántas lágrimas -decía él después- derramé entonces a solas con mi Dios!.
El día 24, le había visitado en la enfermería de la Trapa, el médico de la comunidad, Dr. Don Clemente Cilleruelo. El Padre Maestro, Fray Marcelo León, escribe inmediatamente al padre de Rafael, cuya carta llegó a Oviedo el día 25 y decía así:
"Muy señor mÍo y distinguido amigo: cuando menos pensábamos, se ha notado hoy que Rafael padece actualmente de diabetes sacarina, que podría curarse con un tratamiento apropiado y una medicación racional, consultado el caso con nuestro médico, opina que es conveniente marche al lado de ustedes y ponerle allí en tratamiento a la mayor brevedad. Por esta razón, y con el natural sentimiento, ruego a usted venga con su coche para llevárselo, y aquí le darán todas las instrucciones convenientes.
Con este motivo, y en espera de su llegada, me reitero atento s.s. y capellán Fray Marcelo León".
El 25 de mayo de 1934, cuando el hermano Rafael se encontraba en vísperas de salir de la Trapa por enfermo, recuerda el Padre Damián Yáñez Neira, testigo ocular y connovicio suyo, le encontró apoyado sobre el marco de las ventanas de la galería en la enfermería, como pesaroso y lleno de ansiedad moral, por haber avisado a sus padres para que vinieran por él. Ello índica la profunda vocación trapense... De ahí sus anhelos constantes de volver cuanto antes a su amado monasterio.
Cuatro meses de paz, de felicidad tranquila, de férvido aprendizaje en el servicio de Dios, después de las luchas pasadas, de las renunciaciones, cuando el alma creyó obtenido el triunfo, cuando se creyó llegada a la meta, tan cerca del Corazón de Cristo...! ¡Qué rápidos fueron!... Pobre hermano Rafael!... Otra vez al mundo, a la lucha..., sufrir siempre...
El mismo día 25 de mayo, en una alarmante postración física, y con el alma desgarrada al tener que abandonar su amado monasterio, vio llegar Fray María Rafael a su padre y a uno de sus tíos, que acudían a la llamada del R. Padre Maestro... En el monasterio durmió su padre aquella noche, y al día siguiente, dispusiéronse a partir...".
Al morir la tarde del día 26 de mayo de 1934, llegaba Fray María Rafael a la casa de sus padres, de donde saliera cuatro meses antes pletórico de vida y de salud. Llegaba pálido, sin vista, casi moribundo, con el traje seglar colgándole de los hombros, pues fueron veinticuatro kilos perdidos en ocho días..., y... sonriente, como si fuera el hombre más feliz de la tierra. En su maleta levaba el santo hábito trapense, blanco como el armiño...
"Guárdalo -fueron sus primeras palabras dirigidas a su madre- guárdalo bien guardado..., que no se apolille,.., pero que esté a la mano..."
Y después, al verse acostado de nuevo en su cama, atendido, rodeado de médicos, de mimos y cuidados, dijo tranquilo, y con una tristeza infinita en su mirada dulcísima: "¿Lo ves? Ya estoy aquí otra vez... Dios lo quiere!"...
Siempre la sumisión gozosa a la voluntad de Dios". (VIDA Y ESCRITOS, p. 112-114). (Volver)

(3) Amaneció el día 26 y aparece Rafael vestido de seglar, con una amargura inmensa; le daba vergüenza de sí mismo. Le di un abrazo y le dejé bajar las escaleras solo, pero no se tenía. Me llamó; colocó su mano sobre mi hombro y así bajó hasta el claustro, aquí le cogí del brazo y llegamos a la hospedería. Le di el último abrazo, pero tan fuertemente me apretó que no quería desprenderse, deseaba morir en mis brazos. Hasta que el Padre enfermero bajó y le arrancó de mi, conduciéndole a la ventana, para que se enjugara el rostro y pudiera presentarse sereno a su padre que en el recibidor le esperaba para llevárselo enseguida en el coche a Oviedo *(Declaraciones del P. Teófilo Sandoval, confesor del Hno. Rafael)*. (Volver)

Dios y mi alma (I) (1)

---

16 de diciembre de 1937 - jueves

Ave María.

Después de una larga temporada (casi un año) pasada en casa de mis padres, reponiéndome de un achaque de mi enfermedad, vuelvo de nuevo a la Trapa para seguir cumpliendo mi vocación, que es solamente amar a Dios, en el sacrificio y en la renuncia, sin otra regla que la obediencia ciega a su divina voluntad.

Creo **hoy** cumplirla, obedeciendo sin votos y en calidad de oblato, a los superiores de la abadía cisterciense de San Isidro de Dueñas.

Dios no me pide más que amor humilde y espíritu de sacrificio.

Ayer, al dejar mi casa y mis padres y hermanos, fue uno de los días de mi vida que más sufrí.

Es la tercera vez que por seguir a Jesús abandono todo, y yo creo que esta vez fue un milagro de Dios, pues por mis propias fuerzas es seguro que no hubiera podido venir a la enfermería de la Trapa, a pasar penalidades, hambre en el cuerpo, debido a mi enfermedad y soledad en el corazón, pues encuentro a los hombres muy lejos. Sólo Dios..., sólo Dios..., sólo Dios. Ése es mi tema..., ése es mi único pensamiento.

Sufro mucho..., María, Madre mía, ayúdame.

He venido por varios motivos:

> 1º Por creer cumplir en el monasterio, mejor mi vocación de amar a Dios en la Cruz y en el sacrificio.
> 2º Por estar España en guerra, y ayudar a combatir a mis hermanos.

3º Para aprovechar el tiempo que Dios me da de vida, y darme prisa a aprender a amar su Cruz.

A lo que solamente aspiro en el monasterio es:

1º A unificarme absolutamente y enteramente con la voluntad de Jesús.

2º A no vivir más que para amar y padecer.

3º A ser el último, menos para **obedecer.**

Que la Santísima Virgen María, tome en sus divinas manos mis resoluciones y las ponga a los pies de Jesús, es lo único que hoy desea este pobre oblato.

16-12-1937

21 de diciembre de 1937 - martes

De una cosa me tengo que convencer: Todo lo que hago es por Dios. Las alegrías El me las manda; las lágrimas, Él me las pone; el alimento por Él lo tomo, y cuando duermo por Él lo hago. Mi regla es su voluntad, y su deseo es mi ley; vivo porque a Él le place, moriré cuando quiera. Nada deseo fuera de Dios.

Que mi vida sea un "fiat" constante.

Que la Santísima Virgen María me ayude y me guíe en este breve camino de la vida sobre el mundo.

26 de diciembre de 1937 - domingo

En la vida de comunidad, mientras no aprenda a dominar todo mi «sistema nervioso", no sabré jamás lo que es aprender a mortificarme.

Pobre hermano Rafael... luchar hasta morir; he ahí su destino. Ansias de cielo por un lado, y corazón humano por otro. Total... sufrimiento y cruz.

Pobre hermano Rafael, de corazón demasiado sensible a las cosas de las criaturas... Sufres al no ver amor y caridad entre los hombres... Sufres al no ver más que egoísmo. ¿Qué esperas de lo que es miseria y barro? Pon tu ilusión en Dios y deja a la criatura..., en ella no hallarás lo que buscas.

Pero, ¿y si Dios se oculta?... Qué frío hace entonces en la Trapa. La Trapa sin Dios..., no es más que una reunión de hombres.

Son los días de Navidad y en ellos no tengo más que una enorme soledad... Una pena muy honda... Nadie en quien reposar, enfermo y débil... Ah, Señor, y muy poca fe! Dios mío, Dios mío, eres muy bueno... Tu misericordia perdonará mis olvidos..., pero es tanto, Señor, lo que sufro, que mi flaqueza sola no lo podrá resistir.

Nada veo más que mi miseria y mi alma mundana con poca fe y sin amor.

Llegaré, Señor, hasta donde Tú quieras, pero dame fuerzas, y el socorro a su debido tiempo..., mira, Señor, lo que soy.

El día de Nochebuena le entregué al Señor Jesús Niño, lo último que quedaba de mi voluntad. Le entregué hasta mis más pequeños deseos... ¿Qué me queda?... Nada. Ni aun deseos de morir. Ya no soy más que una **cosa** en posesión de Dios. Mas Señor, ¡qué pobre cosa posees!

Pobre hermano Rafael..., viniste a la Trapa a sufrir..., ¿de qué te quejas?... No me quejo, Señor, pero sufro sin virtud.

Unas lagrimillas en mi **soledad** el día de Nochebuena... Tú, Señor, que todo lo sabes y todo lo ves..., también todo lo perdonas.

Llena, Señor, mi corazón… Llénalo de **eso** que no me pueden dar los hombres.

Mi alma sueña con amores, con cariños puros y sinceros. Soy un hombre hecho para amar, pero no a las criaturas, sino a Ti, mi Dios, y a ellas en Ti... Sólo a Ti quiero amar, sólo Tú no **defraudas**. Sólo en Ti se verá la ilusión cumplida.
Dejé mi hogar... Destrocé pedazo a pedazo mi corazón... Vacié mi alma de deseos del mundo... Me abracé a tu Cruz: ¿Qué esperas, Señor? Si lo que deseas es mi soledad, mis sufrimientos y mi desolación..., tómalo todo, Señor, nada te pido.

26-12-1937

29 de diciembre de 1937 - miércoles

Una hora de oración sin un pensamiento de Dios. Apenas me di cuenta, el tiempo pasó. Sonaron las cinco en el reloj y ya llevaba una hora de rodillas… ¿Y la oración? No sé…, no la hice. Estuve pensando en mí mismo, en mis sufrimientos personales, en los recuerdos del mundo. ¿Y Jesús? Y ¿María? Nada… Sólo tengo egoísmo, poca fe y mucha soberbia… ¡Tan importante me creo! ¡Tanto me considero!
¡Pobrecillo!, polvillo insignificante a los ojos de Dios. Ya que no sepas sacar fruto de la oración, aprende a humillarte delante de Él, y así luego lo harás mejor delante de los hombres.
Señor, tened piedad de mi... Sufro, sí..., pero quisiera que mi sufrimiento no fuera tan egoísta. Quisiera, Señor, sufrir por tus dolores de la Cruz, por los olvidos de los hombres, por los pecados propios y ajenos..., por todo, mi Dios, menos por **mí**... ¿Qué importo yo en la creación?; Qué so delante de Ti?... ¿Qué representa mi vida oculta en la infinita eternidad?... Si me olvidara de mí mismo, mejor sería Señor.
No tengo nada más que un refinado amor propio, y vuelvo a repetir, mucho egoísmo.
Procuraré con la ayuda de María enmendarme. Haré el propósito de que cada vez que un recuerdo del mundo venga a turbarme, acudir a Ti, Virgen María, y rezarte una Salve por todos los que en el mundo te ofenden.
En lugar de meditar mis sufrimientos..., meditar en el agradecimiento, a amar a Dios en mis propias miserias.
Perseveraré en la oración, aunque pierda el tiempo.

29-12-1937

31 de diciembre de 1937 - viernes

Me voy dando cuenta de que la virtud más práctica para tener paz en la vida de comunidad es la humildad.
La humildad delante de Dios, nos ayuda a la confianza, pues humildad es conocimiento de sí mismo, y ¿quién que se conozca a si mismo, puede esperar algo de si?... Loco sería si no lo esperase **todo** de Dios.
La humildad llena de paz nuestro trato con los hombres. Con ella no hay discusión, no hay envidia, no hay ofensa posible... ¿Quién puede ofender a la misma nada?
Le pido encarecidamente a María, me enseñe en lo que Ella fue maestra..., humilde ante Dios y ante los hombres.

«Hágase"

31-12-1937

1 de enero de 1938 - sábado

Día 1º de enero de 1938.
En la oración de esta mañana he hecho un voto. He hecho el **voto de amar siempre a Jesús**.

Me he dado cuenta de mi vocación. No soy religioso..., no soy seglar..., no soy nada... Bendito Dios, no soy nada más que un alma enamorada de Cristo. Él no quiere más que mi amor, y lo quiere desprendido de todo y de todos.
Virgen María, ayúdame a cumplir mi voto.
Amar a Jesús, en todo, por todo y siempre... Sólo amor. Amor humilde, generoso, desprendido, mortificado, en silencio… Que mi vida no sea más que un acto de amor.
Bien veo que la voluntad de Dios, es que no haga los votos religiosos, ni seguir la Regla de san Benito. ¿He de querer yo lo que no quiere Dios?
Jesús me manda una enfermedad incurable; es su voluntad que humille mi soberbia ante las miserias de mi carne. Dios me envía la enfermedad. ¿No he de amar todo lo que Jesús me envíe?
Beso con inmenso cariño la mano bendita de Dios que da la salud cuando quiere, y la quita cuando le place.
Decía Job, que pues recibimos con alegría los bienes de Dios, ¿por qué no hemos de recibir así los males? ¿Mas acaso todo eso me impide amarle?... No..., con locura debo hacerlo.
Vida de amor, he aquí mi Regla..., mi voto... He aquí la única razón de vivir.
Empieza el año 1938. ¿Qué me prepara Dios en él? No lo sé... ¿Quizás no me importe?... Menos ofenderle me da lo mismo todo... Soy de Dios, que haga conmigo lo que quiera. Yo hoy le ofrezco un nuevo año, en el que no quiero que reine más que una vida de sacrificio, de abnegación, de desprendimiento, y guiada solamente por el amor a Jesús..., por un amor muy grande y muy puro.
Quisiera mi Señor, amarte como nadie. Quisiera pasar esta vida, tocando el suelo **solamente con los pies**. Sin detenerme a mirar tanta miseria, sin detenerme en ninguna criatura. Con el corazón abrasado en amor divino y mantenido de esperanza.
Quisiera Señor, mirar solamente al cielo, donde Tú me esperas, donde está María, donde están los santos y los ángeles, bendiciéndote por una eternidad, y pasaron por el mundo solamente amando tu ley y observando tus divinos preceptos.
¡Ah!, Señor, cuánto quisiera amarte. ¡Ayúdame, Madre mía!.
He de amar la **soledad**, pues Dios en ella me pone.
He de **obedecer** a ciegas, pues Dios es el que me ordena.
He de **mortificar** continuamente mis sentidos.
He de tener **paciencia** en la vida de comunidad.
He de ejercitarme en la **humildad**.
He de hacer todo por Dios y por María.

6 de enero de 1938 - jueves

Ave María.
Día 6 de enero.
Por la mañana de este día tuve gran consuelo y mucha paz en la santa comunión. Estuve un gran rato muy recogido; vi con claridad que **sólo Jesús** puede llenar mi alma y mi vida.
Hubiera querido ofrecer a Jesús Niño algo..., algo que no tengo. Hubiera querido morir en su presencia olvidándome de **todo**, y **solamente** amándole... ¡Qué bueno es Dios!
No habían pasado tres cuartos de hora, cuando no lo sé, ni me lo explico, una angustia muy grande llenó mi espíritu. Mi alma se derramó en lágrimas en la capilla del noviciado. ¡Señor, soy un pobre hombre!

¡Me vi tan solo!... ¿Y mi fervor?... ¿Y mis ansias de Dios y desprecio del mundo, dónde se fueron?... ¿Por qué me dejas, Señor?... ¿Qué haré yo sin Ti? Me da pena de mi mismo al verme tan débil.
Al hacer el examen por la noche, comprendí muchas cosas, que no acierto a escribir.
Dios es muy bueno conmigo.

7 de enero de 1938 - viernes

Una de mis mayores faltas es la impaciencia y algunas veces un hermano, sin darse cuenta, me pone los nervios en tal estado, sobre todo con ciertos ruidos, que saldría dando gritos si me dejara llevar del natural.
Mas he venido a la Trapa a mortificarme y a sufrir lo que el Señor quiera enviarme.
La máxima penitencia es la vida común.
Señora y Reina del cielo, concededme la gracia de ser manso. Así sea.

7-1-38

Una de mis mayores penas es el ver que estoy abrazado a la Cruz de Jesús, y que no la amo como quisiera.

31 de enero de 1938 - lunes

Dios mío..., Dios mío, enséñame a amar tu Cruz. Enséñame a amar la absoluta soledad de todo y de todos. Comprendo, Señor, que es **así** como me quieres, que es **así** de la única manera que puedes doblegar a Ti este corazón tan lleno de mundo y tan ocupado en vanidades.
Así en la soledad en que me pones, me enseñarás la vanidad de todo, me hablarás Tú solo al corazón y mi alma se regocijará en Ti.
Pero sufro mucho, Señor..., cuando la tentación aprieta y Tú te escondes... ¡cómo pesan mis angustias!...
¡Silencio pides!... Señor, silencio te ofrezco.
¡Vida oculta!... Señor, sea la Trapa mi escondrijo.
¡Sacrificio!... Señor, ¿qué te diré?, todo por Ti lo di.
¡Renuncia!... Mi voluntad es tuya, Señor.
¿Qué queréis Señor, de mi?
¡¡Amor!! ¡Ah!, Señor, eso quisiera poseer a raudales. Quisiera, Señor, amarte como nadie... Quisiera, Jesús mío, morir abrasado en amor y en ansias de Ti. ¿Qué importa mi soledad entre los hombres? Bendito Jesús, cuanto más sufra..., más te amaré. Más feliz seré, cuanto mayor sea mi dolor. Mayor será mi consuelo, tanto más carezca de él. Cuanto más solo esté, mayor será tu ayuda.
Todo lo que Tú quieras seré.
Mi vida quisiera que fuera un solo acto de amor..., un suspiro prolongado de ansias de Ti.
Quisiera que mi pobre y enferma vida, fuera una llama en la que se fueran consumiendo por amor... todos los sacrificios, todos los dolores, todas las renuncias, todas las soledades.
Quisiera que tu vida, fuera mi única Regla
Que tu "amor eucarístico" mi único alimento.
Tu evangelio mi único estudio.
Tu amor, mi única razón de vivir..
¡Quisiera dejar de vivir si vivir pudiera sin amarte!
Quisiera morir de amor, ya que sólo de amor vivir no puedo.
Quisiera, Señor…, volverme loco… Es angustioso vivir así.

¡Es tan doloroso querer amarte y no poder! Es tan triste arrastrar por el suelo del mundo la materia que es cárcel del alma que sólo suspira por Ti... ¡Ah!, Señor, morir o vivir, lo que Tú quieras…, pero por amor
Ni yo mismo sé lo que digo, ni lo que quiero... Ni sé si sufro, ni si gozo..., ni sé lo que quiero ni lo que hago.
Ampárame, Virgen María... Sé mi luz en las tinieblas que me rodean. Guíame en este camino en que ando solo, guiado solamente por mi deseo de amar entrañablemente a tu Hijo.
No me dejes, Madre mía. Ya sé que nada soy y que nada valgo. Miseria y pecados..., eso es lo único, y lo mejor, que puedo alegar para que tú atiendas mi oración.
Señora, vine a la Trapa, dejando a los hombres, y con los hombres me encuentro. Ayúdame a seguir los consejos de la Imitación de Cristo, que me dice no busque nada en las criaturas y me refugie en el Corazón de Cristo.
Nada quiero que no sea Dios..., fuera de El todo es vanidad.

31-1-38

5 de febrero de 1938 - sábado

San Isidro, 5 de febrero de 1938.
Pasan los días rápidamente y con ellos paso yo. Con el papel delante y con la pluma en la mano, no sé qué hacer... ¡Son tantas cosas las que encierra mi alma que si de todo lo que siento me pusiera a escribir, no acabaría.
Dios, en su infinita bondad, sin necesidad de palabras de hombres, me va enseñando la única ciencia que aquí a la Trapa he venido a aprender..., el desprecio del mundo y la práctica de su amor a Dios. Es a costa de mucho sufrimiento como voy aprendiendo.
Ya me voy acostumbrando a permanecer encerrado en el monasterio. Llevo dos meses sin gozar de un poco de aire y de sol... ¡Ah!, Señor, qué duro es eso para mi..., yo que gozaba en el mundo, con cantar en el campo tus maravillas y grandezas..., que mi mayor placer era abrir mucho los ojos para contemplar el mar..., que mi alma se extasiaba ante un cielo tachonado de estrellas, y mi alma te bendecía al escuchar el silencio de la tierra en una tranquila y dulce puesta de sol. Todo se acabó para mi..., el cielo, el sol y las flores. La parte humana..., que es mucha, llora, Señor, mi libertad perdida. Pero Tú vienes y me consuelas... ¿Qué no harás Tú por mi, bendito Jesús?
Ayer, a la hora del trabajo, un cielo azul espléndido rodeaba al monasterio... Un día claro de invierno reinaba en estos campos de Castilla. La obediencia me mandó a empapelar chocolate a la fábrica. Una pena muy grande tenía dentro... Me agarré a mi crucifijo y me dispuse a cumplir la obediencia, y Tú, Señor, me hiciste pensar. ¿Qué mejor flor que la penitencia?... Tenía gana de llorar, pero en comunidad no se puede.
Penitencia viniste a hacer..., ¿de qué te quejas, hermano? Si tú supieras que cada lágrima derramada por mi amor en la penitencia del claustro, es un obsequio que hace cantar de alegría a todos los ángeles del cielo.
Ánimo, Rafael, me parece que Dios me decía..., todo pasa..., y bendito Jesús, la pena se me quitaba... Ya no me importaba la belleza del día, ni de nada de la tierra... Yo sabía que Dios me ayudaba, y que Dios me bendecía, y en mi torpe trabajo para empapelar chocolate, a nadie de la tierra ni del cielo envidiaba, pues pensaba, que si los santos del cielo pudieran bajar un momento a la tierra seria para, desde aquí, aumentar la gloria de Dios, aunque no fuera más que con un Avemaría, de rodillas, en silencio..., o quién sabe, envolviendo pastillas de chocolate.

¡Qué bueno eres, Señor! ¡Cuánto me quieres!... Poco a poco voy llegando a comprender la vanidad de todo.
Cuando, después de Vísperas, me arrodillé a los pies de tu Sagrario, vi que había pasado el día, y con él, el cielo azul, el sol brillante, mis penas y mis alegrías... Todo pasó y nada queda.
Qué bien comprendo la vanidad de amar lo perecedero. Sólo lo que sufrí por tu amor al fin del día, me servirá para algo... Lo demás es tiempo perdido, y ¡ah!, Señor, entonces si que lloraremos el no haber hecho penitencia; entonces bendeciremos las pastillas envueltas en la oscuridad de la chocolatería...
¡Qué bueno eres, Señor! Dulce eres cuando consuelas..., pero tu verdadero amor nos lo muestras en las tribulaciones y en las pruebas.
No te pido **descanso** en la tierra Señor . Quiero cumplir tu voluntad hasta el fin… Enséñame como hasta ahora lo vas haciendo…, en soledad y desconsuelo, en pura fe…, en el abismo de mi nada, y… en los brazos de la Cruz.
¿Qué me falta para ser feliz? Nada, pues nada deseo.
Ya lo sabes, Señor, no te importen mis lágrimas, ni te detengan a veces mis grandes faltas de **correspondencia** a tu amor... Ya sabes lo que soy y como soy.
No me atrevo a pedirte sufrimientos y cruz, pues me parecería una soberbia presunción, para mi enorme flaqueza..., pero si me las envías, benditas sean.
Bendigo tu mano, Señor, y me entra una enorme alegría al yerme pobre, inútil, enfermo..., y a veces tengo miedo..., aún hay quien me quiere, y tengo cama..., y el santo Job, te bendecía desde un muladar, rascando sus podredumbres con una teja. ¿De qué me puedo yo quejar?... ¡Ah!, Señor, aún soy algo y aún tengo algo.
En tus manos me abandono y a los pies de la Santísima Virgen María...
¿Para qué voy a seguir escribiendo?, también esto me parece vanidad.
Que Jesús y María me perdonen. Así sea.

(1) Este cuaderno lo escribió Rafael a indicación del que había sido su director espiritual, el P. Teófilo Sandoval. (Volver)

12 de febrero de 1938 - sábado

12 de febrero de 1938.

Muchas veces he pensado que el mayor consuelo es no tener ninguno; lo he pensando y lo he experimentado.

Si el consuelo nos viene de las criaturas, el **volver** a la desolación, se hace duro y penoso. Y si el consuelo nos viene de Dios..., ¡cómo es posible luego vivir entre tanta miseria! ¡Qué cuesta arriba se hace la vida! ¡Cómo lastima el trato con los hombres! ¡Qué penoso es el tener que cuidar a este miserable cuerpo, y tener que alimentarse, dormir y sufrir mil flaquezas de la carne!

Alguna vez he sentido en mi corazón, pequeños latidos de amor a Dios... Ansias de Él y desprecio del mundo y de mi mismo.

Alguna vez he sentido el consuelo enorme e inmenso de yerme solo y abandonado en los brazos de Dios. Soledad con Dios..., nadie que no lo haya experimentado, lo puede saber, y yo no lo sé explicar. Pero sólo sé decir que es un consuelo que sólo se experimenta en el sufrir..., y en el sufrir solo.., y con Dios, está la verdadera alegría.

Es un nada desear más que sufrir. Es un ansia muy grande de vivir y morir ignorado de los hombres y del mundo entero... Es un deseo grande de todo lo que es voluntad de Dios... Es no querer nada fuera de El... Es querer y no querer... No sé, no me sé explicar..., sólo Dios me entiende, pero aunque no sé la causa, sé sus efectos.

Todo va cambiando en mi alma. Lo que antes me hacia sufrir..., ahora me es indiferente; en cambio, voy encontrando repliegues en mi corazón que estaban escondidos, y que ahora salen a la luz.

En primer lugar, lo que antes me humillaba, ahora casi me causa risa. Ya no me importa mi situación de oblato en el monasterio... Alguna vez miro con cierta envidia la cogulla, pero me alegraría si me dieran la capa de oblato y me quitaran la de novicio **(1)**. Veo que el último lugar es el mejor de todos; me alegro de no ser nada ni nadie; estoy encantado con mi enfermedad que me da motivos para padecer físicamente y moralmente. Pero lo más **general** es que me traiga sin cuidado, y no me importe nada, ni la capa, ni la cogulla..., **(2)** y el lugar veo que es lo de menos...

Mi enfermedad..., ¿qué más me da comer solo que acompañado, lentejas que patatas, padecer hambre o sed, vivir hacia la derecha o hacia la izquierda?

Todo me es igual. Sólo quiero amar a Dios y cumplir su voluntad...¿Qué hay fuera de eso? Vanidad..., aire..., deseos pueriles de hombre.

Antes sufría al yerme solo. Bendita soledad, Señor, en que me pones... No quiero que me hable ninguna criatura. ¿Qué me pueden decir que Tú desde tu Cruz, no me enseñes?

Cuando tengo una duda, o algo en que estoy incierto, cuando me aprieta una tentación o me dejo llevar de alguna flaqueza..., procuro hacer un acto de humildad a los pies de tu Cruz, y besando tu divina sangre que escurre de las llagas de tus pies por el madero..., pedirte protección, ayuda y consejo..., lo que Tú me inspiras en aquel momento, eso hago.

Bendita soledad en la que **Tú sólo** recoges mis penas. En la que **Tú sólo** recibes mis lágrimas, y para **quien sólo** son mis fervores, mis ansias de tu amor, mis deseos de padecer una partecica de tu cruz.

Ya no me quejo de nada, Señor... Sólo quiero hacer tu voluntad y creo, Señor, en la obediencia humilde, cumplirla.

Sólo pretendo vivir una vida muy sencilla, sin cosas extraordinarias..., muy oculto a los hombres mi amor por Ti...

Vivir mi vida de enfermo en la Trapa con la sonrisa en los labios... Hacer con sencillez lo que me manden. Obedecer con prontitud..., y esconder a todos, el pequeño volcán de mi corazón, que quisiera morir abrazado a la Cruz de Jesús..., mis deseos a veces de penitencias que no puedo cumplir...

Quisiera dormir en la escalera... Quisiera comer debajo de la mesa del Padre Abad. Quisiera andar vestido de un saco y una cuerda.. Quisiera, Señor, enmudecer por Ti toda la vida... Y quisiera a veces hacerme el loco y salir dando gritos por los claustros del monasterio..., arrastrarme a los pies de todos los religiosos... No sé, Señor, lo que yo haría si me dejaran..., a lo mejor nada.

¡Ah!, ¿quién piensa en blancas cogullas..., cuando veo a mi Jesús **desnudo** en una Cruz?... ¿Quién piensa en ser apreciado de los hombres, cuando veo a mi Jesús olvidado de sus amigos y despreciado y escupido en la calle de la amargura?...

¿Quién piensa en tener prudencia, cuando vemos a Jesús con una capa y un cetro de **loco**?... Señor, Señor, yo quisiera ser ese loco..., y recibir las risas y las burlas que Tú recibiste...

Quisiera, Señor, ser ese loco... No sé lo que digo..., pobre oblato trapense, cuya vida quieres Tú que se deslice en silencio, en oscuridad..., en sencillez... Sea, Señor, cumplida tu voluntad.

¡Pero no tardes, Señor! Mira que tu siervo Rafael tiene prisa de estar contigo..., de ver a María, tu Santísima Madre..., de cantar tus alabanzas con los santos y con los ángeles... ¡Ah!, Señor, ¿cuándo tendré que dejar de comer..., de dormir..., y de tratar con todos?

¡Qué hermosa profesión voy a hacer el día de mi muerte!... ¡Votos eternos de amor!... para siempre..., siempre... ¿Quién piensa en la tierra y en los hombres? Todo es perecedero, pequeño y deleznable... Sólo Dios... Todo lo externo es vanidad... Sólo Dios... El tiempo y el hombre pasan... Sólo Dios.

Sólo Dios... Sólo Dios... Sólo Dios... sea mi vida, y María mi buena Madre, me ayude a caminar en este valle de miserias. Así sea.

Domingo de Septuagésima

13 de febrero de 1938

Bendito Jesús, ¿cómo expresarte, ¡oh Señor!, la gran ternura que mi alma siente ante la dulzura de tu amor?

¿Qué he hecho yo, Dios mío, para que así me trates? Tan pronto se inunda mi alma de profunda amargura, como se llena de regocijante alegría, al pensar en Ti y en lo que Tú me prometes al final de la jornada.

¿Que he hecho yo, Señor?

Hoy en la santa comunión he sentido el consuelo de yerme cerca de Ti, cuando todo parece que me abandona. He querido, Señor, clavar en tu Corazón esas palabras que digo todos los días: "No permitas, Señor, que me aparte de Ti".

Abrazado a tu Cruz, entré en el capítulo... A los pies de tu Cruz tomé el alimento que necesita mi débil naturaleza... A los pies de tu ensangrentada Cruz, hallo el consuelo de escribir estas líneas... «No permitas que me aparte de ti".

Esté siempre, Señor, a la sombra del duro madero. Ponga allí, a tus pies, mi celda, mi lecho... Tenga yo, Señor, allí mis delicias, mis descansos en el sufrir... Riegue el suelo del Calvario con mis lágrimas... Allí a los pies de la Cruz, tenga mi oración, mis exámenes de conciencia... "No permitas, Señor, que me aparte de Ti".

Qué alegría tan grande es poder vivir al pie de la Cruz. Allí encuentro a María a san Juan y a todos tus amadores. Allí no hay dolor, pues al ver el tuyo Señor ¿quién se atreve a sufrir?

Allí todo se olvida, no hay deseo de gozar, ni nadie piensa en penar... Al ver tus llagas Señor sólo un pensamiento domina al alma... Amor..., sí, amor para enjugar tu sudor, amor para endulzar tus heridas, amor para aliviar tanto y tan inmenso dolor.

No permitas, Señor, que de Ti me aparte.

Déjame vivir al pie de la Cruz sin pensar en mi, sin nada querer ni desear, más que mirar enloquecido la sangre divina que inunda la tierra...

Déjame, Señor, llorar, pero llorar de ver lo poco que puedo hacer por Ti, lo mucho que te he ofendido estando lejos de tu Cruz... Déjame llorar el olvido en que te tienen los hombres, aun los buenos...

Déjame, Señor. vivir al pié de tu Cruz ,de día, de noche, en el trabajo, en el descanso, en la oración, en el estudio, en el comer, en el dormir.... siempre.... siempre.

Qué lejos veo el mundo, cuando pienso en la Cruz. Qué corto se me hace el día cuando lo paso con Jesús en el Calvario. Qué dulce y tranquilo es el sufrimiento pasado en compañía de Jesús crucificado.

Llevo muy poco tiempo desde que conocí la dulzura de los caminos de Cristo, pero es en la Cruz donde siempre he hallado consuelo. Es en la Cruz donde he aprendido lo poco que sé... Es en la Cruz donde he hecho siempre mi oración y mis meditaciones... En realidad no sé otro sitio mejor, ni acierto a encontrarlo..., pues quieto

Por eso, Señor, al ver la divina escuela de tu Cruz; al ver que es en el Calvario, acompañando a María, donde únicamente puedo aprender a ser mejor, a quererte, a olvidarme y despreciarme, "no permitas que me aparte de Ti".

Qué bueno es Dios conmigo. Eso sí que no lo sé expresar. Me saca **a la fuerza** del mundo. Me envía una cruz y me acerca a la suya..., y así, sólo esperar; esperar con fe, con amor; esperar abrazado a su Cruz.

¡Ah!, la locura de la Cruz, ¡quién la tuviera! ¡Ah!, si el mundo supiera el tesoro de la Cruz, cómo cambiarían los hombres.

¡Ah!, si Dios no permitiera que yo le ofendiera!, y siempre lo hago cuando de su Cruz me aparto..., qué feliz seria yo entonces.

Por eso, Señor, agarrado a ella con todas mis fuerzas, juntando mis lágrimas a tu sangre y gritando con gemidos y aullidos..., queriendo volverme loco..., loco por tu santísima Cruz..., óyeme, ¡oh Señor!, atiéndeme y no desprecies mis súplicas... Limpia con el agua de tu costado mis pecados enormes, mis faltas, mis ingratitudes; llena mi corazón con tu sangre divina, y sosiega mi alma que no cesa de clamar: "Déjame, Señor, vivir junto a tu Cruz, y no permitas que de ella me aparte".

¡Virgen María, Madre de los Dolores!, cuando mires a tu Hijo ensangrentado en el Calvario, déjame a mi que humildemente recoja tu inmenso dolor, y déjame que, aunque indigno, enjugue tus lágrimas.

18 de febrero de 1938 - viernes

Día 18 de febrero de 1938.

Por suerte... ¡oh Señor!, no solamente mi espíritu padece. Hasta que no vine a la Trapa no sabia lo que era **llorar** de hambre **(3)**. Mi enfermedad es una mina inagotable de sufrimientos físicos y morales... Bendita sea tu mano, o buen Jesús..., yo te la beso y la adoro, lo mismo cuando con ella me azotas, que cuando me acaricias... Bendita sea tu voluntad...

Lágrimas de hambre..., ¿quién me lo había de decir? Y, sin embargo, ésa es la realidad. ¡Cuánto sufro, oh Señor! Tú lo sabes... Cuántos días salgo con los ojos húmedos del refectorio, y a los pies de tu Cruz bendita, coloco mi penitencia..., ese hambre que mi enfermedad produce, y que aquí en la Trapa puedo decir que hay muy pocos momentos en que se vea saciada.

Recuerdo la primera Cuaresma que pasé siendo novicio. Qué alegría el verme ayunando en medio de la comunidad. ¿Dónde estaba mi penitencia?... ¿Dónde estaba el pan de lágrimas que es el agradable a Jesús?

Yo no tenía entonces más que una **vana satisfacción** al ver la pobreza de mi alimento... Quizás algún día me acordara de lo que dejé..., pero no pasé hambre como ahora, en que mi vida es y será una Cuaresma continua **(4)**..., en medio de mi soledad en la enfermería.

Cuando después de comer me levante de la mesa y como hombre carnal, miserable y material, vaya a llorar los sufrimientos de mi enfermedad a los pies del Sagrario..., ¡ah!, si fuera ángel no lloraría, pero soy hombre..., y hombre como hay pocos, Dios lo sabe.

Señor, ayúdame..., atiéndeme en la tentación; no me dejes, Señor, pues yo solo ¿qué podré hacer?... ¿A dónde iré con mi dolor? ¿Quién atenderá mis quejidos?...

Sufro, Señor, Tú lo sabes... ¿Hasta cuándo prolongarás esta vida mía, inútil para Ti, y para todos, pues aunque en momentos de generosidad deseo sufrir por el mundo entero, y me ofrezco a Ti, para lo que Tú quieras..., son tan pocos los momentos en que pienso así..., es tanta la sensualidad de mi carne, y la flaqueza de mi espíritu, que ya ves, Señor... cuantas veces desfallezco.

Nada soy, y nada valgo... ¿Qué se puede esperar del lodo, del barro miserable..., débil y enfermo?

Señor..., Señor, no tardes... Ayúdame; mira que mis pies vacilan si me veo solo... Mira que no sé hasta dónde llegaré y quisiera, Señor, llegar al fin, pero al ver mis pies ensangrentados, y con tanto dolor... ¿resistiré?... No me dejes, buen Jesús... Ampárame, Virgen María.

¡No sé para qué escribo esto!... No sé para qué! ¿Quién ha de leer mis flaquezas y miserias?... No lo sé, ni me importa, pero es un consuelo para mi, ya que con nadie me comunico, llenar pliegos de papel y escribir como si al mismo Jesús escribiera... Quizás me sirva esto de oración y Él me oiga.

Dulce soledad, que hace arrimarse el alma a Jesús y a sólo El buscar.

Dulce penitencia ignorada de los hombres, y que hace llorar en silencio y sin que nadie más que Jesús se entere.

Feliz, mil veces feliz soy, cuando a los pies de la Cruz de Cristo, a Él y sólo a Él, le cuento mis cuitas, le ofrezco mis alegrías profundas de yerme querido de Él, le entrego otras veces mi alma apenada y dolorida al verse tan sola en la tribulación, riego el pie del madero con las lágrimas de mi penitencia..., y canto y lloro, y... no sé más que pedirle amor..., amor para esperar..., amor para sufrir, amor para gozar..., y hay momentos en que nada del mundo me importa, ni los hombres, ni las bestias, ni las tinieblas, ni el sol...

Hay momentos en los cuales hasta el hambre se me olvida... Quisiera morir abrazado a la Cruz de Jesús, besando sus llagas, ahogándome en su sangre divina, olvidado de todos y de todo.

Feliz, mil veces feliz soy, aunque en mi flaqueza me queje algunas veces.

Nada deseo, nada quiero, sólo cumplir mansamente y humildemente la voluntad de Dios. Morir algún día abrazado a su Cruz y subir hasta Él en brazos de la Santísima Virgen María. Así sea.

23 de febrero de 1938 - miércoles

23 de febrero de 1938.

¡Señor Jesús! Tú que eres el único que en este destierro entre los hombres me consuelas; el único en quien descansa mi alma; el único que me enseña y guía, sé, Señor, también, el sostén y el apoyo en mis flaquezas y tentaciones.

¿Qué vine yo aquí a buscar? ¿Acaso a los hombres? No, Dios mío..., no... sólo a Ti y a tu Cruz deseo... Pero (siempre el "pero"), yo también soy hombre, sujeto a mudanzas y con un corazón vano y caprichoso... Yo, Señor, vine buscándote a Ti... **mas he de vivir entre criaturas**, ¡qué gran cruz es ésa!... queriéndote a Ti y suspirando por Ti..., he de vivir aún entre hombres. He de ver a cada paso en la tierra, o una miseria o una flaqueza o un dolor... ¡Qué duro se hace, Señor, vivir en la tierra!

Hubo un tiempo en que busqué al hombre..., busqué su consuelo..., busqué a Dios en la criatura... Vana ilusión... Cuánto me ha hecho sufrir.

Ya no espero nada de los hombres... ¿Qué me pueden dar?... Sólo Tú, Señor, eres mi única esperanza.

¿Dónde están los que te aman, Dios mío? Vine engañado al monasterio. La realidad me ha abierto los ojos... En mis luchas, Señor, me sostuviste... (aún no he dejado de luchar)... En la desilusión de mi vida, pude tirar por otro camino, el mundo, mas la misericordia de Dios me sostuvo y me sostiene... ¡¡Y qué obra de Jesús tan maravillosa!! Mi alma se ensancha y goza al ver perdida la ilusión, y se extasía al ver que **sólo Dios puede llenar mi vida**.

Solo en la Trapa, desprendiendo mi corazón poco a poco de todo, voy viviendo mi soledad con Dios. ¡Qué felicidad!... pero cuántas lágrimas cuesta. Qué dura se hace a veces la tentación.

El otro día **vi** y **entendí** algo que me llenó el alma de turbación... ¿Cómo es posible, Dios mío? Soy hombre y sufrí... ¿cómo no?... No sabia qué hacer si llorar o tirarme a las paredes... No podía estudiar, ni rezar, ni pensar en otra cosa... Dios mío, Dios mío ¿dónde están los que te aman?... ¿Cómo es posible vivir entre los hombres?... Señor, ten compasión de mi, yo soy el más miserable... No sé..., es algo que para entenderlo, hay que pasar por ello.

En mis pasos excitado por el noviciado, sin ya saber qué hacer..., me asomé a una ventana, en contra de mi costumbre y de mi reglamento que me lo prohíbe.

Empezaba a salir el sol. Una paz muy grande reinaba en la naturaleza... Todo empezaba a despertar..., la tierra, el cielo, los pájaros... Todo poco a poco, despertaba dulcemente al mandato de Dios... Todo obedecía a sus divinas leyes, sin quejas, y sin sobresaltos, mansamente, dulcemente, tanto la luz como las tinieblas, tanto el cielo azul como la tierra dura cubierta del rocío del amanecer... Qué bueno es Dios, pensé... En todo hay paz menos en el corazón humano.

Y suavemente, dulcemente, también Dios me enseñó por medio de esta dulce y tranquila madrugada, a obedecer...

Una paz muy grande llenó mi alma... Pensé que sólo Dios es bueno; que todo por Él está ordenado... Que qué me importa lo que hagan y digan los hombres... Para mí no debe haber en el mundo más que una cosa... Dios..., Dios que lo va ordenando todo para mi bien...

Dios, que hace salir cada mañana el sol, que deshace la escarcha, que hace cantar a los pájaros y va cambiando en mil suaves colores, las nubes del cielo...

Dios que me ofrece un rincón en la tierra para orar: que me da un rincón donde poder esperar lo que espero.. Dios tan bueno conmigo, que en el silencio me habla al corazón y me va enseñando poco a poco, quizás con lágrimas siempre con cruz, a desprenderlo de las criaturas, a no buscar la perfección más que en Él… a mostrarme a María y decirme: He aquí la única criatura perfecta... En Ella encontrarás el amor y la caridad que no encuentras en los hombres.

¿De qué te quejas, hermano Rafael?

Ámame a Mi, sufre conmigo, soy Jesús.

¡Ah!, Virgen María..., he aquí la gran misericordia de Dios... He aquí cómo Dios va obrando en mi alma, a veces en la desolación, a veces en el consuelo, pero siempre para enseñarme que sólo en Él tengo que poner mi corazón, que sólo en Él he de vivir, que sólo a Él he de amar, de querer, esperar..., en pura fe, sin consuelo ni ayuda de humana criatura.

Qué felicidad, Madre mía... Cuánto le tengo que agradecer a Dios... ¡Qué bueno es Jesús!

Cuando dejé de mirar el cielo desde la ventana del noviciado..., pensé: el Señor saca bienes de los males. Si alguien me hubiera visto, habría pensado..., un novicio que pierde el tiempo.

¿Acaso es perder el tiempo adorar entrañablemente a Dios?... Pasó la tentación, la turbación, y con ella, dejé de pensar en lo que había oído, y haciendo un acto de unión con la voluntad divina, cosa que hago siempre que me acuerdo, bajé a la iglesia a oír la santa Misa, y desde allí, a los pies del Sagrario, elevé mi corazón a Dios y a la Santísima Madre María, y se lo ofrecí, para que Él lo **siguiera limpiando**, y haciendo con él lo que quisiera.

¡Qué grande es la misericordia de Dios! Qué bien comprendo aquellas palabras (no recuerdo de dónde) que dicen: "Le llevó a la soledad, y allí le habló al corazón" **(5)**.

Sólo Tú, Dios mío, sólo Tú.

Cuanto más me he acercado a las criaturas, más me he visto lejos de ellas, y cuanto más lejos estoy del hombre, más cercano estoy a Dios.

26 de febrero de 1938 - sábado

Bendito sea el Señor. Gran paz proporciona a mi alma, cualquier insinuación que Él me manifieste, después de una tentación o de una prueba.

Un buen pensamiento; una palabra leída al azar en un libro..., una frase del evangelio, basta para deshacer mis tinieblas y llenar mi alma de luz... Bendito sea Dios..., mil y mil veces bendito por su siervo Rafael, que no sabe cómo agradecer tanto beneficio, y sólo quisiera abismarse en su nada para glorificar la grandeza del Señor.

Mi vida es una continua mudanza de desolaciones y de consuelos. Aquéllas son tristezas y penas, a veces muy hondas..., pensamientos que me turban, tentaciones que me hacen sufrir.

Los consuelos son lo mismo, pero al revés..., alegrías interiores desconocidas, ansias de padecer y amor a la Cruz de Jesús, que llenan mi alma de paz y sosiego en medio de mi soledad y mis dolores, que no cambiaría por nada del mundo.

He aquí un ejemplo reciente.

El otro día todo lo veía **negro**; mi vida oscura y **encerrada** en la enfermería, sin sol, sin luz, sin nada que la ayudara a soportar la carga que Dios ha echado encima de mi... Enfermedad, silencio, abandono..., no sé, mi alma sufría mucho; el recuerdo del mundo, la libertad..., me abrumaba... Mis pensamientos eran tristes, lóbregos. Me veía sin amor a Dios, olvidado de los hombres, sin fe y sin luz.

Me pesaba el hábito... Tenía frío y sueño... No sé, todo se juntaba. La oscuridad de la iglesia me entristecía... Miraba al Sagrario, y nada me decía. Me veía **muerto en vida**, me veía encerrado en el monasterio, como **el muerto en el sepulcro**..., peor que en el sepulcro pues en éste por lo menos se descansa... En fin, estos eran mis pensamientos el otro día antes de recibir al Señor en la comunión.

La idea de que estaba **sepultado en vida**, me obsesionaba, me enloquecía... El demonio se empeñaba en hacerme padecer con el recuerdo del mundo, de la luz, de la libertad..., y me insinuaba la alegría de vivir.

Los monjes me parecían almas en pena, que también eran **muertos vivos**, que sufrían el encierro del sepulcro...

Bueno, no sé explicarme..., hubiera querido en aquellos momentos morir de veras..., **pero por no sufrir**... Vi después era tentación.

Con el alma en este estado me acerqué a recibir al Señor. Acababa de ponerme de rodillas, con deseos de pedirle a Jesús sosiego para mi espíritu, cuando **sentí** un fervor muy grande, y un amor inmenso a Jesús, y un olvido absoluto de todos mis anteriores pensamientos, al recordar unas palabras que **yo creo** que Jesús me inspiró en aquel momento, y que me decían: "Yo soy la Resurrección y la Vida".

¡Para qué expresar lo que mi alma se consoló! Casi lloraba de alegría, al verme a los pies de Jesús, **enterrado en vida**. Mis manos apretaban el crucifijo, y mi corazón hubiera querido morir, pero ahora **por amor a Jesús**, por amor a la verdadera vida, a la verdadera libertad... Hubiera querido morir de rodillas abrazado a la Cruz, amando la voluntad de Dios..., amando mi enfermedad, mi encierro, mi silencio, mi oscuridad, mi soledad. Amando mis dolores, que en un momento de luz..., y con una chispita de amor de Dios, tan pronto se olvidan.

¡Qué pequeño me parecía todo!..., el mundo con todas sus criaturas..., qué insignificante mi vida con tantos y tan pueriles cuidados... Qué insignificantes los intereses humanos..., el monasterio qué pequeño con sus monjes... En fin, cómo desaparecía todo, ante la inmensa bondad de un Dios que se abate hasta mi, para decirme: ¿por qué sufres?... Yo soy la salud..., Yo soy la Vida... ¿Qué buscas aquí?

¡Ah!, buen Jesús..., ¡si los hombres supieran lo que es amarte en la Cruz!... ¡Si los hombres sospecharan lo que es renunciar a todo por Ti!

Cuánta alegría, vivir sin voluntad.

Qué tesoro tan grande es, el no ser nada, ni nadie..., el último... Qué tesoro tan grande es la Cruz de Jesús, y qué bien se vive abrazado a ella; nadie lo puede sospechar.

Haz conmigo lo que quieras buen Jesús... Envíame la consolación cuando la necesite, y no te importen mis desconsuelos y mis desolaciones; en ellos tengo mi dicha, mi amor, mis..., no sé qué digo... Señor, quisiera amar con locura tu Cruz..., no permitas que de ella me aparte.

He aquí mi vida de oblato cisterciense..., sufrir, padecer y amar con frenesí **todo** lo que Dios en su infinita bondad quiera enviarme... Él es el que lo hace, y si Él me envía el consuelo, Él también me envía el dolor... ¿Cómo no amar al que todo lo hace por nuestra salud?

¿Cómo no volverse loco de alegría al ver que es Dios quien nos envía la cruz? ¿Cómo no adorar hasta morir, a esa bendita cruz, que es nuestra única salud, resurrección y vida?

No sé..., si sigo escribiendo me pierdo. Sólo puedo decir que en el amor a la Cruz de Cristo, he encontrado la verdadera felicidad y soy feliz, absolutamente feliz, como nadie puede sospechar, cuando me abrazo a la ensangrentada Cruz y veo que Jesús me quiere, y que María también me quiere, a pesar de mis miserias, de mis negligencias, de mis pecados. Pero yo no tengo importancia..., sólo Dios

26-febrero de 1938

27 de febrero de 1938 - domingo

Día 27 de febrero de 1938.

Domingo de Quincuagésima.

Hoy le he ofrecido al Señor lo único que me quedaba... la vida. He puesto a sus pies para que Él la acepte y la emplee en lo que quiera y la tome cuando quiera, y para lo que quiera..., mi vida.

Cuando abandoné mi casa, abandoné de **propio** intento, una serie de cuidados que requiere mi enfermedad, y vine a abrazar un estado, en el cual es imposible cuidar una enfermedad tan delicada. Sabia perfectamente a lo que venia.

Sin embargo... algunas veces, ¡pobre hermano Rafael!, sin tú darte cuenta, sufrías, el verte privado de muchas cosas necesarias..., sufrías verte privado de la libertad de dar a las flaquezas de tu enfermedad los remedios de que allí en el mundo no carecías.

Te abrazaste desde un principio a la Cruz de Cristo, pero en algún momento desfallecías.

Otras veces, al ver que tu vida aquí en la Trapa, la **acortabas a sabiendas**, al ver que por **voluntad de Dios** (y no de los hombres), sentías más el peso de la enfermedad incurable, aquí que en el mundo, donde **todo** está a tu servicio, también sufrías.

Otras veces, sufrías solamente por ver tu vida enferma, y para siempre **sin un alivio**.

Pues todo eso se acabó.

Al Señor esta mañana, le he ofrecido mi vida. Ésta ya no es mía... Que Él la cuide si quiere, que yo ya no pienso preocuparme. Sí, ocuparme, porque Él me la presta, pero... nada más.

Si Él quiere me enviará los remedios necesarios. Si Él no quiere, pasaré tan contento sin ellos. No me preocuparé en absoluto del estado de la salud... Tomaré lo que me den, haré lo que me manden, obedeceré en todo.

Trataré a mi cuerpo como si fuera de otro. Buscaré solamente la voluntad de Dios. Amaré sus deseos y haré de ellos mi única ley. Si El quiere mi vida larga y penosa... sea. Si Él la quiere tomar esta noche..., sea. Lo mismo hoy que mañana, que dentro de mil años, mi vida es suya, mi cuerpo es suyo, mi salud, buena o mala es suya. Que Él sea el **responsable** de lo que me suceda.

Le he pedido a la Virgen María interceda delante de Jesús, para que acepte mi oblación. ¡Qué alegría tan grande si Dios la aceptara! ¡Qué alegría seria morir por Jesús..., y que Él ofreciera mi vida al Eterno Padre, en reparación de los pecados del mundo; de las guerras; de los pueblos infieles; por los sacerdotes; por el Papa y por la Iglesia!

No me importa sufrir y padecer, si Jesús acepta mi oblación. Ya le he dado el corazón..., le he dado mi voluntad... Ahora le doy mi vida. Ya nada me queda más que morir cuando Él quiera.

Cúmplase su voluntad y no la mía.

¡Qué contento estoy al no tener ya nada! Al no tener que andar caviloso sobre si esto me sienta bien , esto mal; sobre si la medicación o el régimen, o lo que sea... Hago lo que me **manden**, y no me ocuparé de más.

Que el Señor **cuide** mi enfermedad como quiera. Y cuantos menos cuidados me envíe, y en más necesidades me ponga..., mejor.

A veces, Señor, quisiera morir en la indigencia, abandonado de todos en la calle o en un hospital público... Morir de necesidad, pero creo que eso es una tentación... No sé, en tus manos estoy y a las de la Virgen María me encomiendo.

He visto y comprobado, que estoy más fervoroso y más cerca de Dios, cuanta más **hambre** tengo y más se me doblan las piernas.

Me **ayudan** mucho las lágrimas que derramo algunos días después de la colación en el coro.

En esos momentos, sufro mucho física y moralmente, pero luego bendigo entrañablemente a Dios.

Verdaderamente, no soy mas que miseria, tanto me mire por dentro como por fuera. Cuando llega la noche y veo el cansancio de mi cuerpo, la pobre necesidad de la materia, la pequeñez y ruindad de mi cuerpo, y además, veo la puerilidad y futilidad de los motivos por los cuales mi espíritu estuvo turbado durante el día, las insignificantes razones que tuve para sufrir, y la pequeñez del mundo entero, aunque éste me aplastara... Cuando veo **todo eso** y pongo a su lado la santísima Cruz de Jesús... ¿quién se atreve a pensar en si mismo y a decir que sufre?

¡Oh!... egoísmo humano..., lloras por una manzana, te acongojas con los dichos de un hermano..., te turbas con el recuerdo de un día de sol en el mundo... y sufres por lo que es aire y vanidad.

¡Oh, miseria del hombre! ¡Qué poco miras a Cristo crucificado!... ¡Qué poco sufres y lloras por Él!...

Humilla tu cara en el polvo, hermano Rafael, y deja ya de pensar en nada que sea barro, que sea criatura, que sea mundo, que seas tú... Llena tu alma del amor de Cristo; besa sus llagas; abrázate a su Cruz; sueña y piensa y duerme en El... ¡Qué bien se descansa a los pies del dulce Madero! ¿Qué bien se duerme agarrado al crucifijo!

¡Qué bueno es Dios!

---

(1) A pesar de que el hermano Rafael no era novicio canónicamente, sino simple oblato, usaba capa hasta los pies y no manto hasta las rodillas, como le correspondía. (Volver)

(2) Según define el *Libro de Usos*, "La cogulla baja por delante hasta cinco centímetros del suelo y un poco más por detrás; está cerrada por todos los lados y cosida por debajo de las

mangas. Su anchura por debajo de los brazos es de un metro y cuarenta centímetros, poco más o menos; la capucha tiene treinta centímetros de profundidad y las mangas un metro de circunferencia en toda su longitud, las cuales bajan unos doce centímetros, al menos, más abajo de las rodillas..." (Volver)

(3) La diabetes le producía un hambre terrible. (Volver)

(4) *"El mal avanzaba y Fray María Rafael lo comprendía, acentuándose más y más cada día su amor a Dios, su fe inquebrantable en el bien que le esperaba, y su vehemente deseo de morir... ¡Y Dios le quería tanto que el sufrimiento fue para él el constante compañero de su vida que ya no abandona nunca"* (VIDA Y ESCRITOS, pp. 461 y 405). (Volver)

(5) Oseas 2, 14. (Volver)

4 de marzo de 1938 - viernes

4 de marzo de 1938.

Bendita sea la siempre la adorable y tranquila Santísima Trinidad.

Cojo hoy en nombre de Dios la pluma, para que mis palabras al estamparse en el blanco papel sirvan de perpetua alabanza al Dios bendito, autor de mi vida, de mi alma y de mi corazón.

Quisiera que el universo entero, con todos los planetas, los astros todos y los innumerables sistemas siderales, fueran una inmensa superficie tersa donde poder escribir el nombre de Dios.

Quisiera que mi voz fuera más potente que mil truenos, y más fuerte que el ímpetu del mar, y más terrible que el fragor de los volcanes, para sólo decir, Dios.

Quisiera que mi corazón fuera tan grande como el cielo, puro como el de los ángeles, sencillo como la paloma, para en él tener a Dios.

Mas ya que toda esa grandeza soñada no se puede ver realizada, conténtate, hermano Rafael, con lo poco, y tú que no eres nada, la misma nada te debe bastar.

¡Qué hipocresía decir que nada tiene..., el que tiene a Dios! ¡Sí!, ¿por qué callarlo?... ¿Por qué ocultarlo? ¿Por qué no gritar al mundo entero, y publicar a los cuatro vientos, las maravillas de Dios?

¿Por qué no decir a las gentes, y a todo el que quiera oírlo?... ¿Ves lo que soy?... ¿Veis lo que fui? ¿Veis mi miseria arrastrada por el fango?... Pues no importa, maravillaos, **a pesar de todo**, yo tengo a Dios..., Dios es mi amigo..., que se hunda el sol, y se seque el mar de asombro..., Dios **a mí** me quiere tan entrañablemente, que si el mundo entero lo comprendiera, se volverían locas todas las criaturas y rugirían de estupor.

Más aún... todo eso es poco.

Dios me quiere tanto que los mismos ángeles no lo comprenden.

¡Qué grande es la misericordia de Dios! ¡Quererme a mí..., ser mi amigo..., mi hermano..., mi padre, mi maestro..., ser Dios y ser yo lo que soy!

¡Ah!, Jesús mío, no tengo papel ni pluma. ¡Qué diré!... ¿Cómo no enloquecer?... ¿Cómo es posible vivir, comer, dormir, hablar y tratar con todos? ¿Cómo es posible que aún tenga serenidad para pensar en algo que el mundo llama razonable, yo que pierdo la razón pensando en Ti?

¡Cómo es posible, Señor!... Ya lo sé, Tú me lo has explicado..., es por el milagro de la gracia.

Si el mundo que busca a Dios..., supiera. Si supieran esos **sabios** que buscan a Dios en la ciencia, y en las eternas discusiones... Si supieran los hombres dónde se encuentra Dios..., cuántas guerras se impedirían..., cuánta paz habría en el mundo, cuántas almas se salvarían.

Insensatos y necios, que buscáis a Dios donde no está.

Escuchad, y... asombraos. Dios está en el corazón del hombre... yo lo sé. Pero mirad, Dios vive en el corazón del hombre, cuando este corazón vive desprendido de todo lo que no es El. Cuando este corazón se da cuenta de que Dios llama a sus puertas, y barriendo y limpiando todos sus aposentos, se dispone a recibir al **Único que llena de veras**.

Qué dulce es vivir así, sólo con Dios dentro del corazón. Qué suavidad tan grande es verse lleno de Dios. Qué fácil debe ser morir así.

Qué poco cuesta..., mejor dicho, nada cuesta, hacer lo que Él quiere, pues se ama su voluntad, y aun el dolor y el sufrimiento, es paz, pues se sufre por amor.

Sólo Dios llena el alma..., y la llena toda.

No hay criaturas, no hay mundo, no hay nada que la turbe... Sólo el pensar en ofenderle y en perderlo, la hace sufrir...

Que vengan los **sabios** preguntando dónde está Dios. Dios está donde el sabio con la ciencia soberbia no puede llegar... Dios está en el corazón desprendido…, en el silencio de la oración, en el sacrificio voluntario al dolor, en el vacío del mundo y sus criaturas...

Dios está en la Cruz, y mientras no amemos la Cruz, no le veremos, no le sentiremos...

Callen los hombres, que no hacen más que meter ruido.

¡Ah!, Señor, qué feliz soy en mi retiro... Cuánto te amo en mi soledad... Cuánto quisiera ofrecerte que no tengo, pues ya te lo he dado **todo**... Pídeme, Señor..., mas ¿qué he de darte?

¿Mi cuerpo?, ya lo tienes; es tuyo. ¿Mi alma?... Señor, ¿en quién suspira sino en Ti, para que de una vez la acabes de tomar? ¿Mí corazón? está a los pies de María, llorando de amor..., sin ya nada querer, más que a Ti.

¿Mi voluntad? ¿acaso, Señor, deseo lo que Tú no deseas? Dímelo... dime, Señor, cuál es tu voluntad, y pondré la mía a tu lado... Amo todo lo que Tú me envíes y me mandes, tanto salud como enfermedad, tanto estar aquí como allí, tanto ser una cosa como otra.

¿Mi vida? tómala, Señor Dios mío, cuando Tú quieras.

¡Cómo no ser feliz así!

Si el mundo y los hombres supieran. Pero no sabrán; están muy ocupados en sus intereses; tienen el corazón muy lleno de **cosas que no son Dios**. Vive el mundo muy para un fin terreno; sueñan los hombres con esta vida, en que todo es vanidad, y así..., no se puede encontrar la verdadera felicidad que es el amor a Dios. Quizás se llegue a comprender, pero para sentirla hay que vivirla, y muy pocos se renuncian a si mismos y toman su cruz..., aun entre los religiosos...

Señor..., qué cosas permites..., tu sabiduría sabrá; tenme a mi de la mano y no permitas que mi pie resbale, pues si Tú no lo haces..., ¿quién me ayudará? ¿Y si Tú no edificas?.

¡Ah!, Señor, cuánto te quiero. ¡Hasta cuándo, Señor!

Virgen María, dile a Jesús que quisiera volverme loco y hacer locuras por su amor; dile que... me perdone... El lo hará, bendita Madre, si tú se lo dices. Así sea.

7 de marzo de 1938 - lunes

7 de marzo de 1938.

Con qué facilidad juzga el mundo, y con cuánta facilidad también se equívoca. Para mi familia es la cosa más natural que yo esté en la Trapa.

Mis hermanos, llevados del cariño, desean mi felicidad. Han visto, mientras he estado en el mundo, mis deseos de vivir y morir trapense... Ahora que ya vivo en el monasterio, dicen..., que Dios te ayude, por fin vives en tu centro, ojalá no tengas que volver a salir..., eres feliz en el convento, el mundo no es para ti.

Estas y otras razones se hace mi familia.

Es natural..., **ignoran** mi vocación.

Si el mundo supiera el martirio continuo que es mi vida... Si mi familia supiera que **mi centro** no es la Trapa, ni el mundo, ni ninguna criatura, sino que es Dios, y Dios crucificado...

Mi vocación es sufrir, sufrir en silencio por el mundo entero; inmolarme junto a Jesús por los pecados de mis hermanos, los sacerdotes, los misioneros, por las necesidades de la Iglesia, por los pecados del mundo, las necesidades de mi familia, a la que quiero ver, no en la abundancia de la tierra, sino muy cerca de Dios.

¡Ah!, si el mundo supiera lo que es mi vocación en la Trapa... Si supieran ver la cruz detrás de una pacífica sonrisa; si supieran ver las enormes luchas detrás de la paz conventual... Pero no, eso no deben verlo... Sólo Dios. Bien está así.

Esto no son quejas, ni amargura..., **todo lo contrario**. Mis ansias de cruz no disminuyen. Mi mayor alegría es vivir ignorado. Mi vocación la comprendo y en ella a Dios bendigo cuando de todo corazón la abrazo... Qué dulce es sufrir por Jesús y sólo por Él y sus intereses.

La Trapa mi centro, dice el mundo..., qué paradoja. Mi centro es Jesús, es su Cruz... La Trapa no me importa nada..., y si Dios me manifestara **otro sitio** donde **sufriera más**, y El me lo pidiese, allí me iría con los ojos cerrados.

Yo no me entiendo a veces. Soy absolutamente feliz en la Trapa, porque en ella soy absolutamente desgraciado.

No cambiaría mis penas, por todo el oro del mundo, y al mismo tiempo, lloro mis tribulaciones y desconsuelos, como si con ellos no pudiera vivir.

Deseo con ansia la muerte por dejar de sufrir, y a veces no quisiera dejar de sufrir ni aun después de muerto.

Estoy loco, chiflado, no sé lo que me pasa. En algunos momentos sólo en la oración a los pies de la Cruz de Jesús, y al lado de María, tengo sosiego.

Que Él me ayude. Así sea (1).

8 de marzo de 1938 - martes

Día 8 de marzo de 1938.

Dios y su voluntad es lo único que ocupa mi vida. Lo que antes era deseo vehemente, por su infinita misericordia se va **templando**. Qué inmensa es la gracia de Dios cuando va llenando poco a poco un alma. Cómo se va precisando más y más la vanidad de todo lo humano, y cómo en cambio, se llega uno a convencer prácticamente de que sólo en Dios es donde se halla la verdadera sabiduría, la verdadera paz, la verdadera vida, lo único necesario y el único amor y deseo del alma.

El otro día estuve con el reverendo Padre Abad. Fui a pedirle me concediera alguna penitencia en este santo tiempo de Cuaresma, cosa que me negó, y en cambio me dijo que el día de Pascua me daría la cogulla monacal y el escapulario negro (2). ¡Qué alegría tuve, buen Jesús! Hubiera abrazado al R.P.A..., demasiado bueno es conmigo.

Cuánta ilusión tenía ya hace algún tiempo por poder vestir la cogulla... Qué alegría tan grande me dio el pensar en que dentro de un breve plazo no me distinguiría en nada de un verdadero religioso (únicamente la corona que no podré usar).

Mas después que fui a darle gracias al Señor por este beneficio, vi **claramente** que **en mí** eso es vanidad. Vi que es un honor que me hace la comunidad (3), y eso me **lastima** más que otra cosa. ¡Ah!, si me hubiera dado el hábito de converso como le manifesté..., otra cosa hubiera sido; pero lo mismo me da.

De pardo (4) o de blanco, con cogulla o sin ella soy el mismo delante de Dios. Todo lo externo me es indiferente... Sólo quiero amar a Dios, y eso lo hago por **dentro** y sin que se enteren los hombres.

Lo mismo me da, Señor, el honor que el desprecio. La alegría yana y un poco infantil de vestir la cogulla ya se ha serenado... No quisiera, Señor, que nada del mundo me turbara, ni nada de las criaturas me quitara la paz y el sosiego de amar sólo tu voluntad.

Y así veo, Señor, que todo es vanidad. **Que Tú no estás** en el hábito ni en la corona. ¿Entonces? Tú, Señor, sólo estás en el corazón desprendido de todo.

Tú, buen Jesús, divino amado mío, tienes tus delicias... ¡Ah!, Señor, qué voy a decir, en el corazón del hombre... Yo te brindo el mío.

Déjame hacer en el tuyo mi celda. Déjame hacer junto a él mi lecho. Déjame vivir solo y desnudo de todo junto a tu Corazón Divino, y ríame de los hábitos, de las coronas, y... de las barbas de todos los conversos del mundo. Seré siempre el mismo para Ti, ¿verdad Jesús?.

¡Qué necio y pueril es el mundo! ¡Cómo nos alegra un trapo y nos entristece una nube! ¡Con qué facilidad nos consideramos felices con una niñería, y con otra niñería nos abatimos y desalentamos!

¡Qué poco somos..., como vivimos **a lo exterior**, sin pensar que todo es nada, menos amar y servirte a Ti, Jesús mío!

Quiero, Señor, pasar esta Cuaresma, muriendo poco a poco, lo mucho que aún me falta, para vivir sólo para Ti; para que algún día me dejes, Señor, penetrar por la haga de tu costado, y hacer una celdica junto a tu Divino Corazón... ¿Me lo permitirás? A la Santísima Virgen María se lo pido con fervor. Así sea.

(Aunque la nona se vista de seda..., mona se queda).

Un día que me parecía muy grande **la pequeña** cruz que Jesús me enviaba... Un día que al pensar en lo que aún me queda de vida..., de vida trapense, aquí encerrado para siempre, me parecía muy larga..., un día en que sufría **pareciéndome** penoso y largo mi camino, leí unas palabras que decían...

NADA DE LO QUE TIENE FIN ES GRANDE

9 de marzo de 1938 - miércoles

Mi amadísimo Jesús: Comprendo que la humildad y paciencia, son las cosas que hoy más necesito.

Después de llevar una hora y pico en la clase de latín con los oblatos (5), salgo con el espíritu cansado y con los nervios en tensión. Cuántas veces, Señor, me agarro al crucifijo y hago un acto de sumisión a tu voluntad... Pero, Señor, los nervios no puedo dominarlos. ¡Si tuviera verdadera y perfecta paciencia!

Virgen Santísima María, a ti te ofrezco ese pequeño sufrimiento en reparación de tantas veces como te he ofendido en las clases y en las aulas de la universidad.

Te ofrezco, Señora, el **esfuerzo de atención** en reparación de tanto tiempo perdido en mis días de estudiante. Te ofrezco, Virgen María, la obediencia humilde en la clase, en reparación de tantas faltas de soberbia como tuve en el mundo.

Por último, Señora, te ofrezco para que tú se la presentes a Jesús, toda mi voluntad y sumisión, a los divinos deseos de tu Hijo.

Recíbelo todo, Madre mía, a pesar de ir a tus manos, no con toda la pureza que yo quisiera, pero mira Señora, no la ofrenda en si, que nada vale, sino mi intención que bien quisiera fuera de tu agrado. Así sea.

9-marzo de 1938

13 de marzo de 1938 - domingo

l3 de marzo de l938.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡Señor! ¿cómo es posible vivir, esperando lo que espero? ¿Cómo me es posible pensar en tanta cosa criada, como me rodea, teniéndote a Ti? Me maravillo de que tu gracia no me mate. ¡Es tanta y tan abundante!

Sueño con tu gloria; vivo algunas veces atontado y sin saber lo que quiero..., de tanto que quiero.

¡Cómo me cansan las criaturas, Señor y Dios mío! ¡Qué sinsabor tan grande me causa el tratar cosas del mundo, el hablar de negocios temporales, el escuchar noticias!... ¡Ah!, Señor, nada quisiera saber, ni escuchar... Sólo Tú, Señor, sólo Tú.

Nada me llena... Nada desea mi alma..., ni aun gozar ni padecer... Sólo desea amar con locura. Sólo se llena del pensamiento de Ti... ¡Qué ansias tan grandes, Señor..., qué duro es vivir!

Antes **todo** me llevaba a Ti... Todo me hablaba de tu inmensa bondad, de tu grandeza; ahora también te alabo en las criaturas, Señor..., pero el sol me parece pequeño..., el cielo azul es hermoso, pero no eres Tú, la belleza del mundo..., es tan poquita cosa.

¡Cómo cambias mi alma!... Qué maravilloso milagro. Nada me dicen las criaturas..., todo es ruido... Sólo en el silencio de todo y de todos, hallo la paz de tu amor... Sólo en el humilde sacrificio de mi soledad, hallo lo que busco..., tu Cruz..., y en la Cruz estás Tú, y estás Tú solo, sin luz y sin flores, sin nubes, sin sol... Las criaturas te abandonaron, el cielo se oscureció... Sólo quedó en el silencio del Gólgota, un Dios clavado en la Cruz.

Señor Jesús..., mírame a tus plantas adorando tu agonía, besando tus llagas, limpiando con mi dolor tu divina sangre...

Cómo quisiera, Señor, morir a tus plantas de amor..., olvidado de todos, sin ruido, en silencio, sin pensar en los hombres que son criaturas, sin soñar con el mundo, que te abandonó, sin mirar a los cielos, ni a las flores, ni a las aves, ni al sol.

Señor, quisiera morir de amores a los pies de tu Cruz; ¿qué divino milagro hiciste con mi alma? ¿Dónde están mis penas?... ¿Dónde mis alegrías? ¿Dónde mis ilusiones?... Todo voló.

Mis penas eran egoísmos... Mis alegrías, vanidades... Mis ilusiones, Tú las desvaneciste al soplo de tu amor. Me enseñaste a los hombres y me dijiste: ¿Qué te pueden dar que no te dé yo?... Y vi miserias, que me hicieron llorar... Busqué consuelo, y no lo encontré. Busqué caridad y..., Señor, ¿qué diré?, sólo en Ti la encontré.

Ya nada me importa..., sólo me hace sufrir la espera..., el temor de perderte..., el tener que vivir.

Ya no me importa vivir encerrado entre muros, sin ver las puestas del sol, sin tomar las brisas del mar, sin correr por el mundo en alas de la libertad. Todo eso es pequeño, no es nada, prefiero a Jesús en la soledad.

Ya no me importan las criaturas, ni me hacen daño las flaquezas de los hombres... Son hombres, y nada más; sólo en Dios hallo refugio; sólo en Él he de buscar caridad.

Ya no me importa mi vida, ni mi salud, ni la enfermedad... Sólo encuentro consuelo en hacer su voluntad..., y eso me llena de tal alegría que, a veces, tengo el corazón tan lleno, que parece va a estallar...

Qué bueno es Dios, qué grande es su misericordia..., qué maravilloso es el amor que Jesús me tiene... ¿Hasta dónde va a llegar?

No sé, Señor..., me anonado, me atonto, me abismo en mi pequeñez, y suspiro por un poquito de amor para poder ofrecértelo,. Nada soy, nada valgo, sólo tengo miserias y pecados… y a pesar de todo… Tú, Señor, me cuidas y me consuelas… me apartas de las criaturas y me llenas de tu amor… ¿qué diré?

Yo bien quisiera callar..., pero el escribir este inmenso milagro que estás haciendo con mi alma, aunque quizás nadie lo lea..., me parece que con ello te doy un poquito de gloria, pues mi escritura muchas veces es oración.

Señor Jesús, qué bueno eres.

Una de tus grandezas es la transformación que haces en mi alma con respecto al amor al prójimo. Me explicaré.

Cuando antes buscaba un **religioso** y me encontraba en su lugar, un **hombre corriente**..., ¡cuánto sufría, buen Dios!

Cuando un hermano, sin él saberlo, me humillaba (¡a mi..., qué paradoja!), también sufría...

Cuando no encontraba mi alma lo que buscaba... aunque no fuera más que educación..., muchos ratos he pasado a los pies de la Cruz... Señor, Tú ya sabes.

Perdí la ilusión..., y en mis ratos de desconsuelo pensaba... más vale así..., he de separar mi corazón de los hombres y entregárselo sólo a Dios... Pasaba días en que no quería hacer ni **señas**... En medio de **todo eso** (ahora lo he visto claro), había bastante soberbia, mucha vanidad, y un inmenso amor propio... Dulce y manso Jesús..., perdóname, no sabía lo que hacía... Solo y sin guía..., si Tú no me ayudas, mil y mil veces me desviaré del verdadero camino, de la caridad de Cristo.

Ahora me pasa una cosa muy rara. Algunos días, cuando salgo de la oración, aunque en ésta me parece no hacer nada, siento unos deseos muy grandes de **amar** a todos los miembros de la comunidad con unas ansias muy grandes..., como Jesús los ama.

Siento algunos días después recibir al Señor en la comunión, y ver lo que Él me ama **siendo lo que soy**, que de buena gana, besaría el suelo que los religiosos pisan, y siento unos deseos muy grandes de humillarme ante aquéllos que **antes creía** yo me habían humillado.

Son religiosos al servicio de Dios... Jesús los quiere... Yo soy el último, el más **mundano** y con más lastre de pecados... ¡Ah, si el mundo supiera lo que yo he sido!

¡Ah!, Señor, en esos momentos quisiera ser pisoteado por todos; siento un gran amor y caridad por todos; no me importaría que el último me mandase las cosas más humillantes..., no veo flaquezas ni miserias en nadie... **sólo veo mi ruindad amada por Dios**..., y ante eso ¿qué no quisiera yo hacer para imitarle?... ¡Pues amar entrañablemente al prójimo!

¡Qué grande es tu misericordia, Señor! ¿Qué mérito tenemos al amar a los buenos y a los santos? ¿Acaso Jesús no está clavado en la Cruz por los pecadores?

Buen Jesús, llena mi alma de caridad... Es el único alimento que en esta vida me puede de veras nutrir...

No sé si me explico..., pero lo que me pasa yo **me lo entiendo muy bien**.

¡Ah!, Señor, y qué gran paz se siente en esos momentos... Así como antes me turbaba una falta o una flaqueza de un hermano y sentía casi **repulsión**..., ahora siento una **ternura** muy grande hacia él..., y quisiera en lo que de mí depende, reparar la falta... Es un alma a la que quiere Jesús. Es un alma por la cual Jesús sangra desde la Cruz... ¡Acaso yo la voy a desdeñar!... Dios me libre..., al contrario, siento un gran amor hacia ella, y esto que digo no es yana palabrería, es un hecho real y positivo que yo no he conseguido, sino que Jesús ha puesto en mi alma... He aquí el estupendo milagro.

Ahora veo claro.

Sólo la caridad hace feliz... Sólo en ella se encuentra la mansedumbre y la paz... Solamente en la caridad se halla la verdadera humildad, y solamente en ella podemos vivir tranquilos y felices en comunidad. ¡Cuántas cosas diría si supiese escribir!

Mas no sé, y ante la impotencia de poder expresar lo que mi alma siente, prefiero callar.

La Santísima Virgen, que me comprende sin necesidad de ruidos ni de palabras, es mi gran consuelo.

Ante Ella deposito mi silencio. Así sea.

---

(1) *"Dice su confesor el Padre Teófilo Sandoval Fernández que ya entonces comenzaron a notar que algo extraordinario se operaba en el alma del hermano Rafael. Pasábase horas enteras junto al Sagrario, a solas con su Dios, en elevadísima unión con Él, y luego, al volver a reanudar su vida en el monasterio, veíanle transformado, reflejada en su límpida mirada aquella llama de amor ardiente que le consumía.*

Pasaba mucho tiempo al pie del Sagrario (dice el Padre Amadeo). Ya en los últimos meses de su vida me llamaba la atención su postura ante el Santísimo; era la postura de quien está completamente abandonado en las manos del Señor; le costaba trabajo separarse del centro de sus amores.

Muy agotado físicamente, no podía hacer duros trabajos, y alguna vez, para distraer sus largas horas de soledad, ocupábanlo en pelar patatas, o en la chocolatería, o en hacer planos y dibujos que el reverendo Padre Abad le encargaba, o en estudiar latín, o en clase de gramática con los pequeños oblatos, por los que sentía especial cariño y predilección.

Pero Fray Maria Rafael no podía atender a nada de la tierra. Sólo amar a Dios era su pensamiento constante, y este amor conmovía todas las fibras de su ser, anegando su corazón y haciéndole indiferente a todo lo que no fuera su Dios" (VIDA Y ESCRITOS, PP. 481-482). (Volver)

(2) Los novicios llevaban el escapulario de color blanco, como la túnica, en tanto que el negro era propio de los profesos. (Volver)

(3) El caso del Hno. Rafael, de habérsele dado la cogulla (que únicamente es de uso por los hermanos profesos) siendo un simple oblato, ha sido único en la historia del Monasterio de San Isidoro. (Volver)

(4) Los llamados "hermanos conversos" (que hoy ya no existen) llevaban el hábito de color pardo y se dejaban crecer toda la barba. (Volver)

(5) Durante mucho tiempo, en los monasterios cistercienses había un grupo de oblatos, que eran niños aspirantes al noviciado. No existen en la actualidad. (Volver)

19 de marzo de 1938 - sábado

Día 19 de marzo, glorioso san José.

Bendito Jesús, ni yo mismo me entiendo. Ya no sé ni lo que quiero, ni lo que deseo, ni si deseo o quiero... Mi alma es un torbellino. A veces creo que ya está mi corazón vacío de todo, y a veces veo que no lo está... ¡En qué quedamos!... No lo sé.

Señor, tengo un deseo **inmenso** de cumplir tu voluntad y nada más que ella; hundirme en tu voluntad; amarla hasta morir; ahogarme en ella y vivir sólo para cumplirla... **Esto es cierto**.

Siento al mismo tiempo unos deseos **míos** de mortificación y penitencia. Siento inmensas ansias de padecer algo por Ti, mi buen Jesús.

Quisiera dejarme morir de hambre si me dejaran... Quisiera no respirar, ni hablar, ni levantar la vista del suelo... Quisiera no dormir, ni acostarme...

Quisiera estar arrodillado ante tu Sagrario día y noche... ¡Ah!, Señor, cuánto me cuesta algunas veces, dejar la iglesia..., y tratar con los hombres.

Quisiera, Señor, morir o vivir, pero haciendo **algo** por tu amor..., es terrible esta vida inútil que yo llevo.

Tengo mucho miedo en mi actual situación. Estoy demasiado **considerado**, me van a dar la cogulla, nadie me pisotea, como merezco.

Quisiera vivir en un rincón del monasterio vestido de saco, y comiendo sólo las cortezas del queso que deja la comunidad...

Quisiera, Señor, hacer locuras..., y en lugar de vivir como vivo, vivir olvidado, despreciado e incluso dando asco.

Todo esto es cierto. ¿Se compagina con tu voluntad? No lo sé, por lo menos en este momento. Otras veces creo que **no** y otras veces creo que lo que no tengo es valor ni resolución para dar el brinco y saltar por todo. Algunas veces creo que Dios me llama por un camino de más penitencia y más oración. Más mortificación y menos o **ningún cuidado** a mi enfermedad.

Como en la comunidad no me permitirían hacer esa vida, la podría hacer debajo de los puentes y en los pórticos de las iglesias..., con unos zuecos de madera y un saco al hombro..., y a desaparecer de todo el que me conozca tanto padres, como amigos, como frailes..., nadie, sólo Dios y yo. Dicen que San Benito Labre murió de inanición en una iglesia **(1)**.

Todo esto lo he pensado en serio.

En mis confesores, superiores y maestros, lo único que he encontrado es prudencia..., prudencia y prudencia. Me mandan comer, dormir y no trabajar... Soy una especie de flor de estufa que no da ni olor.

Mientras tanto..., esperar a saber lo que debo hacer. ¿Lo sabré con **certeza** algún día? Espero en Dios y en María que sí.

¡Señor, es tan cómoda esta vida! Tengo mi cuarto; mi cama, algo dura, pero ya me he acostumbrado... Tengo libros; paso algo de hambre, pero no me muero por eso, ni mucho menos, al contrario, me parece que estoy mejor desde que vine. No me dan trabajos pesados... Tengo silencio cuando quiero, pues no tengo más que retirarme a mi habitación... En fin, quitando algunas cosillas, ¡qué más puedo pedir!... Y siento una cosa dentro que me dice: mortificación..., penitencia..., sacrificio..., **nada de eso hago**.

Ante ese llamamiento opongo dos cosas: 1º **Yo mismo**. 2º **La prudencia**. La carne y la obediencia. Mi naturaleza encuentra muy razonable obedecer, ¡es tan cómodo!

- Padre, ¿puedo levantarme al Oficio?

- No hijo, que necesitas descanso.

- Padre, ¿puedo cercenar la comida?

- No hijo, que necesitas alimento.

- Padre, ¿puedo ir al trabajo del campo?

- No hijo, que te cansas.

Bueno, pues a obedecer..., y obedezco a veces con unos deseos inmensos de hacer lo contrario..., saltar la prudencia, y... morir por Jesús y por María.

20 de marzo de 1938 - Domingo 3º de Cuaresma

3º Domingo de Cuaresma - 20 de marzo, 1938.
¡Qué cansado estoy, Señor y Dios mío! ¿Hasta cuándo me tendrás en olvido?... Cómo se recrea mi alma en esos salmos de David en los que llora su hastío de vivir aún en la tierra y suspira por Ti... "Incola ego sum in terra", **(2)** me repito muchas veces, suspirando por el cielo y viéndome extraño y peregrino en la tierra.
¡Qué cansado estoy, Señor! Cómo me cuesta a veces el tratar con las criaturas que me hablan de todo menos de Dios... Cuánta violencia me hago a veces para no romper a gritos, llamando a Dios en mi ayuda en medio de este destierro, en el que, como dice santa Teresa, todo es impedimento para no gozarle.
¡Hasta cuándo, Señor!
Me cansan los hombres, aun los buenos... Nada me dicen. Suspiro todo el día por Cristo, y en medio de mi deseo de cielo y de amor a Jesús, arrastro mi vida que el mundo aún sujeta y tengo forzosamente que ocuparme de comer, dormir..., ¡qué asco!, Señor, perdóname... Tú así lo quieres
No sé lo que digo... No sé lo que siento... Perdóname, Señor... ¡Estoy tan cansado! Mi alma sufre de verse privada de tus amores, sufre de verse en el encierro de este cuerpo miserable... Estoy enfermo, Señor, ten misericordia de mí... He sido un gran pecador. No sé lo que quiero ni lo que me pasa... Perdóname, Señor, lo que digo... Tú que conoces mi corazón hasta el fondo, puedes comprender... Los hombres no, pero no me importa... Sigan ellos con sus cosas, con su mundo, con preocupaciones..., con sus vanidades... Yo, Señor, nada quiero, nada me importa..., sólo Tú... No me hagas caso de lo que digo, a veces estoy loco.
Ayer quería morir a fuerza de penitencia; hoy veo que nada puedo hacer que Tú no quieras... Estoy atado a tu voluntad..., ¡qué alegría!
No me hagas caso, Señor..., soy un niño caprichoso... Pero Tú tienes la culpa, mi Dios..., ¡si no me quisieras tanto!
Comprende, Jesús mío, que con lo que Tú me quieres, y con lo que yo te quiero, es muy penoso vivir así..., y claro, ya comprenderás que a veces sienta esos deseos de desatarme de este cuerpo que tanta guerra me da, que desee salir de entre tanta criatura que **no son Tú**..., que me canse de esperar... Ya ves, Señor, soy flaco y miserable... No **sé** padecer, no **sé** cumplir tu voluntad...
Soy un pobre hombre que al mismo tiempo que desea cumplir **sólo** lo que Tú quieras y desees, ansia volar a Ti, suspira por ver a la Virgen y a los santos...
¡Qué alegría el día que pueda ver a María, con san Juan Evangelista y san Juan de la Cruz, san Bernardo, san Francisco de Asís y san José que son mis protectores, así como esas dos santas que tanto te amaron y que tanto me han enseñado: Gertrudis y Teresa de Jesús, y santa Teresita..., y los ángeles todos, y el glorioso san Rafael, y el ángel de mi guarda... Y... bueno, y Tú, Señor, a quien tanto quiero, a quien adoro, a quien amo sobre todas las cosas, por quien suspiro y peno, y lloro, y por quien Tú lo sabes bien, mi buen Jesús, quisiera volverme loco.

Tengo, Señor, dentro de mi, como ves, **todo eso**, y así no me es posible vivir, te lo digo en serio, Señor..., soy un desgraciado.
Pero perdona mi atrevimiento... ¿Quién soy para atreverme a tanto? No sé..., el ignorante se atreve a todo, y yo ignoro muchas veces lo que soy, y lo que he sido... Ilumina mis tinieblas para conocerme mejor, y ver a la luz que Tú me envíes, mis miserias, mis pecados, mis **enormidades** que aún necesito llorar largo tiempo aquí en la tierra.
No me hagas caso, Señor, hasta que esté limpio… Envíame tu luz para comprender. La santa compunción para llorar. La fe para sólo en ella confiar. La esperanza para sostener mis flaquezas… Y por encima de todo, dominándolo todo, lléname, Señor, de tu inmensa caridad, de tu amor… Que me llene, me desborde, me inunde en las delicias de tu amor sin límites…, y me vuelva loco de veras.
Perdóname, Señor..., no sé lo que pido.
María, Madre mía, sé mi ayuda y sé mi guía. Así sea.

25 de marzo de 1938 - viernes

Día 25 de marzo de 1938. **(3)**
¡Jesús mío, qué bien se vive sufriendo a tu lado, aquí en la vida oculta del monasterio!... ¡Qué lástima me da de los del mundo!
Ha venido mi hermano a visitarme..., cuánto le quiero, es un ángel de Dios. Me edifica su cristiano modo de pensar, su conducta tan seria y formal, su alma en la cual veo madera para edificar, y un corazón apto para Dios... Eso es mi hermano, el simpático teniente de artillería. Vino con permiso del frente, y... hablamos..., hablamos del mundo y hablamos de Dios.
Después de haber pasado con él el día, ahora en el retiro de mi celda, pienso lo bueno que es Dios al haberme traído **a mí** a la vida religiosa, lejos del mundo y a los pies de Jesús.
Qué feliz soy en medio de mis penas y sacrificios... Qué feliz soy de poder ser un alma que sufre por Jesús... Qué feliz soy de poder poner mis ansias, mis deseos, mis flaquezas incluso, a los pies del Tabernáculo de Jesús.
Hablé con mi hermano del mundo..., y vilo que ya otras veces pensé: la vanidad de las cosas del mundo.
Me habló de mi familia..., su preocupaciones y sus intereses... Hablamos de proyectos futuros... Me contó detalles de la nueva vida de mis padres y hermanos, reformas en la casa. Me habló de perros, caballos, automóviles..., que sé yo.
Qué bueno es Dios que de todo **eso** me ha separado... Para mí ya no hay nada que me interese... Qué feliz soy con sólo Dios y mi cruz.
En el mundo se sufre..., todo son afanes, deseos, esperanzas..., pocas veces cumplidas. En el mundo se lloran intereses materiales, viles y deleznables... En el mundo **se llora poco por Cristo**. En el mundo **se sufre poco por Dios**.
¡Qué pena me da del mundo!... Pierde el tiempo el hombre en bagatelas; pierde el tiempo en llorar esta vida que es un soplo de niño en medio de una tempestad, que es un grano de arena en el mar..., un instante en la eternidad.
No envidio a nadie... No quiero libertad si ésta no me sirve más que para olvidarme de lo único necesario, que es el amar a Jesús en la Cruz.
¡Qué pena me da del mundo!…. que no sabe en medio de sus ansias de placer y felicidad, que la única dicha es poder llegar a morir abrazado a la Cruz de Jesús, entre lágrimas de dolor, suspiros y ansias de cielo y de amor.

Yo sufro mucho..., sí. Algunas veces es muy grande la carga que he echado en mis débiles y enfermas espaldas... Miro hacia atrás y... es tan duro vivir en pobreza para el que tuvo de todo y de nada careció... Miro hacia adelante y... me parece tan empinada la cuesta que tengo que subir. ¡A veces se oculta Jesús tan profundamente! Mi vida se ha reducido a una **continua renuncia en todo**. Y eso, no es fácil a una criatura tan frágil y quebradiza como yo... Por eso sufro.
Sin embargo..., ¡oh! maravillas de la gracia divina, comprendo **porque sí**, que es obra de ella lo que me ocurre. (No sé si me explicaré).
Siento una alegría inmensa de poder sufrir por Jesús, como no me hubiera podido imaginar Amo cada día más mi cruz..., y no quisiera soltarla por nada del mundo.
Recuerdo cuando en el mundo era feliz, muy feliz. Padres cristianos, bienestar, salud y libertad, todo me sonreía... ¿Quién piensa en sufrir?
Jesús me llama. Soledad y pobreza, enfermedad, encierro sin sol..., a veces algo muy negro y que me hace llorar..., no sé lo que es.
A Dios no le veo..., y en medio de todo, grito con toda la vehemencia de mi corazón... ¡¡Qué feliz soy, cuánto sufro por Jesús!! No quiero la felicidad del mundo, con ella seria un desgraciado... Quiero sufrir por Él, sin verle..., solamente me basta el **saber** que es por Él.
El mundo esto no lo comprende..., es muy difícil. Yo sé que es la gracia de Dios, pero no sé explicarlo.
Hoy con mi hermano, hablamos del mundo. Sentí pena..., me vi lejos de todo lo que amaba mi corazón y aún ama, y no creo sea esto ilícito. ¿Quién que tenga entrañas, no ama su hogar?
Sin embargo, Dios sigue actuando en mi alma, siento muy dentro un alejamiento de todo que no sé explicar.
Siento un afecto muy tierno y dulce a mi familia, pero de otra manera que antes.
Hallo más gozo **en no sentir el amor de Jesús**, que el que pudiera hallar en el **sensible** de las criaturas. Me da pena mi **soledad**, sufro con ella, y no quisiera por nada del mundo **dejarla**.
No sé si esto alguien lo entenderá.
¡Es tan difícil explicar por qué se ama el sufrimiento! Pero yo creo que se explica, porque no es al sufrimiento tal como éste es **en sí**, sino tal como es en Cristo, y el que ama a Cristo, ama a su Cruz. Y yo de esto no sé salir. aunque lo comprendo.
Y es tanto lo que a Jesús quiero, que no quiero nada fuera de Él. Y noto que Jesús me quiere tanto, que moriría de pena si supiera que amo yo a alguien más que a Él.
Me siento tan unido a su voluntad, que cuando sufro dejo de sufrir al comprender que Él lo quiere así.
Estoy en una tal situación que cuando pienso en esto me pierdo...
Espero en Jesús tener pronto un guía **(4)** que todo esto me explique y ordene en mi alma, pues si no, me voy a volver loco.
¡Ah, Señor Jesús, cuánto te quiero! Si mil vidas tuviera, mil te daría... Con tu gracia divina y la ayuda de María, lo puedo todo. Bendito seas.

28 de marzo de 1938 - lunes

Día 28 de marzo de 1938.
Hoy, en la santa comunión, le pedí al Señor, una partecica de su Cruz... Le pedí ayudarle en su agonía, le pedí me hiciera partícipe de su sufrimiento, le pedí una partecica... (pequeña tiene que ser, pues soy débil) de su santísima Cruz.
Jesús me escuchó.

Noté la Cruz sobre mis hombros..., me pesó, y lloré mi abandono y soledad...
Después del desayuno paseé mi pequeño agobio por la galería de la enfermería. Una tristeza muy grande se apoderó de mi. Me vi tan enfermo, tan solo, tan débil para sufrir lo que Jesús me pide, que sentándome cansado de todo y de todos, lloré con agobio y con pena.
Grande me parecía el abandono en que me veía, material y espiritualmente.
No tengo a nadie en quien hallar un alivio. Esto a veces es un consuelo muy grande, a veces es también un dolor muy profundo. Cuando estamos enfermos sobre todo. En estos momentos en los cuales una palabra dicha al corazón, alivia tantas penas, e incluso da fuerzas para sufrir las flaquezas y miserias de la enfermedad... Sin embargo, a mi eso me falta. Bendito sea Dios.
Muy doloroso es padecer necesidad en el cuerpo, cuando también se junta la necesidad al espíritu y además Dios se oculta y te deja solo con la Cruz..., ¿qué extraño tiene que el alma sufra y llore?
Esta mañana **no me acordaba** en aquellos momentos de lo que le había pedido a Jesús en la comunión... la partecica de su Cruz.
¡Si el enfermero supiera el hambre que paso!. No conoce ni comprende mi enfermedad, y cuánto me hace sufrir. Dios lo hace así, y así lo tiene dispuesto. No me quejo y bendigo la mano del enfermero que para mí es la mano de Dios.
Hambre en soledad y silencio..., algunas veces creo que no podré resistir, pero Dios me ayuda, y siento como una impresión de que todo acabará pronto **(5)**. Por un lado lo deseo, por otro lo mismo me da, y deseo solamente cumplir la voluntad de Dios.
Ya pasó el día y con él...
Ahora tengo paz, adoro y bendigo a Dios que atesora para mí en el cielo esas partecicas de su Cruz, que me envía cuando Él quiere. ¡Qué gran misericordia tiene conmigo! ¡Si no sufriera en la Trapa! ¿para qué serviría mi vida entonces?
Si tantos deseos tienes de penitencia ¿por qué lloras?
Mis lágrimas, Señor, no son de rebeldía... Mis lágrimas, Señor, no las cambio por nada...
Recíbelas, pues con algo te tengo que pagar. Tú también sufriste hambre, sed y desnudez. Tú también lloraste cuando te viste abandonado.
Señor..., qué contento estoy de sufrir. No me cambio por nadie... Pero ¿hasta cuándo, Señor?

1 de abril de 1938 - viernes

Día 10 de abril de 1938.
Siempre buenos propósitos... Siempre deseos de ser mejor... Siempre deseos de mortificación..., pero no pasan de ser deseos...
¡Qué pobre hombre eres, hermano Rafael!! ¿Cuándo empezarás? ¿Cuándo será el momento en que de veras empieces a ser lo que a Jesús prometiste?
Aún te conviene humillarte en tus propias debilidades... Aún es necesaria la experiencia de verte incapaz para nada bueno... ¿Qué podrás tú solo? Caer y no levantarte... Retroceder en lugar de avanzar. Mira delante de Jesús lo que eres, y aprende a conocerte; así no tendrás soberbia, y en tu propia humillación aprenderás algo de humildad, que aún no sabes lo que eso es, y es necesario que lo aprendas.

3 de abril de 1938 - Domingo de Pasión

Día 3 de abril. Domingo de Pasión.

Hoy hemos tenido la comunidad la dicha de escuchar la palabra del Obispo de Tuy que ha venido a pasar unos días de retiro. Nos hizo una pequeña plática en el Capítulo y nos habló de la Cruz de Cristo.
¡Cómo expresar lo que mi alma sintió, cuando de boca de tan santo Prelado, escuchó lo que ya es mi locura, lo que me hace ser absolutamente feliz en mi destierro... el amor a la Cruz!
¡Oh!, si yo supiera expresarme como lo hace el señor Obispo! ¡Oh! quién me diera el léxico de David para poder expresar las maravillas del amor a la Cruz. ¡Oh!, si mi pluma en lugar de ser de acero duro y material, fuera sólo espíritu, y en lugar de torpes palabras, escribiera algo que realmente dijera lo que mi alma siente.
¡Oh! ¡la Cruz de Cristo! ¿Qué más se puede decir? Yo no sé rezar... No sé lo que es ser bueno... No tengo espíritu religioso, pues estoy lleno de mundo... Sólo sé una cosa, una cosa que llena mi alma de alegría a pesar de verme tan pobre en virtudes y tan rico en miserias… Sólo sé que tengo un tesoro que por nada ni por nadie cambiaría..., mí cruz..., la Cruz de Jesús. Esa Cruz que es mi único descanso..., ¡cómo explicarlo! Quien esto no haya sentido..., ni remotamente podrá sospechar lo que es.
Ojalá los hombres todos amaran la Cruz de Cristo... ¡Oh! si el mundo supiera lo que es abrazarse **de lleno**, de **veras, sin reservas, con locura de amor** a la Cruz de Cristo...! Cuántas almas, aun religiosas, ignoran esto... ¡qué pena!
Cuánto tiempo perdido en pláticas, devociones y ejercicios que son santos y buenos..., pero no son la Cruz de Jesús, no son **lo mejor**...
¡Ah! si yo pudiera hablar o gritar en medio de los hombres, las sublimidades del amor a la Cruz... Pobre hombre que para nada vales ni para nada sirves, qué loca pretensión la tuya. Pobre oblato que arrastras tu vida siguiendo como puedes las austeridades de la Regla, conténtate con **guardar** en silencio tus ardores; ama con locura lo que el mundo desprecia porque no conoce; adora en silencio esa Cruz que es tu tesoro sin que nadie se entere. Medita en silencio a sus pies, las grandezas de Dios, las maravillas de María, las miserias del hombre del que nada debes esperar... Sigue tu vida siempre en silencio, amando, adorando y uniéndote a la Cruz..., ¿qué más quieres?
Saborea la Cruz…, como dijo esta mañana el señor Obispo de Tuy. Saborear la Cruz…
¡Ah! Señor Jesús… qué feliz soy…, he hallado lo que desea mi alma. No son los hombres, no son las criaturas… no es la paz, ni es el consuelo..., no es lo que el mundo cree..., es lo [que] nadie puede sospechar..., es la Cruz.
¡Qué bien se vive sufriendo!… a tu lado, en tu Cruz..., viendo llorar a María. ¡Quién tuviera fuerzas de gigante para sufrir!
Saborear la Cruz... Vivir enfermo, ignorado, abandonado de todos... Sólo Tú y en la Cruz... Qué dulces son las amarguras, las soledades, las penas, devoradas y sorbidas en silencio, sin ayuda. Qué dulces son las lágrimas derramadas junto a tu Cruz.
¡Ah! si yo supiera decir al mundo dónde está la verdadera felicidad! Pero el mundo esto no lo entiende, ni lo puede entender, pues para entender la Cruz, hay que amarla, y para amarla hay que sufrir, más no sólo sufrir, sino amar el sufrimiento..., y en esto ¡qué pocos, Señor, te siguen al Calvario!
Quisiera, Jesús mío, suplir yo, lo que el mundo no hace... Quisiera, Señor, amar tu bendita Cruz con toda el ansia que el mundo entero no pone, y debiera poner, si supiera el tesoro que encierras en tus llagas, en tus espinas, en tu sed, en tu agonía, en tu muerte..., en tu Cruz. Quién me diera sufrir junto a tu Cruz, para aliviar tu dolor.

Mírame, Señor, postrado a tus pies. Estoy loco, no sé lo que pido, ni sé lo que digo. Tengo miedo de pretender más de lo que puedo... ¿seré un insensato al pretenderlo?
Señor, condúceme por el camino de la humildad... y nada más…
Tengo miedo, aunque..., perdóname Jesús mío, estando Tú a mi lado y dejándome yo hacer..., ¿qué he de temer?
Mátame si quieres... Toma mi vida, empléala en lo que quieras, abre, taja y raja, despedaza, une y desune..., haz trizas de mí..., haz lo que quieras, yo nada quiero más que amarte con frenesí, con locura... Adorar tu voluntad que es la mía, vivir absorto en tu inmensa piedad para conmigo... Veo lo que me quieres..., veo lo que soy, y sin atreverme ni a mirar al suelo..., no sé si reír o llorar..., sólo quisiera morirme de amor.
En fin, qué locuras digo..., pero es mucho lo que Jesús hace conmigo para permanecer insensible.
Todo esto que digo no tiene a lo mejor ni pies ni cabeza..., pero es lo que siento, y nada más.
Si dijera que algunos momentos siento unos deseos inmensos de ponerme a gritar..., Jesús..., Jesús..., Jesús, como un loco, nadie lo creería. Otras veces siento deseos de postrarme en el suelo con la frente en tierra y pedir a voces la misericordia de Dios, y no levantarme más.
Otras veces quisiera desaparecer de entre los hombres, y volar a Dios que me espera... No sé, quisiera no desbarrar.
Señor Jesús mío..., qué duro es vivir, y aún hay hombres que aman esta miserable vida y se llaman religiosos. Señor, yo no soy religioso, yo no soy nada ni nadie..., soy el último de todos, pero Señor, quisiera amarte como nadie..., desprecié el mundo por Ti..., déjame despreciar lo último que me queda, mi voluntad y mi vida.
Mas Señor, en esto no hay mérito, pues aborrecer lo único que de Ti me separa, no es cosa grande, y esperar con ansia lo que a Ti me puede acercar, no es virtud. ¿Qué mérito hay en aborrecer la vida y esperar la muerte?
Pero yo, Señor, no quiero aborrecer lo que Tú me das, ni desear lo que Tú aún no quieres.
Cúmplase, Jesús mío, tu voluntad. Déjame seguir junto a tu Cruz... No me desampares cuando desfallezca, Virgen María...
No busco consuelo, no busco descanso... Sólo quiero amar la Cruz..., sentir la Cruz..., saborear la Cruz.

Plan para vivir la Semana de Pasión.

No separarme ni un momento de la Cruz de Jesús.
Dormir, andar, estudiar, rezar, comer, siempre teniendo presente que Jesús me mira desde la Cruz.
Al levantarme, adorar la Cruz, y al acostarme, poner la cama en el Calvario junto a ella.
La comunión, la oración y la santa Misa serán en reparación por el mundo entero que no aprovecha los méritos de la Pasión de Cristo.
El Oficio divino lo rezaré teniendo presente a mi Jesús de mi alma clavado en el madero de la Cruz.
Que la Santísima Virgen me ayude y me acompañe... Así sea.

---

(1) *De la vida de San Benito José Lavbre*: "Aquel Miércoles Santo de 1783, Benito Lavbre oyó varias Misas, y los que le vieron no comprendían cómo podía estar de pie y mucho menos de rodillas. No era un hombre, dice Zacarelli, sino un esqueleto. No le quedaba más que un soplo, y siguió con tanto fervor el evangelio de la Pasión que algunos de los concurrentes cre-yeron que iba a sucumbir. Tuvo que sentarse varias veces. Hacía las nueve, no pudiendo más, quiso salir de la iglesia. Apenas se encontró fuera de la iglesia de la Madonna de los Montes, se dejó caer

más bien que sentarse sobre las escaleras del vestíbulo. Se reunió gente a su alrededor y cada uno le preguntaba con interés lo que tenía. Con voz espirante Benito daba las gracias a todos, y decía que deseaba no moverse de aquel sitio; no quería alejarse de la iglesia, esperando siempre poder volver a entrar.

En esto se presenta el carnicero Zacarelli que venía del Salvatorello de cumplir con Pascua. Benito -le dijo- ¿está usted malo? ¿Quiere venir a mi casa?

- ¡A su casa...! Bueno, dijo el pobre con voz débil, que apenas se oía.

...Hacia la caída del sol parecía que dormía. Cuando el Padre Ángel, que le asistía, llegó a la invocación Santa María pudo advertir que el rostro del enfermo adquiría una blancura extraordinaria. Al responder la concurrencia ora pro nobis, el Padre Ángel dejó de rezar y dijo: Ha muerto... En aquel momento todas las campanas de la ciudad daban al viento sus ecos argentinos. Tocaban a la Salve ordenada por el Papa Pío VI. Pero el pensamiento de todos los allí reunidos, celebraban también la entrada en el paraíso de un nuevo santo". (De la *Vida admirable del Santo bendito y peregrino, Benito José Lavbre*, por León AUBINEAU.). (Volver)

(2) "Peregrino soy en la tierra", Salmo 118, 19. (Volver)

(3) "Al monasterio ha llegado su hermano Luis Fernando. Viene del frente de combate con unos días de licencia. Es la última vez que se vieron juntos ambos hermanos... Su visita deja hondas huellas en Fray María Rafael..." (*VIDA Y ESCRITOS*, p. 502).

Cuenta su hermano Luis Fernando: "La última vez que estuvimos juntos los dos hermanos, venia yo con permiso a casa, una vez que cayó Teruel en manos del ejército nacional. Queriendo ver a Rafael para darle un abrazo, fui primero a la Trapa. Estuvimos paseando por la tarde, en la huerta y pude apreciar y darme cuenta del sufrimiento que padecía, y de la gran cruz que Dios había mandado a aquella alma; me preguntó por todas las cosas de casa, se interesó por mi vida en el frente, siguió insistiendo en que la Virgen me protegería, pero que no dejase de buscar a Dios; era su gran obsesión: que todos buscásemos a Dios, que estábamos obligados a ello y que era la única verdad en esta vida.

Cuando le pregunté que cómo podía vivir todo el tiempo rodeado de los mismos personajes tan dispares a él en sus gustos, por qué no se iba a la Cartuja, donde viviría en soledad, me contestó: "Luis Fernando, yo no puedo con la soledad, tengo que ver caras, aunque éstas me hagan sufrir; tú si podrás con la soledad; con tu temperamento podrás ser cartujo".

A mi, en aquellos momentos ni se me había pasado por la imaginación el llegar a ser cartujo, y como siempre dije: cosas de Rafael, y con el tiempo, que es lo más curioso, llegué a ser cartujo. Lo que más me impresionó aquella tarde, fue cuando empezó a explayarse, llorando, del terrible sufrimiento que tenía. No era el sufrimiento que le producían las cosas terrenales de la vida austera que había abrazado, ni el sufrimiento que le pudieran producir aquellas criaturas de Dios con quienes convivía, de las cuales se valió Dios para santificarle. En realidad el gran sufrimiento de Rafael era el ver, con aquella fe grande e intensa que él tenía, cómo Dios le amaba con su infinito amor, y sentirse tan sujeto a las miserias y cuidados de su cuerpo mortal, no pudiendo corresponder como él quería, a aquel amor de Dios que él sentía, pues se veía francamente impotente, siendo su gran deseo que su corazón se diese más a su ser querido, y que su alma volase de una vez a su encuentro, pues le era difícil vivir en aquella situación y en aquel fuego que le abrasaba. Todo esto me lo decía llorando. Yo no tenía palabras para poder consolar aquella alma, ni tampoco me podía hacer cargo exacto del sufrimiento de mi hermano. Todo esto que he contado, tenía lugar un mes antes de su muerte. Era ya la época sublime a la cual había llegado su alma. Al día siguiente salí para casa, donde no conté nada de lo que había vivido junto a Rafael. Salí por una parte triste por dejar a mi hermano sufriendo, sin poder yo

hacer nada para aliviar aquel dolor tan grande, y por otra parte, alegre, al haber visto cómo Dios se estaba volcando en aquella alma tan querida. Todo esto me hizo pensar mucho para mi vida futura.
Poco más o menos al mes de haber estado por última vez con Rafael, llegó de Vitoria el alférez Ibarra, trayéndome, como hacía todos los meses, todo el papeleo de la Batería, diciéndome nada más llegar, que mi hermano Rafael había muerto hacía unos días en la Trapa, sin más comentarios ni explicaciones de cómo había muerto.
Rápidamente comprendí que así es como le quería Dios, desprendido de todo como podía haber constatado hacia poco más de un mes en la Trapa, en esa larga charla que tuvimos en la huerta y con un gran Aleluya, Dios le premió llevándoselo consigo". (Volver)
(4) Aunque el Hermano Rafael contaba en estos momentos con un confesor fijo, como era costumbre en la Trapa, carecía de un Director Espiritual al que acudir en solicitud de orientación. En su primera etapa en la Trapa había tenido como Director al P. Teófilo Sandoval, que supo entenderle y dirigirle conforme a lo que un hombre de la talla espiritual de Rafael precisaba. (Volver)
(5) Cundo escribe esto le queda un mes justo de vida. (Volver)

7 de abril de 1938 - jueves

Día 7 de abril de 1938.

Jesús mío, arrodillado humildemente a los pies de tu santísima Cruz, te pido con todo fervor me des la virtud de la paciencia, me hagas humilde y me llenes de mansedumbre... Jesús mío, mira que esas tres cosas las necesito mucho.

Ayer sufrí un desprecio de un hermano..., me hizo llorar y si no hubiera sido porque Tú desde la Cruz me enseñaste a perdonar, quizás hubiera cometido una falta ¡Cuánto me costó vencerme!... Pero dormí más tranquilo.

Bendito Jesús, ¿qué me enseñarán los hombres, que no enseñes Tú desde la Cruz?

Ayer vi claramente que solamente acudiendo a Ti se aprende; que sólo Tú das fuerzas en las pruebas y tentaciones y que solamente a los pies de tu Cruz, viéndote clavado en ella, se aprende a perdonar, se aprende humildad, caridad y mansedumbre.

No me olvides, Señor..., mírame postrado a tus pies y accede a lo que te pido.

Vengan luego desprecios, vengan humillaciones, vengan azotes de parte de las criaturas..., ¡qué me importa! Contigo a mi lado lo puedo todo... La portentosa, la admirable, la inenarrable lección que Tú me enseñas desde tu Cruz, me da fuerzas para todo.

A Ti te escupieron, te insultaron, te azotaron, te clavaron en un madero, y siendo Dios, perdonabas humilde, callabas y aún **te ofrecías**... ¡Qué podrá decir yo de tu Pasión!.. Más vale que nada diga y que allá adentro de mi corazón medite en esas cosas que el hombre no puede llegar jamás a comprender.

Conténteme con amar profundamente, apasionadamente el misterio de tu Pasión, y aprenda a sufrir de la manera que Tú lo hiciste. Ya sé que eso es el imposible de los imposibles, pero mira Señor Jesús mi intención.

¡Qué dulce es la Cruz de Jesús! ¡Qué dulce es sufrir perdonando!

¡Qué dulce es sufrir abandonado de los hombres estando abrazado a la Cruz de Cristo! ¡Qué dulce es llorar un poquito nuestras penas y unirlas a la Pasión de Jesús! ¡Qué bueno es Dios, que así me prueba, y desde su Cruz santa, me enseña! Me enseña sus llagas manando sangre inocente; me enseña un semblante del que en medio de la agonía y del dolor, no salen quejas, sino palabras de amor y de perdón.

¡Cómo no volverme loco!... Me enseña su Corazón abierto a los hombres, y despreciado... ¡Dónde se ha visto ni quién ha soñado dolor semejante!

¡Qué bien se vive en el Corazón de Cristo! ¿Quién se puede quejar de padecer?

Sólo el insensato que no adore la Pasión de Cristo, la Cruz de Cristo, el Corazón de Cristo, puede desesperarse en sus propios dolores.

Pero el que de veras ame, y sienta lo que es unirse a Jesús en la Cruz, ese bien puede decir que es sabroso el padecer, que es dulce como miel el dolor, que es un enorme consuelo el padecer soledad tedio y tristeza por parte de los hombres.

¡Qué bien se vive, junto a la Cruz de Cristo!

Cristo Jesús, enséñame a padecer... Enséñame la ciencia que consiste en amar el menosprecio, la injuria, la abyección... Enséñame a padecer con esa alegría humilde y sin gritos de los santos... Enséñame a ser manso con los que no me quieren, o me desprecian... Enséñame esa ciencia que Tú desde la cumbre del Calvario muestras al mundo entero.

Mas ya sé..., una voz interior muy suave me lo explica todo..., algo que siento en mí que viene de Ti y que no sé explicar, me descifra tanto misterio que el hombre no puede entender... Yo, Señor, a mi modo, lo entiendo..., es el amor..., en eso está todo... Ya lo veo, Señor..., no necesito más, no necesito más... es el amor, ¿quién podrá explicar el amor de Cristo?... Callen los hombres, callen las criaturas... Callemos a todo, para que en el silencio oigamos los susurros del Amor, del Amor humilde, del Amor paciente, del Amor inmenso, infinito que nos ofrece Jesús con sus brazos abiertos desde la Cruz.

El mundo loco, no escucha... Loco e insensato vuela embriagado en su propio ruido..., no oye a Jesús, que sufre y ama desde la Cruz.

Pero Jesús necesita almas que en silencio le escuchen.

Jesús necesita corazones que olvidándose de sí mismos y lejos del mundo. adoren y amen con frenesí y con locura su Corazón dolorido y desgarrado por tanto olvido. Jesús mío, dulce dueño de mis amores, toma el mío.

A los pies de tu Cruz lo pongo... Está junto al de María. Jesús mío, tómalo..., enséñale tus heridas... Enséñale tus dolores y tus amarguras. Enséñale tus tesoros para que aprenda a despreciar el mundo y todo lo que no seas Tú... Enséñale el amor... Ponle junto a tu Corazón para que de una vez se embriague en tus delicias, y se empape en tu purísima divinidad.

Virgen María..., estoy loco, no sé lo que pido, no se lo que digo... Mi alma desbarra... No sé lo que siento; mis palabras son torpes y mal arregladas, pero tú, Virgen María, Madre mía, que ves los anhelos de todos tus hijos, sabrás comprender.

Ya sé que es mucho lo que pido, pues lo pido todo.

Yo en cambio, Señora, todo lo he dado y si aún me queda **algo**, tómalo también, Señora, y dáselo a Jesús. Ya sé que aunque diera mil vidas que tuviera, no sería digno de recibir ni siquiera un pensamiento bueno de Dios, pero es mi modo de hablar... Ya sé que lo he dado todo y... es nada. No alego, pues, lo que el mundo cree méritos, para pedir a Jesús un poquillo de amor. Él lo da a quien y cuando le place. Y ya que los sacrificios y renuncias que he hecho por Jesús no son bastante..., te ofrezco, Señora, algo que no puedes desechar, algo por medio de lo cual tienes que oírme, algo que hace abrirse los cielos y que el mismo Padre mira complacido... Es, Señora, la Pasión de Cristo, tu Hijo... Es la Sangre de Cristo; es la Cruz donde murió el Hijo de Dios.

Señora, Virgen María..., ¿ves?, con la Cruz lo puedo todo.

No me olvides Madre mía..., y perdona las chifladuras de este pobre oblato trapense, que quisiera volverse chiflado de veras, de tanto amarte a ti, Virgen Madre, y de tanto amar su obsesión..., que es la Cruz de Jesús su divino modelo. Así sea.

10 de abril de 1938 - Domingo de Ramos (1)

Día 10 de abril de 1938.

Hoy cojo la pluma para seguir como siempre alabando a Dios. Quisiera no hablar de mi mismo... y hablar sólo de Jesús, ¡pero tengo a mi Dios tan adentro!! ¡Es tan maravillosa la obra que Él está haciendo en mi alma!, que al referir y contar lo que a mi, pobre y miserable pecador, acontece en mis relaciones con El..., a Él le doy gloria.

Yo bien quisiera desaparecer, y en cierto modo así me pasa, pues Él lo llena todo... ¡Qué bueno es Dios!. Nada hice yo por Jesús y, sin embargo..., ¡qué grande es su misericordia!... De esto no sé salir y no sé seguir adelante.

Mi alma se abisma en tanta maravilla y enmudece. Sólo veo una pobre criatura sacada del mundo, ¡y de qué mundo!, por la gracia, y sólo la gracia de Dios, y traída a la soledad para allí, sin ella casi darse cuenta, cooperar a una de las más grandes y maravillosas grandezas de Dios...

¿Y cuál es esta maravilla? Esta maravilla es el estupendo milagro de ver un alma como la mía, pobre, desnuda, llena de mundo y de sus vicios..., verla digo, **amada** de Dios, **conducida por Él**, en los humildes senderos de la penitencia, **sostenida** por El en sus muchas flaquezas y miserias, tentaciones y desconsuelos...

Dios haciendo su obra en mi alma..., transformando mi corazón y elevándole hacia sí, desencajándole de en medio de las criaturas y llenándole de su amor... Dios el Eterno, conduciendo y guiándome **a mi**... ¿Quién no se maravilla? ¿Quién no se pasma?

¡Ah!, si el mundo me conociera y viera lo que soy... Si los hombres vieran mis torpezas y mi duro corazón, quedarían aterrados ante la grandeza de Jesús, que no desdeña cuidar a este pobre hombre, más digno de lástima que de amor... Y Dios me ama... ¡Ah! ¡y de qué manera!... Eso yo lo sé, y nadie más que yo. ¡Si pudiera publicarlo!... ¡Si tuviera palabras que fueran los suficientemente expresivas para ello!

Pero no sé..., soy muy torpe, y mucho más para hablar de eso... Y si quisiera ser sincero, más que hablar, quisiera rugir o bramar como los toros... ¡Qué grande es Dios!

Una de las transformaciones que Jesús ha hecho en mi alma ha sido la indiferencia. Yo mismo me maravillo, pues veo que he llegado a comprender algo que antes no comprendía.

Sabía que el nada desear es muy agradable a Dios y que es el camino para llegar a cumplir su voluntad... Pero esto lo **sabía** con la luz de la inteligencia... Comprendía con la razón, tan sublime doctrina. **Deseaba** alcanzar esa virtud de la santa indiferencia, y a Jesús se la pedí.

No tiene mérito el nada desear, amando a Dios, pues es la cosa más natural. Ahora así lo veo.

¿Cómo es posible amar la vanidad, amando a Dios? Y vanidad es todo lo que nosotros deseamos y no desea Dios. Querer sólo lo que Dios quiere, es lo lógico para el que es de veras su amador... Fuera de sus deseos..., **no existen** deseos nuestros, y si existe alguno, **ése**, es que es conforme a su voluntad, y si no lo fuera, es que entonces no estaría nuestra voluntad unida a la suya...

Pero si de veras estamos unidos por amor a su voluntad, nada desearemos que Él no desee, nada amaremos que Él no ame, y estando **abandonados** a su voluntad, nos será indiferente cualquier cosa que nos envíe, cualquier lugar donde nos ponga...

Todo lo que Él quiera de nosotros no solamente nos será indiferente, sino que será de nuestro agrado. (No sé si en todo esto que digo hay error; en todo me someto al que de esto entienda. Yo sólo digo lo que siento, y es que en verdad nada deseo más que amarle a Él, y que todo lo demás a Él lo encomiendo; cúmplase su voluntad).

Cada día soy más feliz en mi completo abandono en sus manos. Veo su voluntad hasta en las cosas más nimias y pequeñas que me suceden.

De todo saco una enseñanza que me sirve para más comprender su misericordia para conmigo.

Amo entrañablemente sus designios, y eso me basta. Soy un pobre hombre ignorante de lo que me conviene, y Dios vela por mí como **nadie puede sospechar**.

¿Qué de particular tiene que yo nada desee, si tan bien me va, poniendo mi único deseo en Dios y olvidando lo demás?

Mejor dicho, no es que olvide mis deseos, sino que éstos se hacen tan poco importantes y tan indiferentes, que más que olvidarlos, **desaparecen**, y sólo queda en mi ánimo un contento muy grande de ver que sólo deseo con ansia, cumplir lo que Dios quiere de mí, y al mismo tiempo una alegría enorme de yerme aligerado como de un peso muy gran de, de yerme libre de mi voluntad que he puesto junto a la de Jesús.

El único deseo que me queda es, unas ganas muy grandes de **obedecer**. Quisiera no disponer nada por mí, sino que todo, absolutamente todo, me fuera ordenado. Aún tengo mucha libertad y como no tengo director espiritual, tengo a veces mucho miedo de equivocarme, y ver la voluntad de Dios en lo que no es más que mi capricho.

Jesús mío ayúdame.

Virgen María no me abandones.

Si alguien me dijera al detalle lo que debo hacer para ser santo y agradar a Dios, yo creo que con la ayuda de Dios y de María lo haría todo.

Con Jesús a mi lado, nada me parece difícil, y el camino de la santidad cada vez lo veo mas sencillo. Más bien me parece que consiste en ir quitando cosas, que en ponerlas. Más bien se va reduciendo a sencillez, que complicando con cosas nuevas.

Y a medida que nos vamos desprendiendo de tanto amor desordenado a la criaturas y a nosotros mismos, me parece a mi que nos vamos acercando más y más al único amor, al único deseo, al único anhelo de esta vida... a la verdadera santidad que es Dios.

¡Qué bueno es Dios que me va enseñando todo esto!... ¡Qué bueno es Dios para conmigo!... ¿Corresponderé como debo?

Señor, no mires mis hechos, ni mis palabras, mira mi intención y cuando ésta no vaya bien encaminada a Ti, enderézala. No permitas, Señor mío, que yo sea desagradecido o pierda el tiempo.

Qué bien se vive lejos de los hombres y cerca de Ti... Cuando oigo el ruido que arma el mundo; cuando veo el sol que inunda el campo e ilumina a los pájaros en libertad; cuando me acuerdo de

los días felices que transcurrí en mi hogar..., cierro los ojos, los oídos y las voces del recuerdo y digo..., qué feliz es vivir con Cristo... Nada tengo y tengo a Cristo... Nada poseo ni deseo, y poseo y deseo a Cristo... De nada gozo y mi gozo es Cristo.

Y allá adentro en mi corazón, soy absolutamente feliz, aunque ésta no es la palabra que sirve para designar el estado de mi alma.

No me importan las criaturas, si éstas no me llevan a Dios. No quiero libertad, que a Dios no me conduzca. No quiero consuelos, gozos ni placeres, sólo quiero la soledad con Jesús, el amor a la Cruz y las lágrimas de la penitencia.

Jesús mío, mi dulce amor, no permitas que me aparte de Ti.

María, Madre mía, sé tú mi único consuelo.

El otro día me probé la cogulla que el reverendo Padre Abad me dejará como un favor especial, vestir desde el día de Pascua. Grande siempre ha sido la ilusión que tuve por poder llevar algún día la cogulla cisterciense. Pero..., es tan nueva y tan blanca, que me dio luego una gran pena y mucha vergüenza el tener ese pueril deseo, que no es **para mí** más que una vanidad delante de los hombres.

A Cristo que es mi Maestro, en estos días le desnudaron delante de la turba que le insultaba..., y a mí me visten... ¿Acaso me he de vanagloriar de ello?... Necio seré si no veo una grande humillación en el día de Pascua, cuando **yo**, el último discípulo de Cristo, me presente en la comunidad con la cogulla nueva y reluciente de la Orden cisterciense... Qué mejor hubiera sido si me hubieran vestido de «saco».

Pero también eso hubiera sido una pueril vanidad, y en realidad hoy he llegado a la conclusión de que lo mismo me da. Al fin y al cabo, vestido de seda, de lana, o de saco, eso no ha de cambiar mi corazón que a los ojos de Dios es lo que algún día me ha de valer. Todo lo demás es externo y valdrá algo a los ojos de los hombres, pero éstos no me han de juzgar.

¡¡Señor..., Señor..., qué necios somos los hombres!! Un pedazo de trapo nos da placer, y un grano de arena nos da dolor.

¡Ten compasión de los hombres, Señor!

12 de abril de 1938 - Martes Santo

Día 12 de abril de 1938.

Sólo en Dios encuentro lo que busco, y lo encuentro en tanta abundancia, que no me importa no hallar en los hombres aquello que algún día fue mi ilusión, ilusión que ya paso...

Busqué la «verdad» y no la hallé. Busqué la «caridad» y sólo vi en los hombres algunas chispitas que no llenaron mi corazón sediento de ella... Busqué la paz y vi que no hay paz en la tierra.

Ya la ilusión pasó, pasó suavemente, sin darme cuenta... El Señor que es quien me engañó para llevarme hacia sí, me lo hizo ver...

Ahora ¡qué feliz soy! ¿Qué buscas entre los hombres?, me dice... ¿Qué buscas en la tierra en la que eres peregrino? ¿Qué paz es la que deseas?... ¡Qué bueno es el Señor que de la vanidad y de la criatura me aparta!

Ahora ya veo claramente que en Dios está la verdadera paz..., que en Jesús está la verdadera caridad..., que Cristo es la única Verdad.

Hoy en la santa comunión, cuando tenía a Jesús en mi pecho, mi alma nadaba en la enorme e inmensa alegría de poseer la Verdad... Me veía dueño de Dios, y Dios dueño de mi... Nada deseaba más que amar profundísimamente a este Señor que en su inmensa bondad consolaba mi corazón sediento de algo que yo **no sabía lo que era** y que en la criatura buscaba en vano, y el Señor me hace comprender, sin ruido de palabras, que lo que mi alma desea es El... Que la Verdad, la Vida y el Amor es El... Y que teniéndole a El... ¿qué busco, qué pido..., qué quiero?

Nada, Señor..., el mundo es pequeño para contener lo que Tú me das. ¿Quién podrá explicar lo que es poseer la suma Verdad? ¿Quién tendrá palabras bastantes para decir lo que es: nada deseo, pues tengo a Dios?

Mi alma casi llora de alegría... ¿Quién soy yo, Señor? ¿Dónde pondré mi tesoro, para que no se manche? ¿Cómo es posible que viva tranquilo, sin temor a que me lo roben? ¿Qué hará mi alma para agradarte?

¡Pobre hermano Rafael, que tendrás que responder delante de Dios a tanto beneficio como aquí te hace! Tienes un corazón de piedra, que no lloras tantas ingratitudes y tantos desprecios a la divina gracia.

Vivo, Señor mío, enfangado en mis propias miserias, y al mismo tiempo, no sueño ni vivo más que para Ti. ¿Cómo se entiende esto? Vivo sediento de Ti... Lloro mi destierro, sueño con el cielo; mi alma suspira por Jesús en quien ve su Tesoro, su Vida, su único Amor; nada espero de los hombres... Te amo con locura, Jesús mío y, sin embargo, como, río, duermo, hablo, estudio, y vivo entre los hombres sin hacer locuras, y aún me avergüenza verlo..., busco mis comodidades. ¿Cómo se explica esto, Señor?

¿Cómo es posible que Tú pongas tu gracia en mi? Si en algo correspondiera..., quizás me lo explicara.

Jesús mío, perdóname..., **debía** ser santo, y no lo soy. ¿Y era yo, el que **antes** se escandalizaba de algunas miserias de los hombres? ¿Yo?... qué absurdo.

Ya que me has dado **luz** para ver y comprender, dame, Señor, un corazón muy grande, muy grande para **amar** a esos hombres que son hijos tuyos, hermanos míos en los cuales mi enorme soberbia veía faltas, y en cambio n d me veía a mí mismo.

¿Si al último de ellos le hubieras dado lo que a mi?. Mas Tú lo haces todo bien... Mi alma llora sus antiguas mañas, sus antiguas costumbres... Ya no busca la perfección en el hombre..., ya no llora el no encontrar **donde descansar**..., ya lo tiene todo.

Tú, mi Dios, eres el que llena mi alma; Tú mi alegría; Tú mi paz y mi sosiego, Tú. Señor, eres mi refugio, mi fortaleza, mi vida, mi luz, mi consuelo, mi única Verdad y mi único Amor. ¡Soy feliz, lo tengo todo!

Cuánta suavidad me inunda al pensar en estos profundísimos favores que Jesús me hace. Cómo se inunda mi alma de caridad verdadera hacia el hombre, hacia el hermano débil, enfermo... Cómo comprende y con qué dulzura disculpa la flaqueza que antes al verla en el prójimo la hacia sufrir... ¡Ah! si el mundo supiera lo que es amar un poco a Dios, también amaría al prójimo.

Al amar a Jesús, al amar a Cristo, también **forzosamente** se ama lo que Él ama. ¿Acaso no murió Jesús de amor por los hombres? Pues al transformar nuestro corazón en el de Cristo, también sentimos y notamos **sus efectos**... Y el más grande de todos es el **amor.... el amor a la voluntad del Padre, el amor a todo el mundo**, que sufre, que padece... Es el padre, el hermano lejano, sea inglés, japonés o trapense; **el amor a María**... En fin. ¿quién podrá comprender el Corazón de Cristo? Nadie, pero chispitas de ese Corazón hay quien las tiene..., muy ocultas..., muy en silencio, sin que el mundo se entere.

Jesús mío, qué bueno eres. Tú lo haces todo maravillosamente bien. Tú me enseñas el camino; Tú me enseñas el fin.

El camino es la dulce Cruz..., es el sacrificio, la renuncia, a veces la batalla sangrienta que se resuelve en lágrimas en el Calvario, o en el Huerto de los Olivos; el camino, Señor, es ser el último, el enfermo, el pobre oblato trapense que a veces sufre junto a tu Cruz.

Pero no importa; al contrario..., la suavidad del dolor sólo se goza sufriendo humildemente por Ti.

Las lágrimas junto a tu Cruz, son un bálsamo en esta vida de continua renuncia y sacrificio; y los sacrificios y renuncias son agradables y fáciles, cuando anima en el alma la caridad, la fe y la esperanza.

He aquí cómo Tú transformas las espinas en rosas. Mas ¿y el fin?... El fin eres Tú, y nada más que Tú... El fin es la eterna posesión de Ti allá en el cielo con Jesús, con María, con todos los ángeles y santos. Pero eso será allá en el cielo. Y para animar a los flacos, a los débiles y pusilánimes como yo, a veces te muestras al corazón y le dices..., ¿qué buscas? ¿qué quieres? ¿a quién llamas?... Toma, mira lo que soy... Yo soy la Verdad y la Vida.

Y entonces derramas en el alma delicias que el mundo ignora y no comprende. Entonces, Señor, llenas el alma de tus siervos de dulzuras inefables que se rumian en silencio, que apenas el hombre se atreve a explicar...

Jesús mío, cuánto te quiero, a pesar de lo que soy..., y cuanto peor soy y más miserable, más te quiero..., y te querré siempre y me agarraré a Ti y no te soltaré, y... no sé lo que iba a decir.

¡Virgen María ayúdame!

13 de abril de 1938 - Miércoles Santo

Día l3 de abril de l938.

Queridísimo Jesús, Dios mío. Veo, Señor, que no hago nada en tu servicio. Temo perder el tiempo... Se me pasan las horas, los días y los meses, y todo son buenas palabras y buenos deseos, pero las obras no aparecen.

Hoy, Señor, durante la santa Misa, veía mi gran inutilidad y consideraba como siempre en tus grandes beneficios... Veía tu inmensa piedad para conmigo que me permitía asistir al santo sacrificio, **un día y otro**, y yo como un bobo. ¿Cuándo empezaré, Jesús mío, a servirte de veras?...

Siempre estoy empezando, y nunca veo que haga nada. Sigo una vida regalada, cómoda e inmortificada... En parte (nada más que en parte), porque no me dejan los superiores, y en parte (la mayor parte), porque yo no me decido, y la austeridad me asusta, resulta que ni soy seglar porque vivo en religión, ni soy religioso, porque vivo como un seglar... ¿Qué soy, pues, Dios mío?... No lo sé, y a veces cuando en esto pienso, me parece que no me importa ser lo que sea..., pero lo que sí me importa y me preocupa, es el que de una manera o de otra, no me ocupo lo que debo en mortificarme, en renunciarme a mi mismo, en vivir más para Ti que para los demás o para mí.

Busco muchas comodidades... Estoy aún muy pegado a mis gustos y opiniones... Aún muchas veces me veo aquel Rafael del siglo, presumido, vanidoso, criticón, cuya única vida era la mesa, el vestido y el vicio... ¡Ah! Señor, cuando me acuerdo..., dejemos eso por hoy.

Señor mío veo que ahora no hago, quizás, nada malo, pero seguramente tampoco nada bueno... Mi vida es la de un bobo en un monasterio. Ni sirvo a Dios corporalmente ni espiritualmente. Todo se reduce a decir: qué bueno es Dios, cuánto le quiero, cómo me quiere Él a mi..., y a caérseme la baba, como vulgarmente se dice.

Cuando pienso en mi inutilidad verdaderamente me apuro. ¡Es tanto lo que le debo a Dios!

Ni hago bien la oración, ni la meditación, ni la lectura; en el trabajo..., apenas trabajo. Cuando como y duermo, no hago más que eso... comer y dormir como un animalito. Y así no puedo

seguir..., no debo seguir. Mas ¿qué he de hacer? Inútil y enfermo... Pobre hermano Rafael, bástete purificar la intención en **todo momento**, y en **todo momento** amar a Dios; hacerlo todo por amor y con amor... El hecho en si no es nada, y nada vale. Lo que vale es la manera de hacerlo... ¿Cuándo comprenderás esto? Qué torpe eres.

¿Cuándo comprenderás que la virtud no está en comer cebolla, sino en comer cebolla por amor a Dios? ¿Cuándo comprenderás que la santidad no está en hacer actos externos, sino en la intención interna de un acto cualquiera?... Si lo sabes, ¿por qué no lo practicas?

Ya lo hago, Señor, pero lo hago mal. No tengo humildad y quisiera hacer lo que es mi capricho..., buscar lo que es mi voluntad aun en la penitencia...

Dios mío, Dios mío, ayúdame a cumplir humildemente tu voluntad. Ayúdame a servirte, amando mi propia flaqueza e inutilidad... Señor, Señor, mira mi intención y **purifícala Tú**.

¿Qué podré hacer yo sin Ti? Aunque me degüelle vivo a fuerza de penitencia, ¿qué vale si Tú no lo quieres y yo pongo vanidad y gusto propio en ello?

Sea, Señor, lo que Tú quieras de mi, pero mira Jesús mío, no permitas que el demonio me engañe. Muéstrame lo que quieres, para que yo lo haga, y dame espíritu humilde para verlo y cumplirlo. No permitas, Jesús mío, que rechace tus divinas insinuaciones.

Yo comprendo que algo más de lo que hago puedo hacer y que Tú lo aceptarás.

¡Dame fuerzas, Virgen María!

14 de abril de 1938 - Jueves Santo

Día 14 de abril de 1938. Jueves Santo.

Hoy ha sido un día feliz para mi. En la santa comunión he prometido no abandonar al Señor en estos días de su sagrada Pasión. Siempre junto a mí; muy dentro de mi corazón, y muy unido a los sufrimientos de tu Cruz. Jesús mío, no permitas que me aparte de Ti. ¡Dulce Jesús mío, cuánto te quiero!

Al acercarme a comulgar, me acordaba del apóstol san Juan, a quien dejaste reclinar sobre tu pecho durante la Cena. ¿Acaso tengo yo que envidiarle? Si sus virtudes, pero no tu amor...

Jesús mío, yo no soy digno, bien lo sabes y, sin embargo, también me dejas descansar junto a tu Corazón divino como al discípulo amado. Yo te prometo quererte mucho, como nadie en la comunidad, más que todos juntos, y no abandonarte en tus dolores y en tu Pasión sacratísima.

Virgen María, ayúdame a ser fiel a mi buen Jesús.

Ya pasó el día... Un día más en la cuenta final, y un día menos en el destierro de la vida... Ya pasó el día de Jueves Santo y con él, el consuelo de haberlo vivido por Dios y con Dios. ¿Cómo será el mañana?... Tengo miedo. Desconfío de mí mismo. Tengo mucho miedo al verme tan feliz con Jesús, y sólo con Jesús.

¡He sufrido tanto desde hace cuatro años! ¡He tenido mi alma desgarrada tanto tiempo!..., que ahora el **ver que aquello fue necesario para esto**..., tengo miedo y no sé a que.

No es al sufrimiento, a eso no es. No tengo miedo a nada que de los hombres pueda venirme, pero después de haber tenido a Dios..., tengo miedo a perderle. ¡Se vive tan bien así!

Hoy, día de Jueves Santo, día en que el Señor se reunió con sus discípulos y les prometió quedarse con ellos para siempre, yo también en mi pequeñez, me acerqué a Jesús, pidiéndole que conmigo se quedara, y me admitiera a su mesa, y me permitiera vivir con El, y seguirle a todas partes como una sombra...

Le pedí a Jesús me permitiera reclinar mi cabeza sobre su pecho como san Juan... Le pedí que de mí no se apartara aunque me viera débil y miserable... Le pedí escuchara mis súplicas... Recorrí el mundo entero enseñando a Jesús todo lo que quería que remediase: España..., la guerra..., mis hermanos, tantos corazones a quien quiero..., mis padres..., ¿qué sé yo?

Todo se lo enseñé a Jesús y le dije: Señor, **tómame a mí y date Tú al mundo**. Reparte lo que a mí me das... Déjame repartir el tesoro que yo tengo entre los necesitados del mundo... ¡son tantos!... Déjame a mi, pobre contigo..., nada quiero más que tu amor, tu amistad..., tu compañía..., acéptame, Señor, tal como soy, enfermo, inútil, disipado y negligente.

Y el Señor me escuchó... Sentí su amor muy adentro, muy profundo... Vi mi inmenso tesoro y temo perderle.

¿Qué hacer?... No sé..., oigo a los hombres hablar, discutir... Les veo con sus afanes, pegados a la tierra..., nadie habla de Dios... Todo es ruido aun en la Trapa.

Quisiera, Señor, no vivir, para no turbar las ansias de amor que padece mi alma..., pues el que más ruido mete soy yo... Agarrado a mi crucifijo, quisiera morir.

Todo me da en rostro... ¡Sólo Tú, Señor...! ¡sólo Tú!

¡Qué miedo tengo de perderte, mi buen Dios! Veo lo que me quieres, pero también veo lo que yo soy, y lo que he sido.

¡Qué bien se vive contigo! Si el mundo supiera!

Mañana Viernes Santo... estaré junto a tu Cruz. No me importa el no recibirte mañana en la comunión **(2)** porque hoy concerté contigo en que no me separaría de Ti, y Tú pareciste complacido en ello; la comunión de hoy me **servirá** para hoy y para mañana.

¡Ay! que no sé escribir, y si escribo diría locuras... Será mejor que me calle.

17 de abril de 1938 - Domingo de Resurrección

Domingo de Resurrección, 17 de abril de 1938.

Hoy el reverendo Padre Abad me ha dado la cogulla y el escapulario negro. Mentiría si dijera que hoy no me he dejado llevar de la vanidad. ¡Qué pobre hombre soy!

Señor, Señor, tened piedad y misericordia de mí. Ni soy mayor ni menor en tu presencia, porque esté aquí o allí, vista de un modo o de otro... Los hombres somos muy infantiles y jugamos como niños... Ponemos nuestra ilusión en cosas [que] hacen reír a los ángeles. Señor, dame tu santo temor, llena mi corazón de tu amor y lo demás... Vanitas vanitatum.

Cada vez espero menos en los hombres... ¡qué gran misericordia la de Dios! Él suple con creces lo que ellos no me dan.

Voy viendo con suma claridad que quien pone los ojos en la tierra y en las criaturas, pierde su tiempo... Sólo Jesús llena el corazón y el alma

---

El Hermano Rafael Arnáiz falleció el 27 de abril en un fuerte ataque de la diabetes que padecía.

Capítulo de culpas

Papel encontrado en uno de los bolsillos de la túnica cuando murió

Subir escalera golpeando pies [tachado].
No hacer el saludo en capitulo [tachado].
Volver cabeza durante Misa [tachado].
Señas durante el gran silencio [tachado]
Correr sin respeto en la iglesia [tachado].
Señas habladas con un profeso [tachado].
No obedecer inmediatamente campana [tachado].
Equivocarme coro, no hacer postración [tachado].
Dar muestras externas de impaciencia [tachado].
Perder tiempo trabajo [tachado].
Perder tiempo mirar ventanas [tachado].
Perder tiempo intervalos [tachado].
Accionar exageradamente como seglar [tachado].

Descuidado con el cuarto de la enfermería.
Hablar sin necesidad.
Descuidado en hacer ruidos en la escalera y con las puertas.
Distraerme en el coro y no hacer a punto las inclinaciones.

---

(1) En este día cumplía Rafael 27 años. Le quedan 17 días de vida. (Volver)
(2) Hasta la reforma litúrgica realizada por Pío XII en 1956, el Viernes Santo únicamente podía comulgar el sacerdote que celebraba la Santa Misa. (Volver)